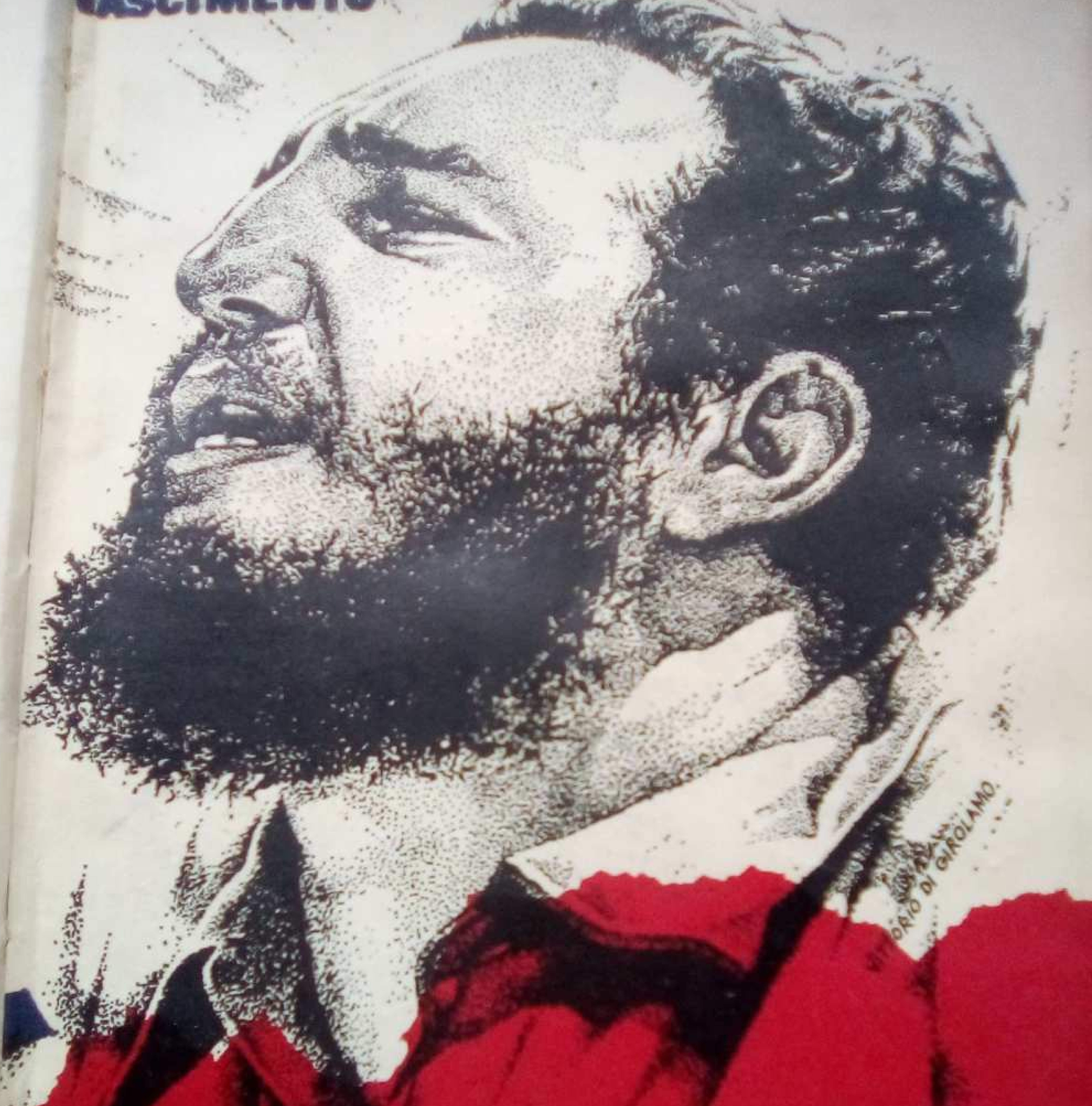
NASCIMENTO



BALTAZAR CASTRO

DOÑA REVOLUCION

"DOÑA REVOLUCION"

¿Es esto un ensayo, una autobiografía, un libro de viajes o un mosaico de anécdotas y de semblanzas de connotados personajes de la política nacional e internacional? Difícil decirlo. "Doña Revolución", en realidad, es una obra inclasificable, pues no está limitada por los tradicionales cánones literarios. El autor, tal como lo hiciera en "¿Me permite una interrupción?", libro de fulgurante éxito de librería, echa a correr la imaginación, salta de un tema a otro, corretea por el mundo, por su infancia y por la política, y en todo momento capta al lector de inmediato por su amenidad, su rica y variadísima experiencia y su capacidad literaria y periodística. El desenfado, la amenidad y la franqueza que rebosan estas páginas, permiten al lector, por ejemplo, asomarse a la personalidad íntima de Fidel Castro, quien surge con ribetes humanos que no es fácil encontrar en las miles de páginas que se han escrito sobre el líder de Sierra Maestra y que permiten, por fin, tener una imagen fidedigna y palpitante del conductor de la Revolución Cubana.

"Doña Revolución" reabre la discusión en torno al bloqueo de la isla de Martí, y la posición de Chile, tanto el día en que se aprobaron las sanciones, como en los días que corren cuando se habla con insistencia y cada vez más abiertamente de la reanudación de relaciones. El autor desliza en momento oportuno, muy serias informaciones sobre los asuntos que traen en ascuas a las cancillerías ame-

ricanas, de modo que más de algún gobernante, luego de sonreír con la anécdota liviana o picaresca, arrugará el ceño en cuanto descubra la exacta proyección que se anida en el fondo del relato.

Baltazar Castro, como el público lector chileno lo sabe, es autor de "Piedra y Nieve", cuentos; "Sewell", novela; "Un Hombre por el Camino", novela; "Mi Camarada Padre", novela; "¿Me Permite una Interrupción?", experiencias políticas, y "Légamo", novela. Son obras de ediciones repetidamente agotadas, algunas traducidas en el extranjero, y otras en vías de ser llevadas al cine. Político respetado en todos los círculos por su clara y permanente posición de lucha junto a los sectores de avanzada, aun alejado del Parlamento donde ocupó los más altos cargos, su palabra venida desde la tranquilidad del agro, donde hoy labora, sigue teniendo resonancia en el ámbito nacional, como, no hay duda, la tendrá con repetidos ecos desde las páginas de "Doña Revolución".

PRINTED IN CHILE

FABRICACION CHILENA

BALTAZAR CASTRO

DOÑA REVOLUCION

EDITORIAL NASCIMENTO
SANTIAGO 1969 CHILE

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

© BALTAZAR CASTRO
1969
Inscripción N.º 36780

BIBLIOTECA NACIONAL
Sección Control

N.º 3445

Impreso en los talleres de
la Editorial Nascimento, S. A.
— Arturo Prat 1428 —
Santiago de Chile, 1969

A Nellie Wemyss.

CAPITULO I

Frei me invitó a tomar desayuno a su casa. Recién había triunfado en la elección presidencial, de modo que, por esos días, se dedicaba a dar los últimos retoques a su programa de gobierno, así como al equipo de personas que le ayudaría a cristalizarlo. Yo no le veía de mucho tiempo, pues la campaña presidencial la encaré desde una barricada opuesta a la suya, si bien habíamos sido cordiales amigos en el Senado de la República, lo que, evidentemente, contribuyó a estimular mi curiosidad. Recuerdo que Frei, luego del apretón de manos, me preguntó si yo comía huevos al desayuno. Dijo que le habían traído del campo algunos huevos frescos, y que nada mejor que el producto de gallinas campesinas todavía con sabor a maíz y a pasto traspasado de rocío. La perspectiva de deleitar el paladar con tan fresco manjar, proveniente del alboroto de algún gallinero agrario, vino a constituir la llave que abriría el diálogo con el nuevo Primer Mandatario.

Uno puede ser amigo de un hombre, tutearlo por quí tame estas pajas o endilgarle, si viene al caso, una de esas palabrotas que usamos los chilenos como muletillas en la charla con amigos de confianza. En la conversación con personajes a los que vemos todos los días las muletillas brotan sin esfuerzo, casi sin que nos percatemos. Pero, si el amigo con que usted charlaba a menudo, de improviso es Presidente de la República, ¿continuaremos tuteándolo?; ¿habrá que suprimir las palabrotas para dejar la charla a tono con el protocolo? Menudo problema. De súbito, Frei estiró la mano derecha y el dedo índice: me apuntaba al pecho. Temí que de aquel dedo se disparase una frase con olor a pólvora. El brillo de los ojos, el resuelto ademán de la mano, el impulso que fluía de todo su organismo, me indicaba que Frei estaba pronto a apretar el gatillo de la granizada:

—¡Quería que tú supieras que yo no voy a ser ningún Presidente maricueca ... !

Por supuesto que él no dijo "maricueca". Empleó otra palabra, pero si la escribo aquí no faltarán los críticos que me censuren porque puse en boca de un Primer Mandatario tal adjetivo, y no faltará quien sostenga que ese tipo de lenguaje desquicia nuestro régimen democrático.

Uno se pregunta: ¿un Presidente de la República puede echar garabatos? Don Arturo Alessandri no se andaba con chicas y el problema recae en el simple ciudadano que llega hasta donde tan alto personaje un poco cohibido, observando de reojo el lustre de sus zapatos, corrigiendo la línea del pantalón.

Sin embargo, hasta las señoritas más empingorotadas

dicen garabatos, y un buen garabato puede ser la válvula de escape de la faja que oprime, de los zapatos duros, de una tensión momentánea.

Sí, lector, Frei no dijo "maricueca". ¿Cuál cree usted que es la palabra que usó?

Fidel Castro, que venía sentado a mi lado luego de hacer un largo recorrido por diversos sitios cercanos a Santiago de Cuba, se quedó mirando los edificios de la prisión de esa ciudad. Bajábamos de uno de los suaves cerros verdosos que circundan la antigua capital de Cuba y, desde arriba, podíamos dominar a la perfección todas las construcciones del enorme penal. Fidel aprovechaba los minutos en que no charlaba conmigo para inquirir detalles al Comandante Acosta, Subjefe de la provincia de Oriente, sobre cultivos y reproducción de ganados, o para leer el fajo de documentos y recortes de diarios extranjeros que sus ayudantes le metían en la cartera, de madrugada. Por varios segundos permaneció con los ojos puestos en las murallas del penal, de color rosado. Todos estábamos embebidos observando el panorama que se nos presentaba desde la pendiente del cerro. De pronto, Castro dijo, en voz alta, pero como hablando consigo mismo, mientras movía la cabeza de un lado a otro:

—¡Hijo de la gran puta!

En seguida explicó que mientras observaba el penal, recordó el tiempo en que estuvo allí preso, pronto para ir al cadalso, después del asalto al cuartel Moncada. Los que

sobrevivieron a la masacre a manos del ejército de Batista, fueron sometidos a un proceso que no tenía otra finalidad que la de justificar el fusilamiento de los muchachos encarcelados. Fue por ese tiempo que Fidel conoció a Organvide, quien estaba detenido por otros delitos, no tenía nada que ver con el asalto al Moncada; pero se sintió atraído por el halo de romanticismo que surgía de los actos de aquellos jóvenes, cordializó con Fidel; hizo lo posible por hacerse acreedor a su confianza y la de sus compañeros y trabaron amistad. Sin embargo, transcurrieron los años y aquel hombre que se esmeraba en demostrar lealtad y compañerismo, agradecido de haber encontrado un nuevo rumbo a su existencia, apareció entre las filas de los prisioneros capturados en Playa Girón cuando las fuerzas anticastristas, con la anuencia y cooperación de Estados Unidos, desembarcaron en Bahía Cochinos. En este hombre pensaba Fidel Castro en esos instantes.

Mi abuelita por parte de madre, que era una mujer menuda, suave, leve, y que rezaba el rosario todas las noches ante la Virgen del Carmen y el Niño Jesús de Praga, decía a menudo, estremecida por una ira fugaz que atravesaba como un dardo su cuerpecillo:

—¡Hijuna grandísima!

Corresponde a la expresión que usó Fidel Castro. Es un insulto que viene de nuestro campo. Nadie se lo habrá oído a un futre de la ciudad. Nuestros abuelos, en la casa austera y señorial de la hacienda chilena, la traían a colación tanto en el comedor como en el salón, ante visitas prejuiciosas. El punto de partida de la frase es "hijo de una grandísima p..." Luego se simplificó: "hijuna grandísi-

ma", como decía mi abuela; hasta quedar en "Hijuna", título de la celebrada novela de Carlos Sepúlveda Leyton, primer escritor chileno que llevó a la literatura las pellejerías del conventillo.

Fidel Castro creció entre campesinos en la finca que su padre compró en la provincia de Oriente. Allí, con el tabaco, la caña de azúcar y el café, creció también este insulto: los españoles le diseminaron por todo el continente.

Yo no sé si usted, lector, se interesó por cuanto estoy contando, si cayó en el garlito. Porque el caso es que cuanto he dicho no tiene otro fin que atrapar su atención. Yo podía haber empezado por otra punta, contar algo relacionado con mis experiencias políticas o quizás con mis viajes, pero preferí hacerlo con estos dos pequeños incidentes en los que dos figuras, como Fidel Castro y Eduardo Frei, apelaron a lo que nosotros los chilenos llamamos el "garabato".

Usted tuvo la bondad de oírme cuando, hace años, le solicité una interrupción. ¿Se acuerda? Levanté el dedo, como en los debates parlamentarios, y apelé a su buena voluntad. Un crítico dijo que para interrupción aquello era muy largo. Por mi parte, pregunto: ¿qué son ciento y tantas carillas para la verdadera montaña de acontecimientos que hemos vivido tan sólo en un año? Fíjese que parece que fue ayer no más cuando usted me dispensó unos minutos. Y, sin embargo, desde entonces, cuántos nuevos dolores, repetidas angustias, renovadas esperanzas. Usted andaba eufórico con maravillosas ilusiones refrescándole el

rostro. De pronto, advirtió que nada saldría como lo había imaginado y empezó a sentir en los labios la salobre sensación del fracaso. ¡Vuelta a empezar! Y otra vez juntó las manos como lo hacía mi abuelita en el momento de sacar la leche cuajada de un tiesto para darle forma de quesillo, juntó las manos para incorporarle calor a la nueva esperanza.

Ya olvidó aquel fracaso. ¿Se acuerda que en ese tiempo estaba enamorado? Le agradó cuanto conté sobre don Arturo Alessandri porque el viejo político rejuvenecía con el amor, burbujeaba como vino viejo en los días en que la primavera se hacía presente en las ramas de los aromos. Aquella mujer se fue de su corazón y vino otra, y usted pensó que ésta sí que sería la definitiva. Ha habido de todo en la vida de ambos, en la suya y en la mía, desde el día en que usted me concedió una interrupción. Por entonces, yo había recién ingresado al Senado de la República, alcancé a escribir algunas páginas sobre algunos colegas: uno de ellos pasó a ocupar la Presidencia de la República. Yo seguía observando desde mi banca senatorial: afuera deambulaba el día con su cargamento de emociones.

Ahora, plantear una cuestión previa con éxito es bastante difícil. El orador debe dominar a fondo el reglamento y, sobre todo, aprovechar los minutos al máximo para decir la mayor cantidad de cosas en el menor tiempo posible y captar así la atención de los oyentes.

Si el orador es imaginativo se las ingeniará para sacar del bolsillo alguna sorpresa y, si le va bien, cosechará los buenos resultados de inmediato.

Pero dejando a un lado esta inofensiva diablura, usted

siempre podrá estar seguro de que mi intención es sólo la de charlar, sin eufemismos, poses, ni estridencias. Charlar, simplemente, como las campesinas de Doñihue que, abrumadas de tiempo, agregando hilos en la rueca terminan, casi sin saberlo, por tejerle al tiempo un poncho del tamaño de una semana. Eso es todo.

Volviendo a los "garabatos" y los "garabateros". Para nadie es un misterio que el mejor exponente de esta especialidad en la política chilena ha sido el León Alessandri. No pretendemos repetir tanta anécdota que se conoce al respecto. Mas, no hay por qué silenciar la que le oí a Jorge Jiles, prestigioso abogado y destacado militante de la izquierda. Jiles integraba la directiva de la Federación de Estudiantes que presidía el recordado doctor Juan Gandulfo, durante la primera presidencia de don Arturo. Se produjo una huelga importante de varios gremios de trabajadores. Los estudiantes solidarizaron con los obreros y pidieron al Primer Mandatario una audiencia para interceder por los huelguistas. El doctor Gandulfo explicó el motivo de la visita y las razones que les asistían para mirar con simpatía el movimiento huelguístico. En mitad de la disertación, Alessandri golpeó la mesa, interrumpiéndolo, encolerizado:

—¿Qué tienen que meterse ustedes en esto, chiquillos de mierda, intrusos?

Inmediatamente, el doctor Gandulfo replicó:

—¿Y qué tenís que venir a retarnos vos, viejo tal por cual?

¡Escándalo! El Presidente apretó los timbres, llamó a los Edecanes y secretarios a voz en cuello, se armó una trifulca de los mil demonios, entró la policía y los estudiantes fueron sacados a empellones, camino del calabozo. Al poco rato al León se le pasó el mal genio. Ordenó anular todas las medidas que se habían tomado contra la delegación estudiantil, a la que hizo venir de nuevo a su presencia, y al doctor Gandulío le dijo, al oído:

—Chiquillo de porquería. ¿Para qué me venís a sacar la madre delante de la gente?

CAPITULO II

Como yo había dicho que estaba dispuesto a responder en cualquier terreno, el senador de derecha, Pedro Ibáñez, exclamó:

—¡Nos batimos a duelo! Elija arma . . .

—Los duelos están muy desprestigiados —le contesté—. Podemos arreglar las cosas de inmediato —y saqué del escritorio una pistola con que apunté al centro del hemiciclo. Los senadores se sumieron en un silencio denso, casi físico. El reglamento prohíbe usar armas en el recinto del Congreso Nacional, mucho menos entrar armado a sesiones. ¿Cómo habíamos llegado a este incidente de horca y cuchillo? Sucede que yo jamás llevo pistola y si bien me he mezclado en muchos incidentes violentos, después de un tiempo lamento que las palabras nos hayan arrastrado a los hechos. Aquella tarde se sabía que el senador Ibáñez contestaría un violento y satírico discurso mío de la víspera. Le dije a mi secretario, Luis Castillo, que me parecía que

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

estábamos exagerando en esto de pelear a palabras, sin que sucediera nada de importancia; que el público tomaba en solfa las incidencias del Parlamento y que me prestara su pistola. No llevaba en mente dispararle a nadie, pero pensaba que, llegado el caso, podría hacer intervenir el arma como un elemento nuevo en tan gastada e intrascendente manera de polemizar.

Después nos reímos bastante. Lo mejor de todo, y hay que agradecerlo sin regateos, es que el senador Ibáñez no tuvo la ocurrencia de avanzar hacia mi banco. ¡Menudo apuro en que me habría visto metido!

A estas alturas del relato, recuerdo a Homero Arce, fino poeta e íntimo y leal compañero de toda una vida de Neruda. Homero jubiló como Jefe de Correos y Telégrafos, pero mientras desempeñaba su cargo en un pueblo de noches peligrosas, consiguió una pistola de colosales dimensiones: debía envolverla en varias hojas de diario, sosteniéndola bajo el brazo. No había bolsillo capaz de albergarla: una noche le salió al encuentro un asaltante. Ni corto ni perezoso, Arce desenvolvió el macizo paquete y apuntó:

—¡Párate, que si no te mataré! —gritó, mientras un leve cansancio le hormigueaba por el antebrazo que sostenía la pistola.

El delincuente continuó acercándose con tranco firme. Arce vaciló. De todos modos hizo un último esfuerzo por mantener derecha el arma y volvió a gritar:

—¡Cuidado: dispararé!

El hombre no se detuvo. ¿Qué hacer? No estaba en el ánimo de aquel poeta fino, orfebre de sonetos esmaltados

apretar el gatillo. Envolvió de nuevo la pistola, la colocó de nuevo bajo el brazo y emprendió la más veloz carrera de su vida.

En el caso mío, la verdad es que no tenía en qué envolver la pistola y, lo más grave, es que al día siguiente fuimos con mi secretario al campo y la probamos. No funcionaba. Castillo se quedó pálido, como papel de carta.

En Chile no es frecuente el enfrentamiento armado de parlamentarios. Es algo en desuso. Nadie gana nada con ello. En Montevideo oí la anécdota de un sobresaliente senador que hablaba con mucho énfasis, sobre cierto espinudo asunto que tenía preocupado a todos los políticos y a la opinión pública. Sus colegas y el público en las tribunas, le oían expectantes. El hombre impresionaba, con ese estilo grandilocuente de los oradores rioplatenses. De pronto oyóse un ruido seco que estremeció al auditorio. Al orador se le había caído el revólver al suelo. No se descompaginó. Solamente dijo:

—Y aquí termino mi intervención, señor presidente, porque se me ha caído el último de mis argumentos.

Debo aquí hacer una confesión. Pienso completar este, primer período en el Senado, y no optaré a la reelección. No niego que el Parlamento ha sido la mejor expresión del régimen democrático y de las instituciones republicanas de Chile. La vida de nuestro Congreso Nacional corre a parejas con el desarrollo institucional e independiente del país. He vivido buenos años de mi vida metido en el tráfago de

la lucha de pasillos, de la polémica de sala, e, incluso, de la agitación callejera que me deparó algunos huesos rotos por la policía y algunos días de cárcel. Además, como político he viajado, lo que me permitió tomar contacto con interesantes figuras mundiales. No puedo estar descontento. Pero temo vegetar, pasarme la existencia entera oyendo discursos que se repiten tan a menudo.

Se me ha producido una saturación de discursos. Preciso una cura de reposo. En 1947 quedé fuera de la Cámara de Diputados. Eso me hizo bien. Me entregué de lleno al trabajo de la tierra y sólo de vez en cuando me subía a las tribunas populares para sacar a relucir una oratoria con olor a campo.

Regresé al Congreso renovado. Me asombran los que pueden permanecer por largos años practicando la misma gimnasia política, a menudo tan poco trascendente, sin que sus discursos logren alterar suctancialmente la fisonomía del país ni paliar los graves problemas que afligen a los sectores más necesitados. Por otra parte, no pertenezco a un partido grande, bien organizado, en el que yo sienta la responsabilidad de la ruedecilla que juega su papel en el engranaje de la gran victoria. Debo luchar solo contra demasiados inconvenientes. Parezco una isla.

Estoy seguro que a todos les agrada oír a un buen orador, aun cuando defienda opiniones contrarias. A mí me sucede igual. He tenido por compañeros magníficos oradores. Pero se me ocurre que estamos produciendo en materia de discursos más cantidad que calidad. Francia se miraba embelesada en el espejo de su parlamentarismo. La frondosidad y el brillo de los discursos de los miembros de la

Asamblea Francesa no le impidieron a Hitler y Mussolini levantar cabeza. De tanto confeccionar hermosas imágenes, cara al cielo, los diputados franceses, con León Blum a la cabeza, no vieron el espectáculo dramático del pueblo español destrozado y aplastado por el fascismo. La oratoria parlamentaria exagerada es una especie de narcótico. Los parlamentarios galos seguían discutiendo cuando ya los "panzer" de Hitler tronaban en las inmediaciones de París.

Nasser y Fidel Castro triunfaron y consolidaron sus victorias; Kennedy fue asesinado; Bem Bella independizó Argelia y luego se perdió en la oscuridad de la noche argelina, cubierto por el proverbial mutismo árabe; en las Naciones Unidas debieron agregar docenas de nuevos asientos para los delegados de las naciones africanas que surgían a la superficie de los pueblos independientes; Mao Tse Tung se apartó de Moscú, y en el Viet-Nam mil veces heroico, culminó la lucha de los pueblos en contra del colonialismo. Esto es algo no más: podríamos gastar muchas páginas en enumerar los acontecimientos que en estos últimos años han estremecido a la humanidad. ¿Y si dijésemos, por ejemplo, dos palabras sobre Juan XXIII, el bonachón campesino que, sin mayor espectacularidad, abrió las ventanas de la Iglesia Católica al aire fresco de su postergada renovación? Los efectos de tal actitud se palpan cada día más; mientras tanto, en Chile, continuamos macerando proyetcos de leyes a través de cuatro y cinco trámites constitucionales. Y el mismo orador interviene en el primer trámite, en el segundo y en el tercero, para "aclarar su pensamiento", según dice.

Sería bueno preguntarse: ¿qué pensará de todo esto el

hombre sudoroso y sufrido que para llegar a su trabajo debe viajar en las micros Matadero-Palma con los codos del vecino en las costillas, mientras hace cálculos y más cálculos tratando de estirar su exiguo presupuesto mensual?

Creo que ya hablé de Elías Lafferte como orador de masas. A primera vista parecía que decía simplezas, cosas sin importancia. Pronto uno se daba cuenta que estaba explicando problemas trascendentes, con giros, anécdotas, chistes de fácil asimilación que producían impacto en el corazón sencillo de los trabajadores.

Estoy seguro de que parecido estilo de persuasión debe haber poseído Luis Emilio Recabarren. Por otra parte no hay que olvidar que las circunstancias, los fenómenos sociales, contribuyen a acomodar el gusto de las multitudes por determinado estilo de oratoria. En 1920 vino el relámpago del "Cielito Lindo": la palabra de Arturo Alessandri deslumbraba con su inagotable caudal de recursos. Y, sin embargo, pocos años después el país se encantó con la arenga breve, cortante, brusca y lapidaria del General Ibáñez. Cuentan que Alessandri mandaba a algunos incondicionales para que le interrumpieran desde el público, lo que le permitía replicar con ingenio, provocando la hilaridad de las gentes. No lo creo. El León se electrizaba con el entusiasmo del público, y el público se electrizaba con la oratoria del León, saltando entonces la chispa del diálogo entre ambos. Nadie

en cambio, se habría permitido interrumpir las frases cargadas de autoridad y decisión de Ibáñez. Lo que daban eran deseos de llevarse la mano a la visera para exclamar: "¡A la orden, mi General!"

Entre los oradores hay matices. No se piense que un brillante orador, un parlamentario, va a tener obligadamente idéntico éxito en la tribuna callejera. La mayoría de las buenas espadas del Congreso Nacional dejan fríos a sus oyentes en las campañas electorales. Nadie puede discutir que el más brillante orador que ha pasado por la Cámara y el Senado en estos últimos años ha sido Radomiro Tomic, ex Embajador de Chile en Washington. Es una delicia oírlo. Pero no llega a estremecer a la clase obrera, como lo hace con la clase media y los intelectuales.

Raúl Ampuero es medido en las frases, expresa sus pensamientos con soltura, emplea imágenes sobrias, ha logrado ablandar el idioma a su amaño. Por desgracia, no cala en la masa. Sus victorias electorales en el norte, precisamente en el Norte Grande, donde existe un proletariado sensible a los grandes tribunos, han sido magras, casi angustiosas. Francisco Bulnes es, por supuesto, la mejor expresión de una derecha política que se extingue lentamente. ¿Quién podría asegurar su éxito ante una multitud?

Julio Durán posee una oratoria trasunto de su personalidad, atropelladora, salpicada de giros graciosos que gustan a rabiar. Pero a él le ocurre que cuando enfrenta al auditorio de la opinión pública, tiene que hablar con la pesada ancla del pasado amarrada a los tobillos.

El enemigo implacable de las tribunas callejeras es el

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

anunciador de los oradores. No hay artífice de la palabra que sea capaz de salir airoso, después que el anunciador le equivoca el nombre o se lo deforma, arrancando carcajadas del público. Digamos, en descargo, que hay nombres difíciles.

Es difícil, por ejemplo, que en los rayados murales escriban correctamente el nombre de Tomás Chadwick o de Oscar Waiss. No olvido una gira que realicé al norte del país con el actual senador Volodia Teitelboim para dar cuenta de las conclusiones de un Congreso Mundial de la Paz celebrado en Europa. Cada vez que anunciaban al brillante autor de "El Hijo del Salitre" y "La Semilla en la Arena", le deformaban el nombre. En María Elena, el encargado de la presentación anunció:

—¡Ahora queda con ustedes el magnífico escritor Velolia Teitelboim . . . !

En Pedro de Valdivia dijeron:

—¡Hará uso de la palabra el querido compañero Volodia Tatelboim . . . !

El rosario de equivocaciones abarcó todos los pueblos y oficinas salitreras que visitamos. Para abreviar, agregaré que, por último, en Chuquicamata, lo presentaron así:

—¡Ahora hará uso de la palabra el destacado luchador Volodia Basquetboim . . . !

En la última campaña presidencial, me tocó participar en un acto en que se proclamaba al candidato del Frente de Acción Popular.

El maestro de ceremonias era un viejo militante socialista y el hombre, ante la magnitud de la concentración, estaba eufórico. Sus primeras palabras fueron:

—Iniciamos la proclamación del egregio camarada Marmaduque Allende.

¿Pero de que estábamos hablando? El lector tiene que aceptar que la conversación irá por donde menos se lo piensa, sin estiramientos ni protocolos.

Si no, si nos atenemos a pautas y planes ya trazados, entonces estas páginas tendrán gusto a discurso repetido, lo que no me entusiasma nadita ní creo que le interesará a nadie. Bueno ¿en qué íbamos? ¡Ah! Decíamos que la aparición de una pistola en plena sesión del Senado es algo inusitado en Chile, pero que usado como elemento renovador para alterar la monotonía de las tediosas sesiones resulta novedoso y puede dar magníficos dividendos

Pero un recurso menos dramático contra el aburrimiento y la somnolencia es la pulla ingeniosa, la interrupción oportuna que descompone al orador en uso de la palabra. La víctima precisará de gran dominio de sí mismo para no perder los estribos, pues en caso contrario, su intervención se irá al mismísimo diablo, así esté refiriéndose a las más sesudas cuestiones. De ahí que una buena dosis de sentido del humor viene siempre de perilla.

Un diputado de apellido Morales, muy amigo de incursionar por la historia de la humanidad, en cierta sesión empezó su discurso diciendo: "En tiempos de la primera Roma..." Largo tiempo para describir la época. Luego anunció la nueva parrafada: "En tiempos de la segunda Roma..." Después pasó, por supuesto a la tercera Roma. En

los bancos adversarios dormitaba Ignacio García, que disfrutaba de fama por su ingenio aportillador.

Saliendo de su modorra se enderezó en el asiento, irguió la cabeza parpadeando, y dijo en voz alta:

—Cuando lleguemos a la Quinta Roma (1) me avisa para bajarme . . .

(1) Sitio de recreo nocturno muy popular en esos años.

CAPITULO III

Estaba almorzando cuando los altavoces me llamaron. Fui al teléfono.

—El comandante Fidel Castro lo espera en su departamento —me dijo la telefonista.

Ya me habían advertido que Fidel vendría a verme. Cuando salí al amplio hall de la recepción y me dirigí hacia los ascensores, advertí que las gentes se movían nerviosas: unos sonrientes por haber logrado ver a Fidel cuando llegó al hotel y subió al piso veinte en donde estaba mi departamento, y otros, al aguaite, esperanzados de poder verlo de cerca a su regreso.

Corrí hacia el elevador; el encargado me esperaba con las puertas abiertas; subimos, y, allí, frente al ascensor, sentado en una banca con cojines estaba Fidel, con su característico uniforme verde oliva y gorra con visera, cabizbajo, jugueteando con el puro que se consumía entre los dedos. Nos estrechamos la mano y nos dirigimos hacia mi departa-

mento. Cerca nuestro tres o cuatro de los milicianos que siempre acompañan al Primer Ministro, observaban nuestros movimientos con el pequeño y manuable fusil ametralladora belga al brazo.

Mi departamento consistía en un dormitorio, baño y sala de recibo, todo adornado con sobriedad y buen gusto. Fidel elogió la habitación, pero mayor fue su entusiasmo una vez que salimos a la terraza y observamos el inmenso panorama.

El mar Caribe llega hasta el borde mismo de la avenida sobre la que está el hotel. Las olas inquietas golpeaban contra el malecón que la bordea y caían como granizada sobre los vehículos y los transeúntes. Pero era esa la excepción. La regla consiste en que el mar se adormece quieto para que así los enamorados vayan por cientos a sentarse sobre la defensa de cemento y los muchachitos, negros y blancos, se instalen con sus aparejos de pesca, aunque jamás vi ningún pez ensartado en los anzuelos.

—¿Qué peces abundan en Chile? —me preguntó Fidel.

Hice acopio de mis precarios conocimientos sobre la riqueza pesquera de Chile y le hablé de la merluza, de la corvina, del congrio. Al referirme a la zona norte nombré la albacora, el apañao, el pejeperro, el pejesapo, y el pichihuén de las costas de Coquimbo. En fin, le expliqué que en un país como el nuestro, con cuatro mil kilómetros de litoral hay una riquísima variedad de peces, según la zona geográfica y las condiciones de la costa. Es suficiente para que Fidel entre en el tema de las posibilidades que Cuba alimenta en el mar. Nos hemos estrechado la mano apenas hace cinco minutos y ya estamos navegando mar adentro, echan-

do redes en el horizonte marino. Fidel no es hombre de protocolos, ni de circunloquios, ni posee genio para conversar sentado. Camina sin detenerse por el pequeño espacio de la terraza, desmenuza el grueso cigarro habano, se saca los lentes para observar mejor algo que le interesa, los vuelve a su lugar.

Es el movimiento continuo. Mide un metro ochenta y cinco y pesa noventa kilos y en 1964, año de esta entrevista, tenía treinta y seis años. Su accionar es elástico, seguro. Los pantalones verde oliva metidos en pequeñas botas que le cubren hasta un cuarto de la canilla, zapatones gruesos, sólidos, "calamorros", como diríamos en Chile. Son pies que, al avanzar, parecieran que tienen personalidad propia, separada del resto del cuerpo, conscientes de que su responsabilidad es afirmarse en el suelo para dar confianza y elasticidad a su dueño, y cuyo desplazarse crea a su alrededor actividad, mueve el aire, aventa la holgazanería.

Aquellos pies con "calamorros" son parte importante de la Revolución Cubana, y lo saben. Si fallaran, se produciría una verdadera conmoción. Porque Fidel siempre está caminando. Camina de mañana, camina de tarde, camina de noche, camina de madrugada. ¿Cuándo y dónde duerme? Parecería que nunca. Va por las vaquerías, entra a las fábricas, recorre las plantaciones. Rueda durante horas en su auto, atestado de libros, mientras en el espaldar del asiento descabeza un sueño la metralleta belga; mas, luego abandona el vehículo y vuelve a caminar por entre las gentes y camina preguntando, camina inspeccionando, camina discutiendo, sobre todo discutiendo cada detalle relacionado con los audaces planes que se están llevando a la práctica.

Las discusiones con él duran horas. Fidel domina el tema, cada tema. Comienza discutiéndolo con el dirigente máximo del organismo respectivo, y cuando el dirigente máximo desfallece agotado, entonces llama a los ayudantes, y de los ayudantes pasa a los técnicos, hasta llegar al mismísimo portero del establecimiento o de la granja. El ruedo aumenta, ahora toda una multitud está discutiendo: un tiovivo de números, cifras, cálculos, que gira vertiginoso alrededor de un eje central: Fidel. Y sólo al cabo de varias horas aquella visita de inspección, control e información termina.

Y cuando Fidel se marcha, queda flotando en el aire una sensación de vida, agitada e intensa. Las gentes han llegado corriendo de los lugares cercanos. Todos desean verlo, oírlo, si es posible, palparlo.

—¡Volvé pronto, Fidel! ¿Qué te habías hecho? —grita un peón negro con su acento musical.

Fidel da una última mirada:

—¿Qué pasa con el pasto, chico? Ta muy crecido, ¿sabe'

—Es que se nos descompusieron las cortadoras de pasto, Fidel.

Y el primer Ministro aprovecha para clavarle una banderilla de fuego a la burocracia:

—Pongan a cortar pasto a la máquina de escribir, ¿no te parece, chico?

Y de allí, de nuevo a caminar. Otra visita, otra inspección, otra muchedumbre excitada, otra discusión larguísima viva y sustancial, llena de enseñanzas . . .

Con los ojos clavados en el horizonte del Caribe, Fidel me habla de las posibilidades de Cuba respecto al mar.

Estamos suspendidos en una amplia terraza del Havana Riviera. Parece que vamos a tocar el cielo. Parece que vamos a rozar el mar. De tanto sentirnos suspendidos entre mar y cielo, sufrimos la impresión de que nos tornaremos abstractos, etéreos. Fidel nos trae de regreso a tierra. Puntualiza temas en relación directa con la tierra y los hombres. Hay que elevar la capacidad de consumo de las masas cubanas, diversificar los medios de alimentación. Hasta hace poco la carne de cebú, el arroz, una ínfima porción de pescado, constituían los rubros centrales de la cocina cubana. La Revolución, me explica Fidel, desea elevar la producción de verduras, carnes, mariscos, frutales, para cubrir las necesidades alimenticias de la población y, si es posible, exportar a los países europeos que ya han manifestado interés por los productos que se dan tan bien en este clima.

—¿Qué tipo de pesca tienen ustedes? —pregunto a mi vez.

Fidel se refiere al pargo, un tipo de pez del tamaño de nuestro congrio. En mi estada comprobé que el pargo es personaje imprescindible en el menú de los hoteles, en la carta de los restaurantes. Su filete hace recordar las deliciosas torrejas asadas de albacora. Pero, además, están la cherna, la rarirrubia, el ronquito, el cochino. La aguja no sólo representa un rubro en el emporio alimenticio que guarda el mar para los cubanos, sino la pasión de los aficionados al deporte de la pesca. Más o menos viene a ser la prolongación caribeña de nuestra albacora, la dúplica del pez espada. Hemingway fue atrapado por la isla más que nada por la cercanía de la aguja; después se sintió envuelto por la simpatía de aquel pueblo y, de tanto andar tras ese

pez, concibió: "El viejo y el mar". Fidel conoció a Hemingway casualmente, justo cuando repartían los premios al término de un torneo de pesca de aguja. El escritor había inaugurado esta competencia anual en la que se disputaba la copa "Hemingway" y Fidel ganó el primer premio, lo que le valió recibir de manos del autor de "¿Por quién doblan las campanas?", el preciado galardón.

—Usted debe tener la suficiente sensibilidad de pulso para saber cuándo debe halar la lienza una vez que la aguja ha tragado el anzuelo —me explicó—. Si nota que el pez tiene todavía mucha energía para huir, debe dar largas al carrete. Si hala antes de tiempo, el pez puede cortar el cordel. Hay que estar presto para halar en el momento justo . . .

Hablamos de Hemingway. Castro me contó de la simpatía del escritor por la Revolución cubana. Fidel tenía proyectado visitarle en su casa para charlar, cuando el escritor debió hacer un viaje, y ya no regresó.

Luego Fidel propuso que fuéramos al puerto, donde están llegando las goletas con el producto de varios días de trabajo.

—España nos ha construido una flota de barcos de pesca. Cada año nos entrega nuevas embarcaciones. Sin embargo, ya hemos empezado a construirlos nosotros mismos en nuestros propios astilleros . . .

Frente al ascensor Fidel me pregunta:

—¿Usted qué hace, a más de ser senador?

—Tengo un pedazo de tierra, con algunos animales. Me gusta la agricultura.

Suficiente. Fidel se enciende, redobla el ímpetu de la charla, se olvida de la partida hacia el puerto. A preguntas

suyas sobre la producción agrícola chilena, sobre mis propias experiencias en el campo, agrega opiniones suyas, informaciones respecto a lo que se está realizando en Cuba. La tierra, el surco, la semilla, la producción, lo cautivan, le conmueven. A medida que nuestra amistad se prolongue, iré comprobando que la agricultura es su pasión, la fiebre de cada minuto.

Devora libros y más libros relacionados con el tratamiento de las tierras. Con su propia mano ha organizado las vaquerías en donde toros y vaquillas adquiridos en el extranjero, están realizando otro tipo de revolución, la revolución contra el cebú.

—El cebú tiene un inconveniente —me explica—. La hembra sólo produce leche para amamantar al crío. Nosotros necesitamos carne y leche en abundancia. Hemos comprado en Canadá y otros países varios miles de toritos Holstein. Así conseguimos una especie mezcla de Holstein con cebú. También estamos produciendo miles de especies de raza pura.

Se trizó el tiempo: no hay más minutos, ni horas, ni medias horas. Ahora sólo existen los tomates, las gallinas, el tabaco, el café, los citrus, los huevos. Sin descansar. Mientras se trate un tema que absorbe a Fidel, hay que tener la mente lúcida, ágil, con reflejos de relámpago. Un dato sobre el tiempo que demora el tomate para sacarle una cosecha, Castro lo reduce inmediatamente a meses, a semanas, a días. ¿Cuánto es el costo de una tonelada de tomates? El valor salta en pesos chilenos, pero Fidel, sin lápiz ni papel, lo traslada a pesos cubanos, de pesos a dólares, qué sé yo.

Vienen preguntas, salen respuestas; nuevas preguntas, más datos, otros números.

¡Santo Dios! ¿Cuándo descansaremos? Pero éste es un personaje subyugante. "No puedo proyectar descansar", pienso. ¿Quién describió alguna vez a este Fidel Castro hablando de cómo cruzar cierto tipo de aves de corral para conseguir huevos de tal clase? ¿Quién trazó la semblanza de este Comandante de la Sierra Maestra, guerrillero y gobernante, que hurga la tierra hasta sacarle su último secreto al proceso de las raíces vegetales, con vistas a dominar el milagro del fruto, del mejoramiento de la especie? ¿Y si yo lo hiciera? Esa idea me hace cosquillas en la cabeza mientras hablamos. Mas, para lograr atrapar fidedignamente la figura de Castro y sus reacciones, debo tratar de defender, lo mejor posible, el propio ordenamiento de mis facultades intelectuales. No es broma toparse de pronto con una figura como ésa, sin la brumosa cortina de tergiversaciones y calumnias con que intentan ocultarlo las agencias noticiosas. Ahí lo tenemos delante, suelto de cuerpo, sin remilgos ni poses, llano, directo, claro, pletórico de vitalidad. Puedo tocarlo, puedo plantearle el tema que me venga en gana, puedo solicitarle que me relate temas íntimos, por ejemplo, que serían la curiosidad del mundo entero, y estas posibilidades podrían desestibarme, hacerme olvidar detalles y aspectos que están ocurriendo en esos momentos ante mis ojos. Luego pienso que aún en el caso de que la memoria y la serenidad me fallasen, me quedaría, sí, la sensación central del encuentro, lo vertebral; la de haber conocido a un hombre sin poses ni afectaciones, a un gobernante que siguió viviendo su propia vida estrechamente al lado de las

gentes de su pueblo, en la misma forma como transcurrieron sus días en la Sierra Maestra, entre sus guerrilleros y sus campesinos. Castro irradia personalidad, desarma inhibiciones, galvaniza la atmósfera, permite que el interlocutor entre de lleno en confianza. Es la antítesis del protocolo. De la afectación. Para conversar no tiene horarios. Tampoco hay títulos para dirigirse a él. ¿Cómo habría que decirle? Tal vez sólo Fidel, quizás Comandante Castro. Pero cuando uno menos lo piensa está tuteándolo, con ese tuteo tan propio del espíritu cubano. Si la conversación se desarrolla en una pieza estrecha, Fidel la atravesará mil veces a grandes zancadas, como oso encerrado en una jaula de pájaros. Necesita espacio para desenvolver sus temas. Nadie se lo imagine tras un escritorio, sometido a una secretaria que le ordena las audiencias. Primero las zancadas, después el cigarro entre las barbas. Son los materiales esenciales para que aquel hombre se desarrolle, alcance la plenitud. Escupirá después de darle una chupada al tabaco, se limpiará los hilos de saliva con el dorso de la mano; y, vuelta a las zancadas, a caminar, a caminar por la pieza, como ha venido desde hace diez años caminando por toda Cuba, por sus plantaciones verdes y sus litorales argentados. No se puede usar ningún símil para compararle, no hay político que se le parezca, no hay gobernante que posea los elementos humanos suyos. Tiene algo de los tifones del Caribe, que llegan aventándolo todo.

Todo con él es nuevo, y no hay que traer nada preparado para enfrentarlo.

En el muelle central de La Habana ven venir, de lejos, su auto y el de su escolta. Se produce la efervescencia. Co-

rren los niños, las mujeres gritan y apuntan con las manos hacia el auto de Fidel y cuando ambos vehículos se detienen, todos nos rodean radiantes, eufóricos. Fidel, con su inconfundible acento, pregunta:

—¿Qué tal van las cosas, chico?

—Aquí vamos . . .

—Ta bien . . .

Acaba de arribar una goleta atestada de pesca, después de permanecer varios días a muchas millas de la isla. La tripulación rodea a Fidel. Este, a su vez, los abruma a preguntas. Desea saber las toneladas que sacaron, lo que trajeron en el viaje anterior, el total de pesca durante el mes de diciembre que recién termina, el porcentaje de dicho mes en relación a los anteriores, el rendimiento total de esa Cooperativa de pescadores, cómo envían el pescado a los centros de consumo de la provincia. Los hombres no están en condiciones de proporcionar tanto número. Entonces Fidel propone llamar al encargado de la estadística de la Cooperativa. El hombre llega corriendo, casi acezando. Se defiende bien. Al principio contesta con rapidez, entrega cifras precisas. Pero Fidel lo acosa, rebate, ahonda, desmenuza. El encargado se excusa: hay detalles que todavía no domina. De pronto salta un problema: el frigorífico de la Cooperativa no alcanza a almacenar todo el pescado que es menester guardar allí antes de mandarlo a los lugares de expendio. Fidel inicia una suerte de rompecabezas:

—A ver —se concentra—. Si el frigorífico tiene esa capacidad, podríamos dejar afuera tantas toneladas mientras se vacían algunos sectores de la bodega. Claro que una

parte de la que no alcanzó a almacenarse irá directamente al público.

Le da vueltas al asunto hasta que la solución aparece. Porque él no descansará sin encontrar la solución. Ahí quedará horas, ausente de todo, haciendo cálculos, ayudándose con los pescadores. Cuando el problema es resuelto rebrotan las bromas, los chistes, las anécdotas sobre los viajes realizados por los pescadores, y rompen las carcajadas con la sonoridad de las olas estrellándose contra el malecón.

Un negro bajo, de pantalones blancos de dril y camiseta a rayas, se acerca:

—Permiso, Fidel...

El Comandante lo invita a hablar. El hombre explica que pertenecía a la Cooperativa de Matanzas. De allá vino con una carta del jefe para que le diesen trabajo en La Habana. Ha pasado el tiempo, pero todavía no puede conseguir plaza en ninguna goleta. Fidel pide informes al encargado. Se trata que los de Matanzas mandaron al hombre sin consultar primero con los de la capital, lo que está en contra del sistema, pues de repetirse tal situación, se desorganizará el trabajo: hay que darle oportunidad a los pescadores estables de La Habana. Fidel pregunta ahora si el forastero reúne las condiciones necesarias. Si es eficiente en la faena, buen compañero.

Fidel entonces recomienda que lo ubiquen en una goleta, pero que no se haga una práctica continuada este sistema de traslados. El negro muestra los dientes albos, está feliz:

—Gracias, Fidel. No hay cuidado conmigo...

Rodamos hacia las nuevas obras portuarias. Se cons-

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

truye un frigorífico gigante para almacenar pescado y carne de vacuno. Fidel consulta al Ingeniero Jefe por el costo de la obra. Treinta millones de pesos. Fidel recomienda reducir el número de trabajadores. Es menester, sostiene, aumentar la productividad por hombre, de modo que se pueda combatir a la burocracia en todos los frentes, para realizar así el mayor número de obras con la menor cantidad de obreros.

Esa fue la primera vez que Fidel me invitó a asomarme al destino marino de Cuba. Aquellas gentes de mar, negros, blancos o mulatos, todavía no salían del deslumbramiento que significaba descubrir que su isla estaba rodeada por desconocidas riquezas fabulosas. Cuando sacaban la red atestada, su corazón brincaba alegre con iguales cabriolas que las de los peces. En el fondo de la red venía la lámpara de Aladino.

Un economista chileno que fue a trabajar a Cuba, a poco de triunfar la Revolución, me dijo:

—Aquí no había ni siquiera estadística de nada. La estadística, nosotros lo sabemos, puede servir para un barrido como para un fregado, pero, mal que mal, a través de ella se obtienen puntos de referencia. Durante la administración de Batista, como en los anteriores gobiernos, aquí no se precisaba estadística porque para todo dependían de Estados Unidos. El fin de semana, por ejemplo, cuando se acercaba la invasión turística, se descubría que no había pollos. Tomaban el teléfono, llamaban a Miami, y llegaban los barcos con pollos que iban directamente a los consumidores. Esa es la razón de por qué en La Habana ni siquiera había bodegas de almacenamiento. Aquí se partió de cero . . .

Y es fácil imaginarse en qué consistía la alimentación del grueso del pueblo, que no entraba en el cuadro de los administradores de los centros de atracción turística. De allí la detonante alegría de los cubanos al haber descubierto su propio mar y sus riquezas relampagueantes.

—¿Cómo van las cosas, chico?

—Aquí vamos, Fidel. Ta lindo el molote de los pescados, Fidel . . .

Y se ríen . . .

CAPITULO IV

La noche y el sueño huyeron con el grito salvaje qu
salió de alguna parte:

—¡Fueeeego! ¡Se está incendiando la mercería!

Aquello formaba parte de la realidad. Nada de esta
pensando, dentro del sueño, que todo terminaría luego, qu
abrir los párpados nos permitiría disfrutar del inmenso ali
vio de la realidad, mientras la angustia quedaría atrás, e
la inconsciencia. Por el contrario, en esos instantes el delei
te habría consistido en el sueño, lejos de la vida, ausente
de los acontecimientos. La pesadilla residía en la vida mis
ma, en enfrentarla con los párpados abiertos. Ahí, al otro
lado de la vereda, surgían las llamaradas que empezaban
a dar cuenta de la mercería "El Candado" y amenazaban con
abrasar el segundo piso de la construcción que albergaba el
anexo del hotel Santiago. Dos o tres parroquianos de la so
segada bohemia pueblerina habían descubierto la presen-

cia del fuego y llevaron el mensaje a los policías de turno. De ellos vino el grito:

—Fueeego!

Nada sacábamos con pensar que aquello estaba al margen de nuestra existencia cuotidiana. Cierto es que el espectáculo, a medida que la hoguera creció y el barrio se pobló de nuevos curiosos, escapó al marco de todo cuanto había sido, hasta entonces, nuestro mundo; pero el incendio, su peligro y el estremecimiento de vitalidad y energía que puso en las gentes aterrorizadas, era un hecho muy claro y muy concreto que, desde ese instante, se ubicaba en el magro desfile de nuestro devenir ordinario. El negro cielo de la medianoche ya había cobrado un color anaranjado con el resplandor crepitante de las llamas, cuando empezaron a hacer explosión los tarros de lubricantes, volando por los aires, mientras las balas estallaban en los cajones de la estantería, tal si escuadrones ubicados en la retaguardia del siniestro estuvieran ametrallando los restos de tranquilidad del pueblo. Un nuevo grito me desgarró:

—¡La barraca! ¡Cuidado con la barraca!

Era mi madre. Dio el grito y se desvaneció. A los pocos instantes, ya recuperada, se encaramó en uno de los sillones de mimbre que adornaban la larga galería de nuestra casa y, a través de los vidrios, oteó hacia la barraca, la más grande del pueblo.

Observaba horrorizada la posibilidad de que el fuego fuera a iniciar otra hoguera en la enorme industria de maderas, lo que habría significado arrasar con nuestra vivienda. No tenía seguro y aquellos muebles, comprados uno a uno, eran lo poco que poseía para luchar por nuestro destino.

Cada grito suyo me atravesó el corazón y si el espectáculo de las llamas, y la dantesca visión de las gentes lanzándose desde los balcones del hotel me abrumaban de espanto, el caso es que la voz de mi madre, portadora de una angustia y un dolor desconocidos para mí, me sustrajeron de la imagen de la catástrofe para sumirme, sollozando, en la insondable tragedia de ella.

Los bomberos llegaron desalados, orgullosos de lucir sus carros-automóviles, recién superada la etapa de las bombas tiradas por caballos.

Las ruedas brincaban por el empedrado y las manos tornábanse torpes para atornillar las mangueras a los grifos del agua. Pero todo, absolutamente todo, resultaría impotente para contener el avance del fuego.

Así, por horas y horas. Carreras alocadas, gritos de los bomberos, pitazos de policías, explosiones, sábanas extendidas para recibir a los atrapados en el segundo piso y, por último, la densa ráfaga de detonaciones claveteando la angustia. Aquel arsenal no se entregaría sino después de sacrificar toda su existencia de parafina, balas, maderas y fierros retorcidos. Y, de repente, otra vez, el grito taladrante de mi madre:

—¡La barraca! ¡Está cayendo fuego en la barraca!

Aquello no era una pesadilla. Teníamos los ojos abiertos. Tan abiertos que casi se nos salían de las cuencas. Era la vida, nada más que la vida, y el fuego que colaboraba con ella.

La mayor parte de mi infancia la viví en casa de dos pisos, salvo los años en que estuve al lado de mi abuelita en el campo. Mi madre siempre arrendó el segundo piso de

casas de alto durante aquellos años de mi niñez rancagüina. Por suerte, las casas que llenan el cuadro de aquel tiempo, estaban ubicadas en la calle central del pueblo, de modo que a falta de árboles y vegetación teníamos como entretenimiento el viejo tranvía que atravesaba la ciudad, uniendo la Alameda con la Estación. El imperial pasaba a la altura de nuestros balcones, lo que nos permitía, entre estridencias de las maderas viejas y los fierros sueltos del carromato, estudiar los rostros de los pasajeros. En ese instante, cuando el tranvía casi nos rozaba con su carga de humanidad y luego, al alejarse, nos daba la sensación de que nuestra propia casa había adquirido la condición de tranvía, premunida de energía suficiente para alejarse veloz de las eternas y estáticas cosas que nos rodeaban. Perdido el vehículo en lontananza, regresábamos a nuestro tiempo, a la rutina. Ahí estaba en el primer piso la señora Goyita, personaje central del barrio, enredándose en sus anchas polleras, cargada de ternura para atender a los estudiantes que tenía de pensionistas y para los cuales era una madre solícita. Ahí estaba la Mariíta, donosa niñita de mi edad, nieta de la señora Goyita, de quien decían los mayores, por broma, que algún día sería mi novia. Ahí estaban los "guatones", dulces de chancaca que expendían en el boliche del frente a cinco centavos, y que nos embetunaban la cara al devorarlos, si acaso tras prolongados esfuerzos, lográbamos hacernos de la monedilla para comprarlos.

La otra casa de nuestra infancia estaba ubicada a media cuadra del teatro Victoria y a tres de las oficinas del mineral de "El Teniente". Nos habían matriculado en las preparatorias del Liceo y allí tuvimos por compañeros a dos

hijos del "Hombre Bueno": Benito Román, que con el tiempo llegarían a ser ceramistas de fama en el país.

Los Román tenían una hermana mayor, de ojos almendrados y una pinta coqueta al lado de las pupilas, personaje inalcanzable, pues nos llevaba algunos años de ventaja y ya cursaba en cuarto de humanidades. Nos contentábamos con tratar de "cuñados" a Benito y a René, sin siquiera percatarnos de la intención que poníamos en la palabra. Con el tiempo, vine a saber que Samuel Román Rojas también venía a ser "cuñado" mío de entonces, pues el famoso escultor es el hermano mayor de esa familia. ¿Por qué le decían "Hombre Bueno" al padre de René, Benito y Samuel? No le conocí otro nombre.

Poseía un pequeño almacén de abarrotes en esa calle de tres cuadras que empezaba donde vivíamos nosotros y terminaba en las oficinas y estación ferroviaria del mineral de El Teniente. No tenía jamás una palabra dura para sus clientes, para quienes no podían pagar de inmediato. "Anda a buscarme fideos donde el "Hombre Bueno", mandaban las dueñas de casa a los chiquillos. "Díle al "Hombre Bueno" que me mande unos dos kilos de azúcar, que el sábado hay pago". ¿Quién preguntó alguna vez por su apellido? Nadie. Sin embargo, el "Hombre Bueno" reinaba por encima del tranquilo sueño del barrio como un Viejo Pascuero. La banderita de su bondad flameaba en los silenciosos mástiles de la calle Peyla.

Borjas Galimidis me parece salido de algunas páginas de Gorky, o quizás de Panait Istrati. Se instaló frente al teatro Victoria y se dedicó a arreglar paraguas, chapas de puer-

tas y otras minucias de esas que nadie pretende reparar de nuevo.

Corpulento, grueso, tosco, de ojos clarísimos perdidos en la ramazón de unas cejas negricanosas, bigotes disparejos, hirsutos, que jamás conocieron tijera.

La voz gruesa, aguardentosa, a tropezones con un castellano aprendido a puñetazos con la vida, acuciado por la necesidad de alimentar a su prole. ¿De qué lejano país venía? ¿Qué importa? Ya era parte integral de nuestra infancia, elemento fundamental del barrio. La vez que se dio cuenta que el arreglo de paraguas no daba lo suficiente para sostener a su mujer —de igual sugestiva e ignorada nacionalidad— y a sus numerosos chiquillos que chancleteaban por la calle, optó por la industria de las sopaipillas y el pescado frito. Entonces descubrimos que las vaharadas que se escapaban de los bigotes de Borjas Galimidis como chorro de escarcha, eran parientes cercanas del humoso mensaje que surgía de las vasijas donde se exhibían las sopaipillas o donde el pescado frito esperaba, en canastos, la llegada del intermedio del cine, arrebujado en sus bufandas de sacos harineros. Supongo que a los espectadores que salían de disfrutar con Emil Jannings, Pola Negri, Lon Chaney, Agapito o Esther Ralston, les parecía continuar viviendo al margen de la realidad, en algún paraje de las estepas rusas o en algún puerto del Báltico, mientras devoraban la presa de pescado frito observados por la presencia desusada de ese Borjas Galimidis a quien le venía mejor, como marco, la pantalla del cine, con sus paisajes y personajes exóticos, que esos cuartos oscuros en donde vivía, saturado de fritangas y problemas cuotidianos.

La corta calle Peyla empezaba en Brasil, con la que formaba cuatro esquinas que constituían el centro de aquel sector comercial donde menudeaban las agencias de los españoles. En una de esas esquinas se levantaba el edificio de dos pisos que ocupábamos nosotros. En sus bajos abrían sus puertas negocios del más diverso giro.

Vecinas nuestras eran las hijas de un connotado abogado de la ciudad, que subían y bajaban la escalera como sombras inasibles, fuera del alcance de nuestras manos ariscas y descuidadas. Pero la calle Peyla, si bien en su nacimiento lucía cierto rango de comercio con personalidad, a medida que se acercaba a la calle Millán, donde se levantaban las instalaciones de la Braden Copper, perdía rango, iba aventando su prosapia y se entregaba a una existencia descocada. Menudeaban los hoteluchos oscuros, fritangas competidoras de la de Borjas Galimidis y, más que nada, las deslumbrantes pizarras escritas con carburo, comunicándole a los mineros que recién bajaban del tren de Sewell que la chicha de Idahue o el chacolí doñihuano crepitaban en las frescas vasijas que se escondían tras los mesones de aquellos bares lánguidos, fríos aún en el verano, donde parecía haber especial cuidado en que no entrase la luz de la calle y donde la modorra de las botellas, esperando su turno en la esmirriada estantería, sólo era superada por el espectáculo imprevisto de dos o tres poncheras gigantes de cristal ordinario, en cuyos vientres navegaban en vinagre, cebollas, pepinillos, zanahorias y aceitunas, para exitar el paladar de los hombres de los socavones.

Muchas veces me he preguntado qué misterioso sortilegio tenía aquel barrio de mi infancia provinciana. ¿A

quién no le agrada volver a vivir en ese encantador país del trompo y el volantín? Agréguese que yo fui un niño solo. Mis dos hermanas mayores estudiaban en cursos superiores, frecuentaban lugares y ambientes distintos a los míos y, por supuesto, reaccionaban en forma diferente ante los problemas que nos presentaba la vida.

De ahí que cuando mis hijos empezaron a caminar, volví a disfrutar en ellos mi propia infancia, en compañía ya entre varones que encaran con idéntico temperamento las aventuras que les presenta la calle, el colegio y el barrio. Y cuando mi hijo mayor cometió la tropelía de hacerme abuelo, a los cuarenta y cinco años, reinicié la maravillosa experiencia con los nietos.

Por eso me doy el lujo de caminar a menudo por las empedradas calles de Rancagua de mi niñez. No estoy solo, lo entiendo, como entonces. No, ni mucho menos. Brinco, corro, "curo" hilo para los volantines, suavizo la púa de un trompo cucarro, compro caramelos con vistas a completar la colección de boxeadores famosos que vienen dentro del envoltorio: ¡son tan difíciles Vicentini, Tani Loayza, Quintín Romero, Manuel Sánchez y Humberto Guzmán!, que quien posea estas cinco láminas ya puede considerar como suya la bicicleta que dan de premio y que exiben en una vitrina del centro.

De allí entro en el almacén del "Hombre Bueno", o husmeo a través de las mamparas empavonadas de los bares cercanos a la estación minera.

¿Será hora, entonces, de que les hable de la Marciana, cuya casa de dos pisos, de murallas descascaradas, era como orgulloso rascacielos entre la chatura del modesto barrio

que circunda las oficinas de la compañía norteamericana, propietaria del mineral de cobre?

Ella esperaba siempre, cariñosa, al hombre que bajaba de las minas, hambriento con todas las hambres, y nosotros bien sabemos que quien ha sido dueña de la llavecita de cristal maneja el milagro de la juventud. Pero la Marciana nos puede esperar, pues.

Antes quiero hablar del teatro Victoria, propiedad de don Policarpo González. Sala oscura, de butacas de madera, oliendo siempre a la creolina que derramaban sobre los batallones de pulgas del teatro, como granizada fétida del mismo infierno. Pero ya nosotros habíamos acostumbrado el olfato y ni nos percatábamos de aquel olor.

Allí trabé amistad con Tom Mix y su caballo Malacara, con Chaplín y el Pibe, con Agapito y Douglas Fairbanks y Mary Pickford, con Harry Carey y Hoot Gibson. ¿Vieron "Cuatro Diablos", con Charles Farrel y Janet Gaynor? Todo Chile lloró con esa película, como sufrió con "Beau Geste" y el trabajo conmovedor de Víctor Mac Laglen.

¿Recuerdan "El Camino de la Carne", de Emil Jannings? Y un día, de repente, apareció una mujer alta, que insinuaba las palabras, fumaba cigarros largos y hacía el amor con una languidez insuperable: se llamaba Greta Garbo, y su galán de siempre, John Gilbert.

Si obteníamos los cuarenta centavos para pagar la galería, llegábamos tempranísimo a la función. Nada más dulce que la espera, con el boleto ya en el bolsillo. A veces la espera se prolongaba y comenzaban los silbidos y el zapateo impacientes. La bullanga sacaba a don Policarpo de su oficina y, en medio del aplauso gozoso del público, avanza-

ba hacia el autopiano para regalarnos con la melodía de siempre. Estábamos, pues, en los umbrales del encantamiento. A don Policarpo lo reemplazaba a veces su hijo, O'Higgins González, que en vez de sentarse frente al autopiano abría la tapa de una destartalada victrola y la sala se llenaba con la voz familiar del barítono: "Soldado de Nápoles / que vas a la guerra . . ." Este soldado de Nápoles, como el hecho de que el hijo mayor de don Policarpo se llamara O'Higgins, nos provocaba una serie de perturbaciones cuando en las lecciones elementales de historia, estudiábamos la batalla que el Padre de la Patria había librado en la plaza de nuestro pueblo. ¿Qué relación había en todo aquello?

Pero, ¿por qué mi apuro en hablarles del teatro Victoria? Porque vamos a asistir a una función desusada. No se trata de cine; ni de la Garbo, ni de Wallace Beery, ni siquiera de Pola Negri. Nada de eso. Para mí también vuelve a ser una sorpresa. Lo que sucederá allí adentro me intriga. ¿No les conté ya de mis experiencias de niño, atraído por las concentraciones públicas, a la caída del General Ibáñez en su primera administración? Ahora eran Elías Lafferte y Salvador Ocampo los que volvían del sur, de la relegación, y aprovechaban su paso por Rancagua para hablarles a los primeros cuadros de la extrema izquierda que se rehacían y levantaban banderas para recuperar el camino perdido.

¡Chits! ¡Ya están hablando! Acodémonos en la baranda de la galería, que así podremos examinar a nuestro antojo a los que están sentados en el proscenio y a los que ocuparon las butacas. ¿Oyó bien al anunciador? Ese que ha tomado la palabra se llama Eugenio Matte Hurtado y explica el significado de una organización a la que pertenece:

la "Nueva Acción Pública", y quien ya intervino, mesurado, con despliegue de citas y guarismos, es Carlos Alberto Martínez. En la platea solicitan interrupciones el "Guatón" Fuentealba y el "Pelao" Andrade, dos viejos militantes del antiguo Partido Democrático, nervio y sangre del alessandrismo del año 20. El uno como el otro creen que no vale la pena organizar nuevos partidos, sino continuar adictos a ese tumulto emocional que provocó el León de Tarapacá.

La Marciana cedió su turno esta vez, y muchas otras veces lo cederá también, a la política.

Un gendarme gritó mi nombre hacia adentro. Algunos presos lo repitieron hasta que llegó a mis oídos.

Avancé alegre hasta la reja que comunicaba con el patio de las entrevistas. Me visitaban muchos. Venían colegas de la Cámara de Diputados, periodistas, dirigentes de gremios, etc. Desde que los carabineros se metieron al local del Sindicato de Obreros de Sewell, aventando bombas lacrimógenas, y me arrastraron hasta un autocarril que me bajó en Rancagua en medio de una impresionante movilización de policías y soldados, la opinión pública había estado pendiente de mi suerte: primero el recurso de amparo que me devolvió la libertad, luego el desafuero, nueva orden de detención, huida para evitar la aprehensión y otra vez la cárcel. González Videla aplicaba la Ley de Defensa de la Democracia, y en Pisagua se hacinaban los comunistas, los dirigentes sindicales y cuantos exteriorizaban su descontento contra el régimen.

El anochecer que ingresé, incomunicado, a la cárcel, me quedé observando las sombras y el silencio del penal, aferrado a los barrotes de mi celda. ¡Habían sucedido tantos acontecimientos ese día! De súbito, un grito potente, penetrante, atravesó los patios:

—¡Don Baltaaaaaaa . . . !

¿Quién lo pronunció? Nunca lo supe. La población penal estaba ya recogida en sus celdas y los candados y chapas, al cerrarse, multiplicaban sus sonoridades en la quieta sucesión de mis pensamientos. Me conmoví. Y, sin embargo, nada, ni la primera noche de incomunicación, ni el que me hicieran sacar los cordones de los zapatos y el cinturón mientras un delincuente común sometido a la misma diligencia, me preguntaba: "¿Por qué lo traen a usted, colega?", ni el comer sentado en el suelo, con los platos también en el mismo suelo y vigilado atentamente, nada me atravesó el corazón como cuando al ir a la reja para atender a mis nuevas visitas me encontré con mi madre y mis hermanas. A mi madre la habían preparado, explicándole que todo consistía en un proceo político, que a la larga yo no iba a sufrir consecuencias graves, y que no tenía por qué afligirse. Pero en cuanto me vio aparecer a través de los barrotes se olvidó de todas las recomendaciones y rompió en llanto. ¡Pobre vieja querida!

Desde entonces no sabría decir qué fuego produjo más dolor y sobresalto en el ánimo de la autora de mis días: si el incendio que consumió la mercería "El Candado o el rizado oleaje crepitante que surgía de las palabras de Eugenio Matte. El primero ensangrentó la noche, se desmelenó junto al cielo, sacó alaridos. Vino y se fue. El otro prendió

más lento, como llamita en leña húmeda: primero fue como un junco dorado, luego chisporroteó a medida que la humedad de los leños huyó en albas cascadas de espuma. Este fuego cubrió a mi madre de cenizas, aún antes de acabar con los maderos: cenizas en las sienes, cenizas que le diluían la visión, cenizas de un fuego del cual ella no tenía la culpa y que le acortó la vida.

CAPITULO V

La antigüedad en el Parlamento parece ser motivo de gran orgullo; mayor razón tratándose del Parlamento chileno cuya existencia, a través de todo el desarrollo institucional del país, es sacada a menudo a colación por los chilenos como uno de nuestros mejores blasones. El senador Allende, por ejemplo, cuando hace referencia a sus treinta y tantos años de parlamentario con el objeto de respaldar alguna petición hecha a la sala o para asegurarse la atención de sus colegas, su voz adquiere cierta sonoridad especial. No es para menos. Los que le oyen advierten el soplo del pasado, el peso de la tradición, la solemnidad del momento. Entonces acomodan las nalgas en los sillones, entornan los párpados como pidiendo perdón al orador y se entregan a disfrutar de la solemnidad del discurso. Eso por unos minutos. Luego, dado que quien habla repite conceptos que ya expusiera repetidas veces en el hemiciclo, renace el moscardoneo, vuela el secretillo transmitido junto al

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

oído del vecino, zumba la estridencia de los impacientes que cambian de posición en el asiento o bien, en resolución heroica, algunos se encaminan a los comedores a beber una taza de té acompañada de los deliciosos dulces de La Ligua, los maravillosos "berlines", "chilenitos" y "merengues".

El Parlamento tiene la propiedad de talar a los hombres, de morigerar sus movimientos, de burilar su personalidad. Aunque también sucede que después de una larga faena de transformación de los materiales en bruto que entran al Senado, de improviso un accidente cualquiera da al traste con la obra del tiempo, con la labor de su cincel.

Al senador Ezequiel González Madariaga, se le adjudicaba el mote de "Luis XV". Cabeza alba, de pelo fino, como si le hubiesen espolvoreado sobre las crenchas una nieve pasada por cedazo. Andar reposado, lentes sin armadura, ojos suaves de abuelo, otrora de azul intenso, ahora desvaídos por los años y el exceso de lectura. Entra a la sala sin prisa, distinguido, un poco escorado a babor, como un iluminado transatlántico.

Reposadamente también, martillando y sopesando las palabras, se le escucha de pronto:

—¿Me per-mi-te, se-ñor pre-si-den-te?

Nada le preocupó más en cada sesión que defender la aplicación del reglamento, la interpretación de la Constitución; en fin, todo lo que contribuyese a enaltecer la función parlamentaria. Faltando pocos meses para terminar su período, cierta tarde pidió la palabra:

—¿Me per-mi-te, se-ñor pre-si-den-te?

La sala se aprontó para escuchar una nueva catilinaria por no haber observado correctamente algunos artículos del

reglamento, o bien para comprobar que el señor González Madariaga salía otra vez a campear por los derechos fronterizos de Chile.

Grave error. El señor senador, enfrascado en una áspera polémica con un correligionario suyo, a la sazón miembro de la Cámara de Diputados, y como le parecieron insuficientes los elementos que antes usó para dilucidar sus disputas con el compañero de partido, pensó que el Senado le servía a pedir de boca, antes de abandonarlo, para poner a su adversario de oro y azul. Lo menos que trató en su intervención el distinguido senador, fue el aspecto político, doctrinario, de las desavenencias. Desfiló la vida privada de su contrincante sin que se librase ni la esposa, ni la suegra, ni los hijos. Los demás senadores del mismo partido saltaron en sus sillones. ¿Sería que confundían las palabras? Nada. Su colega continuaba sacando "los trapitos al sol" al camarada de luchas. Entonces se inquietaron, enrojecieron, cruzaron entre sí miradas perplejas. Habrían querido correr donde los taquígrafos para borrar las notas; pedir al secretario que no diese como válido cuanto estaba sucediendo. El honorable colega continuaba agregando epítetos, desempolvando secretillos familiares, hurgando en los últimos rincones de la existencia de su contrincante.

¿Qué había ocurrido? Ni mucho ni poco. Sólo que al viejo barco parlamentario, en medio de la escorada navegación, se le había abierto una espita: por ahí entraba el agua y se escurría, a la vez, la prestancia legislativa. Cosas de la política chilena.

En el Senado también es dable encontrar legisladores que llegaron a dominar el arte de empuñar el timón de la

patria sumidos en agradable siesta: el oído se les afina de tal modo que despertarán en cuanto el orador anuncie que está por terminar o pronuncie alguna frase de real expectación. Por lo general, los senadores se entregan a la charla, si la sesión es monótona, o esperan la ocasión propicia para aportillar a quien está haciendo uso de la palabra. A veces lo hacen con una buena chirigota: el Senado ríe, disfrutan las galerías, y si el asunto no se convierte en drama, la incidencia sirve para acentuar el clima de camaradería de los señores legisladores. A las sesiones de la tarde vienen algunos parlamentarios mecidos por el agradable sopor que produce la merienda opípara, regada con buenos vinos. Se les advierte en los ojos, en el grueso cigarro que prolonga la sobremesa, y en el chispeante ingenio que revienta a cada instante en medio del debate, transformando el hemiciclo en organillo cascabeleante de carcajadas.

Los que recién se incorporan a la Cámara Alta sienten la gravedad de esa etapa de su vida. No en balde han estudiado que es aquí en donde se vino estructurando la historia de este país, de modo que el solo trasponer las mamparas, y jurar y prometer ante el presidente de la Corporación que respetarán la Constitución y las leyes y guardarán sigilo sobre lo que se trate en las sesiones secretas, los nimba de un halo sobrenatural, los traspasa de tiempo histórico. Lo primero que triza esta suerte de encantamiento es la pachorra de los antiguos, de los que caminan por el Senado como Pedro por su casa, y encaran su responsabilidad legislativa como podría hacerlo en su cuartel de bomberos un voluntario de la Cuarta Compañía.

Tomás Chadwick, brillante abogado, en los primeros

días en el Senado, intervenía hasta para referirse, por ejemplo, al tipo de papel en que venían escritos los informes de la respectiva comisión. Eso le servía para extender toda la gama de su valioso bagaje de conocimientos. En tales afanes recibió una tarde un gran estímulo. El senador derechista Julio von Mühlenbrock, que es hombre de impulsos irrefrenables y sinceros, pidió la palabra al término de una disertación de Chadwick:

—No puedo menos que felicitar al senador coquimbano Tomás Chadwick, por su completa disertación sobre aspectos jurídicos de la materia en debate. Han sido verdaderos malabarismos jurídicos. Estoy orgulloso de ser conterráneo del honorable senador Chadwick, pues los dos tenemos una infancia coquimbana . . .

Chadwick comprendió que había entrado con el pie derecho. Entonces pidió la palabra de nuevo. A poco ya el Senado no le prestaba la atención del primer momento: los senadores conversaban por su cuenta, con la sola excepción de su colega de infancia coquimbana. A los tres meses, el conterráneo coquimbano también prefirió la charla del vecino.

¿Qué sucedía? Cuando Chadwick pide la palabra, uno aguza el oído: el hombre, no hay duda, dirá cosas interesantes. Empieza a desarrollar la idea, toma impulso, se acomoda los lentes, mira directamente a uno de los auditores; sube la voz. Los que le están oyendo intuyen que se avecina algo tremendo; el aire se detiene, hay que acumular oxígeno en los pulmones. El orador apunta con un dedo hacia el infinito. "Ya, ya viene la grande". Pero, nada. El párrafo termina, el orador levantó la voz al máximo, remachó las pa-

labras, arrastró las sílabas. Pero nada. "Bueno, distraídos en el próximo párrafo". El próximo párrafo empieza a prepararse en idéntica forma. Sí, ahora sí que saldrá la imagen maravillosa, el pensamiento alado, el milagro de la frase que llevará la idea hasta el fondo de los corazones. Otra vez a contener el aliento.

Y nada de nuevo.

No hay manera de levantar el vuelo.

Eso era el comienzo. Pero Chadwick es hombre del talento necesario no sólo para administrar bien la cultura que posee, sino para darse perfecta cuenta de lo que sucede a su alrededor. Sin que nadie se lo dijese —bastó que su sensibilidad le corrigiera el rumbo, imperceptiblemente, como a las naves cósmicas—, fue adaptando la autonomía de vuelo de que antaño hacía gala en los Tribunales de Justicia, a las limitaciones de tiempo y a las exigencias del nuevo ambiente en que debía actuar. Los últimos días que estuve junto a él en el Senado resultaba un agrado oírle, tanto por su versación en materias jurídicas como económicas, y si bien por su conformación forense no es proclive a la metáfora, su forma de expresarse gusta porque ha llegado a conocer nuestro idioma en tal forma que saca palabras precisas, y casi desconocidas, que redondean a la perfección la imagen y permiten quedar con una visión clara del problema.

Y hay algo más importante: su calidad humana. No alimenta el odio implacable contra los compañeros de la misma izquierda que es tan común y que tanto daño ha hecho a los cuadros de avanzada del país. Chadwick posee altura para olvidar, para disimular y para reiniciar la amistad. lo

que no es frecuente en la gente que se dice depositaria de los anhelos populares. Con Chadwick fuimos compañeros en el antiguo Partido Socialista Popular. Me defendió, por un cargo del Partido, cuando fui elegido diputado por vez primera y se presentó una reclamación contra mi lista ante el Tribunal Calificador de Elecciones, a base de la famosa Ley de Defensa de la Democracia que excluyó a los comunistas de la existencia legal: se argüía que otro de los candidatos era de filiación comunista. El alegato, ganado de antemano, resultó de poca monta para un abogado del prestigio y capacidad de Chadwick.

Posteriormente, cuando González Videla me hizo traer detenido de Sewell, en 1951, culpándome de la huelga de los minerales del cobre, Chadwick volvió a tomar mi defensa en la primera parte de un proceso que conmovió a la opinión pública.

Es extraño y propio de la atmósfera que presiona las emociones de los políticos: el señor González Madariaga pasó una vida entera llena de hidalguía en el Parlamento para terminar practicando lo que jamás debió realizar como luchador público y hombre de pensamiento. Chadwick precisó de meses, solamente, para enderezar el rumbo.

Nada más engañoso, por otra parte, que el aspecto físico de los parlamentarios. Pareciera que algunos, ceñudos, de muchos kilos de peso, son la encarnación del demonio de la destrucción, la imagen fidedigna del luchador implacable, capaz de voltear las inexpugnables fortalezas doctrinarias del enemigo. Nada de eso. Resultan suaves damiselas entregadas al gracioso juego de las venias y las sonrisas en los pasillos del Parlamento. En cambio, Renán Fuen-

tealba, varias veces dirigente máximo de los democratacris-tianos, que invita a solidarizar con él si le ve avanzar por la calle en una tarde de viento, hace de su firmeza de conceptos y principios la característica de su personalidad. La derecha le odia sin disimulo, porque mientras él estuvo en la presidencia de su partido, se pronunciaron desde allí los peores adjetivos del idioma para calificar a los grupos tradicionales de Chile. Nadie le sacó jamás de ese tranco. Cuando recién llegó a la Cámara de Diputados, desconocido representante del Norte Chico, se pensó que ese lenguaje tan firme iba a durar algunos días apenas: no podía ese hombre feble, de tan pocas carnes, sostener la misma posición por años. Sorpresa. El tiempo transcurrió y el debilucho abogado nortino continuó martillando con los mismos conceptos. De pronto le encaramaron a la presidencia de su partido. Sólo entonces la gente empezó a percatarse de que Fuentealba despertaba en torno mucho más que la piadosa solidaridad en una tarde de viento.

En 1965, en las Naciones Unidas, al regresar a Chile el Ministro de Relaciones Exteriores, Gabriel Valdés, Fuentealba quedó presidiendo la delegación chilena. Se acercaba la votación sobre el ingreso a la NU de la República Popular China. El organismo entero vivía pendiente de la incidencia y los Estados Unidos movía sus hilos en el mundo, asegurando votos. Hasta México, tan desafiante en tantas ocasiones, había bajado la cabeza. Empezó a correr el murmullo de que Chile se abstendría, de no votar favorablemente. "¡Herejía!", dijeron los yanquis y sus aliados. Jamás un país latinoamericano había votado en favor del ingreso de China, ni siquiera se había abstenido. Todos obe-

decían, cuadrados de pies y manos. ¿Sería verdad? Los periodistas corrieron a donde Fuentealba, y éste les confirmó que Chile se abstendría. Empezó el bombardeo. Fueron largos días de llamadas telefónicas desde Santiago, de reuniones con otros delegados latinoamericanos, de charlas con los yanquis. Con Fuentealba habíamos convenido en que si nos obligaban a adherir a las naciones que rechazaban a China Popular, presentaríamos la renuncia de nuestra calidad de delegados y regresaríamos a Chile. No fue menester, si bien los llamados telefónicos y las presiones duraron hasta el último instante. El Flaco Fuentealba, debilucho, como ajeno a lo que estaba ocurriendo dentro del edificio y en el seno de las cancillerías del mundo, no vaciló un instante, no se dejó enredar por los argumentos especiosos ni las amenazas: apretó el botón del mecanismo destinado a las votaciones y, por primera vez desde que se planteaba la cuestión china, un país latinoamericano apareció apartándose del redil encabezado por los yanquis.

Eso no lo olvido. Y no le quiten el ojo a Fuentealba: es flaco, huesudo y, por lo tanto, estriba bien. Sus palabras son tan sobrias como su físico: las indispensables para indignar a la derecha que siempre es blanco de su látigo.

¿Qué es un senador? ¿Cómo vive? ¿Qué come? ¿Cuáles son sus problemas? El conductor de un tren, cuando el senador muestra su carnet en vez del boleto de viaje, se lleva la mano a la gorra y saluda con respeto. Los pasajeros vecinos miran de reojo el llamativo salvoconducto y, luego,

el rostro del personaje. No disimulan su curiosidad por ese hombre que transita por tan distantes senderos, vuela por tan altas regiones. Si el carabinero del tránsito detiene un automóvil que ha violado alguna disposición y el chofer saca de su bolsillo la credencial de senador, hará sonar los tacos de sus zapatones, y pedirá que olviden la molestia ocasionada.

Sólo si se trata de una incidencia callejera, donde las brigadas especializadas del Cuerpo de Carabineros no hacen distingos, el senador queda entregado a su mera suerte ciudadana. Pero eso es harina de otro costal, que mis huesos conocen de sobra.

Y, sin embargo, observándolos de cerca, los senadores arrastran las mismas grandezas y pequeñeces de cualquier vecino. Uno de ellos me contó su drama. Después de muchos años encontró en Santiago a la muchacha con que había tenido un principio de romance en su pueblo natal. Ella, muy joven, optó por casarse con otro.

—¿No eres tú la Mariana?

—¡Claro, pues! Eres tan importante que has olvidado tus viejos amores.

—¡No digas! Tú nunca quisiste ser amor mío. Me despreciaste.

—Te echas al suelo, para humillarme . . .

Fueron a almorzar juntos. El hombre contó sus éxitos. Desde que se separaron había empezado una nueva existencia para él: la política lo tomó en sus brazos y lo encumbró. Primero regidor del partido, después alcalde; por último, había ingresado al Senado. La vida de la mujer había sido más triste y opaca. El matrimonio había durado po

co, debió separarse, y ahora tenía que trabajar para costear los estudios de dos niños. Ella lo relataba con voz sedosa, la misma voz que a él lo estremecía en los crepúsculos pueblerinos, cuando paseaban en la plaza vibrando con la estridente música del orfeón del regimiento. El hombre trató de hacerla olvidar.

—Estás hermosa como siempre. Nada han podido el tiempo y los sufrimientos contigo . . .

—No te permito que me digas eso ahora. Piropero barato. No nos engañemos: no volverías a quererme como decías hacerlo antes.

—¿Por qué no?

Se tomaron las manos mirándose a los ojos.

—Pasaremos la tarde juntos, ¿verdad?

Apenas lo dijo recordó que esa mañana otoñal su mujer le había advertido que debía empezar a usar los calzoncillos largos, pues era muy propenso a los resfríos. Y los calzoncillos que se había puesto ese día eran los rosados.

Ella contestó con la misma voz pastosa de antaño, como suplicando la última porción de cariño en el último rincón del último corazón masculino abandonado en un continente solitario:

—Sí. Pasaremos la tarde juntos. Pero no vale la pena volver a pololear. Ahora iremos a acostarnos al tiro . . .

Salieron. Caminaron del brazo.

A través del paño del abrigo, él sentía sus carnes firmes. Conservaba igual lozanía que antaño. El tiempo nada había podido con aquella hembra, pero diablos, ¿puede un senador de la República hacer el amor en calzoncillos largos y rosados?

El sintió su condición de repúblico, el protocolo, el fuero parlamentario, toda una revoltura de los más extraños elementos. Tomó la mano de la mujer:

—Olvidé decirte algo, porque me había olvidado yo también. En media hora más tengo sesión en la Comisión de Hacienda. Se trata de un proyecto que le interesa al gobierno; le ha hecho presente la urgencia constitucional... Pero ya sé cómo encontrarte. Te buscaré la próxima semana...

Y partió de prisa, como huyendo.

Un senador de derecha se querelló ante los Tribunales de Justicia contra Alberto Gamboa, director del diario "Clarín". El ministro designado para sustanciar el proceso citó a declarar al periodista y le leyó los cargos de la acusación. Había de todo: injurias, calumnias, etc. Lo más grave, según la querella del senador, era que el diario le había colocado un sobrenombre que lo deprimía: "Cachimoco".

—Señor Ministro —se defendió Gamboa—, sucede que en lo de "Cachimoco" nosotros no tenemos nada que ver. Fue el senador Baltazar Castro el que le puso "Cachimoco" al querellante, en una de las sesiones del Senado.

El Ministro, respetuoso de los trámites regulares en todo proceso y buen sabedor que a un parlamentario no se le puede citar a los Tribunales si no está desaforado, me solicitó por oficio una declaración: "Tenga a bien V. E. confirmar o no que en una sesión del H. Senado le puso "Cachimoco" al H. Senador fulano de tal".

No soy abogado y me resultaba complicado apelar a algún amigo doctorado en leyes para que me redactase un escrito explicándole al Ministro la forma cómo se había generado aquello del sobrenombre que deprimía al senador. Además, todo el asunto me hacía sentir otra vez en la sala de clases, avanzando hacia el profesor, para confirmar o desmentir el cargo de haberle hecho un daño a otro alumno. Y mayor era la asociación si se tiene en cuenta que el punto en donde empezaba todo arrancaba en la escuela primaria. Se trataba que contesté en el Senado a un senador que había atacado a los periodistas, achacándoles supuestas concomitancias con el gobierno a cambio de remuneraciones monetarias. Por esos días, a la vez, el Senado había acordado una protesta por ciertos editoriales de un diario santiaguino. Yo expuse mi extrañeza por tanta sensibilidad de la Corporación y del senador al que estaba replicando. Jamás la democracia chilena había necesitado gimotear tanto para defenderse de los que ella consideraba sus enemigos, o para superar las encrucijadas. La historia nacional está jalonada de incidencias en las que los adversarios políticos disputan con aspereza, las más de las veces con ingenio agudo, casi corrosivo. A nadie se le ocurrió llantear, gemir, mendigar solidaridad a los cuatro vientos.

Agregué: "Esto me hace recordar los años de infancia escolar. Siempre en la escuela teníamos un compañero que andaba gimoteando, quejándose de los compañeros, acusando a los vecinos. Le recuerdo nítidamente: aparecía con los calcetines caídos, las zapatos sin abrochar. De las narices le colgaban hacia los labios dos gusanitos que el muchacho

No soy abogado y me resultaba complicado apelar a algún amigo doctorado en leyes para que me redactase un escrito explicándole al Ministro la forma cómo se había generado aquello del sobrenombre que deprimía al senador. Además, todo el asunto me hacía sentir otra vez en la sala de clases, avanzando hacia el profesor, para confirmar o desmentir el cargo de haberle hecho un daño a otro alumno. Y mayor era la asociación si se tiene en cuenta que el punto en donde empezaba todo arrancaba en la escuela primaria. Se trataba que contesté en el Senado a un senador que había atacado a los periodistas, achacándoles supuestas concomitancias con el gobierno a cambio de remuneraciones monetarias. Por esos días, a la vez, el Senado había acordado una protesta por ciertos editoriales de un diario santiaguino. Yo expuse mi extrañeza por tanta sensibilidad de la Corporación y del senador al que estaba replicando. Jamás la democracia chilena había necesitado gimotear tanto para defenderse de los que ella consideraba sus enemigos, o para superar las encrucijadas. La historia nacional está jalonada de incidencias en las que los adversarios políticos disputan con aspereza, las más de las veces con ingenio agudo, casi corrosivo. A nadie se le ocurrió llantear, gemir, mendigar solidaridad a los cuatro vientos.

Agregué: "Esto me hace recordar los años de infancia escolar. Siempre en la escuela teníamos un compañero que andaba gimoteando, quejándose de los compañeros, acusando a los vecinos. Le recuerdo nítidamente: aparecía con los calcetines caídos, las zapatos sin abrochar. De las narices le colgaban hacia los labios dos gusanitos que el muchacho

sorbeteaba a cada tranco. Así siempre, entre gimoteos y sorbeteos.

Por eso lo llamábamos "Cachimoco".

En ese instante entraron los fotógrafos, autorizados por el Edecán del Senado, y tomaron varias vistas de los parlamentarios. El senador, al cual yo le contestaba, a la vista de uno de los fotógrafos, mejoró su compostura en la banca y adoptó una expresión altiva, digna, propia de la galería de los padres de la patria. Al día siguiente la fotografía salió publicada en varios diarios con la siguiente leyenda: "Ahora le pusieron Cachimoco".

Eso era todo. El oficio del Ministro todavía lo conservo.

En 1961, al inaugurarse el nuevo período de sesiones, el entonces Presidente de la República, don Jorge Alessandri, debía dar cuenta al Congreso Pleno, en medio de un clima efervescente, de la marcha administrativa de la Nación. Recién no más el Tribunal Calificador de Elecciones, con participación de radicales y liberales, había despojado de su triunfo en Tarapacá y Antofagasta al senador electo Juan de Dios Carmona, democratacristiano, en favor del radical Juan Luis Maurás. Los estudiantes secundarios se habían declarado en huelga como protesta por el alza de las tarifas de locomoción y la policía cargaba contra ellos, en las calles del centro, con el mejor de los entusiasmos. En Compañía esquina de Teatinos, presencié desde mi auto el lamentable espectáculo que ofrecían los carabineros atrapando niños estudiantes, a punta de golpes. No se libraban ni

las muchachas con sus bolsones al hombro. Bajé del coche y corrí en defensa de los huelguistas. Los policías no oyeron mis argumentos, me empujaron, me zarandearon y, a viva fuerza, me encerraron en uno de los carros policiales. Al sostener mi condición de senador, un oficial contestó:

—Entiéndase con mi comandante . . .

En Compañía esquina de Morandé el vehículo policial se detuvo. Allí estaba el comandante inspirador de la estrategia de la gloriosa batalla contra los muchachillos. Avancé hacia él y lo increpé por la conducta de Carabineros, tanto con los muchachos como contra el fuero parlamentario que me amparaba. Me contestó con un empellón y le repliqué con un puñete. Cayeron sobre mí los golpes de los asistentes del oficial, más otros de hombres de la tropa que observaban de cerca. Por la tarde, la superioridad de Carabineros envió a dos coroneles a conversar conmigo. Los invité a tomar el té. Tanto los senadores como los funcionarios que estaban presentes sonreían sardónicamente, mirándonos desde lejos, mientras nuestra charla se despeñaba flúida y cordial.

Les expuse que no estaba molesto con el Cuerpo de Carabineros, pues entendía que ellos obedecían instrucciones del Ejecutivo, y les dije que, por otra parte, siempre he pensado que las agresiones de la policía rinden buenos dividendos políticos; que a los pocos meses de que González Videla me metiera en la cárcel y los carabineros me golpearan en Sewell, fui a parar a la Presidencia de la Cámara de Diputados. "De modo que cuidado —agregué—. No traten de apresarme otra vez, porque no sé hasta dónde me encumbrarán". Y terminamos la taza de té entre carcajadas. Pero

el Ministro del Interior del señor Alessandri, doctor Sótero del Río, vino al Senado, negó la agresión a mi persona, quitó importancia a los incidentes de los estudiantes, evadió toda explicación respecto al clima de nerviosismo que vivía el país y se retiró con la misma tranquilidad de siempre, pitando un cigarrillo, con los flancos vigilados por los parlamentarios conservadores, liberales y radicales que estaban prestos a contribuir con su asentimiento a todo mandoble del Ejecutivo contra el fuero parlamentario y la rebeldía estudiantil.

El Frente de Acción Popular y la Democracia Cristiana acordaron solicitar la palabra en la sesión del Congreso Pleno, para protestar contra el fallo del Tribunal Calificador de Elecciones y contra la frialdad del gobierno ante la urgencia de los problemas nacionales. El acuerdo resultaba insólito. En 1937, los radicales pidieron la palabra en ceremonia igual, cuando debía hablar don Arturo Alessandri como Presidente de la República. Resultado: los diputados González Videla, Maira y Sotomayor, arrastrados por los carabineros hasta el exterior, y un balazo en el techo del salón, disparado por el ex jefe del nacional socialismo, González von Marées.

Cuando Hernán Videla Lira, Presidente del Senado, ofreció la palabra a Jorge Alessandri para que leyera su exposición, Frei, Allende, y todos los parlamentarios de la oposición nos levantamos como impulsados por idéntico resorte. Frei y Allende pedían la palabra a voz en cuello. Videla, por supuesto, se negó y replicó en forma airada. Nosotros avanzamos hacia la mesa. Se interpusieron los parlamentarios del gobierno. El Salón de Honor del Congreso se trans-

formó instantáneamente en un avispero alborotado. Con el senador Aniceto Rodríguez nos hicimos cargo de la vanguardia y llegamos hasta las mismas gradas del pupitre donde Alessandri y Videla presenciaban espantados la invasión de las hordas opositoras; de allí nos hacían retroceder panzudos defensores que redoblaban nuestra ira para continuar el avance. Hubo un momento en que yo estuve "a tiro de garabato" del Presidente de la República. Lo aproveché. Un fornido diputado conservador, junto a un funcionario del Senado, me tomaron en vilo y me lanzaron escalones abajo. Fui a dar entre las piernas de las brigadas que venían más atrás. Julián Echavarri, actual embajador de Chile en Polonia, tuvo el privilegio de pasar a la vanguardia. Fue recibido con una imprecación. Echavarri contestó con esa vieja, sabia y expresiva imagen que usa el roto chileno en la que se incluye a la mamita del contrincante.

Entre golpes, empellones, avances y retrocesos, alcancé a divisar al senador Allende. Se mantenía enhiesto, en la retaguardia, oteando, impertérrito. Al día siguiente, el diario "El Mercurio" lo elogió. Dijo que su comportamiento tranquilo y mesurado, había contribuido a paliar la gravedad del suceso. Entonces comprendí. Aquella actitud quieta, silenciosa, inmutable, en el fondo de aquel escenario de violencia parlamentaria, era el pulso de la historia, el espejo de la República, el temblor de la tradición. El prestigio del Parlamento estaba, pues, a buen recaudo.

CAPITULO VI

En septiembre de 1963 me fugué a Europa con una mujer. He cavilado bastante sobre la conveniencia de escribir este capítulo. ¿Qué dirá la seria opinión pública? Está bien que un senador de la República hable de sus proyectos de leyes, de sus interpretaciones constitucionales, de sus planes para llevar progreso a la zona que representa, pero ¿dónde se ha visto que la condición de parlamentario le autorice a contar deslices amorosos? Bueno; el asunto es que ya estamos endilgados en el relato y no habrá más que continuar. Pido perdón. Si alguien se asomó alguna vez a un par de enormes ojos verdes, me comprenderá. Como decía, aquello sucedió en 1963, a comienzos de septiembre. En Chile llegaba la primavera, los aromos amarilleaban a la vera de los caminos y el trompo tricolor de las fiestas patrias runruneaba en los corazones de las gentes. Viajar lejos significaba perder la primavera chilena, dar vuelta a un año sin mirarle el rostro a la estación de las flores, cuando acabábamos de sufrir en

los huesos las agujas del invierno, el tamborilear de la lluvia en las viejas tejas de la antigua casona, los calcetines mojados. Pero fugarse con una mujer de grandes ojos verdes es también encontrar otra suerte de primavera.

—¿Te irías conmigo a Europa? —le pregunté.

Ella hizo un mohín.

—Creo que sí —me dijo.

Aquella pregunta la había tenido guardada por años. Temblaba sólo de imaginar que algún día podría formularla. Cuando vi por primera vez a Nellie Wemyss, ella lucía abrigo azul oscuro, lo que contribuía a acentuar el color de sus ojos. Yo pensé: "Puchas que me gusta esta mujer". Nos separaban murallas casi inexpugnables. Las Wemyss eran hijas de un "gringo" de la Braden Copper, y aunque transitasen como cualquier mortal por las calles del pueblo, uno advertía que esas muchachas pertenecían a un mundo lejano, inalcanzable, el que se movía dentro de las dependencias de la firma norteamericana, propietaria del mineral de cobre "El Teniente".

Además, las Wemyss eran las candidatas obligadas en cuanto concurso de belleza o de simpatía se llevaba a efecto en el pueblo, y desfilaban de portaestandartes de la Cruz Roja o del colegio de las Monjas Argentinas el día 2 de octubre, aniversario de la batalla de Rancagua. ¿Cómo alcanzarlas si ellas ni siquiera habían tomado nota de nuestra existencia, si vivían en distinta atmósfera, si hablaban un idioma desconocido? En los bailes del Club Social participaba la sociedad pueblerina y las Wemyss, con el atractivo adicional que les daba el resplandor de la Braden Copper, constituían el centro de atracción de los "gringos" jóvenes.

de los hacendados del lugar y de los empleados del Banco que escobillaban y aplanchaban durante toda la semana su brillosa vestimenta para tener siquiera una mínima opción en tan desventajosa competencia. Nosotros, por nuestra parte, íbamos al cine a ver a Gardel, nos aprendíamos la letra de sus tangos y después del desfile del 2 de octubre debíamos quitarnos los pantalones largos del uniforme del Instituto de los Hermanos Maristas, pues nuestra madre nos obligaba a volver a ponernos los pantalones cortos. ¡Vergüenza grande! Y aún, uno o dos años después, los primeros pasos de baile los ensayábamos en la filarmónica de la calle Rubio, entre costureras y empleadas de la mano, a las que nuestra condición de estudiantes atraía un poco más que la posibilidad de encontrar marido entre los obreros de la calderería o de la fundición de la Braden Copper. Nos aproblemaban el tango y la carioca. Y sólo nos faltaba el abrigo negro para parecernos a Gardel. Gardel salía en la pantalla con abrigo de solapas de terciopelo y pañuelo de seda, blanco, al cuello. Si hacía tan poco tiempo que habíamos conquistado los pantalones largos, ni qué pensar que en el horizonte próximo surgiría el abrigo negro. Mas, el día llegó. No era un abrigo negro propiamente; la tela insinuaba un fondo de aguas desvaídas, estriadas de rayas azulosas. En la oscuridad pasaba por negro. Un pañuelo de popelina al cuello, tenía también, en la oscuridad, la prestancia de uno de seda. Las ampolletas del alumbrado público nunca podían ahuyentar por completo el merodeo de las sombras: en las esquinas los aleros de las casas alcahueteaban el soliloquio de las parejas. Parados en la esquina al anochecer, vestidos a lo Gardel, pensábamos en la mu-

chacha imposible que caería flechada por el abrigo oscuro y el pañuelo blanco: "Barrio plateado por la luna / rumores de milonga / es toda tu fortuna". ¿Para qué dedicar entonces ni siquiera un pensamiento a Nellie Wemyss?

En cambio ahí, en el segundo piso, vivía el abogado del barrio. Sus hijas también estudiaban en las monjas y suponíamos esperanzados que en cuanto la menor asomase al balcón y se diera cuenta de nuestra vestimenta, comprobaría que una corriente imposible de resistir la arrojaba en nuestros brazos. En las películas de Gardel sucedían situaciones parecidas. "Viejo, barrio / que tenés el alma inquieta / de un gorrión sentimental". Pero el tiempo transcurría, se acercaba la hora de regresar a casa: el balcón jamás se abrió y nunca pudimos oír la voz de la hija del abogado, ni saber el color de sus ojos. Pasó por nuestra vida como un rayito de sol que se quedó en el poste eléctrico del barrio: pampanito leve, sin rumbo, deshaciéndose contra el cristal de los primeros días de mi adolescencia.

¡Tanta vida entre pantalón y pantalón! Los pantalones cortos de mi infancia tienen mucho que ver con la Rosa Cabello Cabezas. Gorda, de moño crecido, rebosante de risa, andaba contando cuentos de Pedro Urdemales, de hijos que salían a recorrer el mundo y de crímenes que habían llevado a la tumba a antiguos vecinos de la región. Los senos, las mejillas y las nalgas, se le estremecían en endiablado temblor al término de uno de esos cuentos en que "se la pegaba" al que la estaba oyendo. Eran su deleite. Todo lo relataba con mucha seriedad. Se trataba, por ejemplo, de un fulano que vivía una odisea en una iglesia, persiguiendo a un loro. La historia era larga y muy complica-

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

da: el pájaro se escabullía por entre bancas y altares. Por último ascendía las escaleras que conducían al armonio. A esas alturas la Rosa se olvidaba del nombre de aquel lugar. "¿Cómo se llama esa parte de la iglesia —preguntaba—, donde se coloca la gente que canta?" "¿El altar mayor?" "No, donde está el armonio". "¡Ah, el coro!"

La carcajada de la Rosa Cabello estremecía los vidrios de la vieja y larga galería que se extendía al lado afuera de la pieza de los pensionistas. "En su boca cagó el loro. ¡Ja, ja!"

Además hacía maravillas en la cocina, de ahí que mi madre disimulara su inclinación a la bebida. Sabía que no encontraría cocinera igual. De repente desaparecía, no llegaba a alojar. Mi madre me ordenaba:

—Anda donde la Fidelia a buscar a la Rosa.

Yo cruzaba el pueblo, refunfuñando. La Fidelia era la hermana mayor de la Rosa, en cuya casa anclaba cada vez que las ganas de remojar con vino el gaznate se tornaban inaplazables. Una mañana llegué donde la Fidelia cuando los vapores de la fiestoca de la noche aún no se habían disipado. Verme la Fidelia en la puerta y lanzarse sobre mí fue una sola relampagueante acción:

—¡Ya venís a joder aquí, chiquillo de mierda!

—Usted tiene aquí a la Rosa.

—¡Qué Rosa te tengo, moledera!

Me hirió el tono y me indignó el pescozón que me pasó rozando la cabeza. Fui a la plaza y traje una pareja de carabineros, y con ellos invadimos la propiedad de la Fidelia. De una pieza oscura, mal oliente, emergió la Rosa. Reía

mostrando sus dientes grandotes como si recién le hubiera contado el cuento del loro a algún inocente.

—¡Baltita! —exclamó. Y me dio un abrazo apretado. Yo naufragué en sus senos desmesurados, su tufo me llegó hasta el fondo de los pulmones, y regresé con ella a casa como orgulloso pescador con la más descomunal corvina vista por humanos ojos.

A menudo la Rosa compraba mi solidaridad. Era cuando un circo de nota se dejaba caer por Rancagua.

—¿Me da permiso —le decía a mi madre—, para ir con Baltita al circo? Trabaja el tony Chalupa . . .

Nos sentábamos en la última grada de la galería. Lo malo es que la sed de la Rosa se avivaba en el circo: en los intermedios desaparecía. Yo volvía solo a la casa, contando la triste historia de mi desamparo. No pasaba mucho rato cuando hacía su aparición un policía, que venía a cerciorarse si era efectivo que allí vivía la mujer que había armado una feroz tremolina en un boliche cercano a la carpa del circo.

Pero en el circo siguiente venía Blackamán, que hacía dormir a los leones con los ojos y, entonces, los argumentos persuasivos de la Rosa conseguían de nuevo el asentimiento de la autora de mis días.

La Rosa me tenía verdadero cariño. Me lo demostró más de una vez. No estoy seguro si era soltera, separada del marido, viuda o qué sé yo. Sólo recuerdo que hilvanó un romance con el chofer del camión que repartía abarrotes en el almacén de don Manuel Contreras. Era un hombre deslavado, con facha de carabinero llamado a retiro, y sin la reciedumbre, la picardía ni la gracia del auténtico obrero

chileno. Tal vez por eso su romance con la Rosa no duró mucho. Si ella repetía alguna de sus juergas prolongadas, el chofer del camión empalidecía más de lo acostumbrado, abría tamaños ojos y miraba en su derredor como pidiendo auxilio. Rosa era demasiado mujer para ese hombre transparente, que se asustaba hasta de sus carcajadas.

Una tarde mi madre me entregó diez pesos para que fuera a cancelar el agua potable.

En el comedor se habían juntado a jugar póker algunos de los jovencitos que vivían como pensionistas en nuestra casa. Cedí a la tentación, y con la misma celeridad con que me senté frente a la mesa de juego, se me volatilizaron los diez pesos. ¿Qué hacer? Mi madre tenía la mano áspera para castigar mis pilatunadas. No me aplicaba un correctivo en cada ocasión, sino que decía: "Esta se te va a juntar con otra". Y en cuanto consideraba que ya se habían acumulado bastantes, procedía con el vigor y la energía de una personalidad forjada en una larga y dura lucha contra el destino.

En cuanto mamá se dio cuenta que había despilfarrado el dinero a las cartas, trató de prenderme. Pero yo corrí hacia la escala, de un brinco me encaramé y fui una luz vertiginosa que atravesó el espacio a caballo en la baranda.

Lo malo, ahora, consistía en que no podría regresar muy luego. Nada ni nadie me salvaría de la paliza. Vagué por el barrio, me mezclé en los juegos de los otros chicos... pero algo me apretaba el corazón. Reía, charlaba, corría: mas, de pronto se me aparecía la imagen de mi madre con el ceño arrugado, esperando mi regreso. La tarde se fue. Llegó la noche. Me acerqué a la entrada de la casa: habían

cerrado la puerta. El trajín de la calle se aquietaba, pero mi corazón aumentaba su traqueteo. Una que otra victoria de huesudos jamelgos pasaba sacando chispas del empedrado. Me ovillé en el umbral, con las rodillas contra el pecho. Hacía frío. En todas las casas aseguraban los picaportes, corrían los visillos. El frío aumentaba y un hormigueo doloroso me traspasaba el pecho.

—¿Qué está haciendo aquí, amigo?

Saqué la cabeza de entre las rodillas.

Era Inostroza, el hijo mayor del dueño de la fiambrería.

Corpulento, siempre le veía tras el mesón de mármol, pero nunca crucé palabra con él. Peinado con gruesa capa de gomina, su cara ancha, los ojos oscuros y un par de largas chuletas, lo hacían parecerse a los tripulantes de esos barcos piratas que yo veía en el cine.

Aliviado de tener alguien que me escuchara, le conté mi drama.

—Vamos a dormir a la cárcel —me propuso—. Yo siempre lo hago cuando me quedo afuera. Los gendarmes son amigos y me prestan la cama de algún vigilante de turno.

El dormitorio de los guardias consistía en una enorme bodega con literas pegadas a las murallas. Ocupé una de las camas. Aquello parecíame, a esas alturas, una aventura que superaba la más agitada película, pero el corazón me dolía. Por los anchos pasadizos del penal resonaban los taconeos de los vigilantes. Se oía lejana una que otra voz de mando. Y, de súbito, las sirenas de los bomberos.

—A mí me gusta mirar los incendios. ¿Vamos a ver? —me dijo Inostroza.

Cuando llegamos, el incendio había alcanzado la ple-

nitud de una hoguera fantástica. Pero a mí me dejó frío. Seguía doliéndome el pecho. Inostroza sí que gozaba con el incendio. Sus palabras estrellábanse contra mi silencio. Hombre de decisiones imprevistas, me sorprendió de nuevo:

—Ahora vámonos. Se está acabando esta patilla . . .

A mitad del camino de regreso, creo que en la calle Bueras, permanecía encendido el farol del Club Liberal.

—Aquí está el Pelao Domingo —me explicó Inostroza—. Es viejo amigo mío. Voy a pasar a tomar un trago. Venga conmigo, no más . . .

Detrás del mesón atendía un hombre calvo, de ojos azules, y voz aguardentosa, producto de las trasnochadas, los brindis con los clientes, y los cigarros "Joutard". El apretón de manos que se dieron con Inostroza fue muy efusivo. Iniciaron ambos una charla animada y yo me quedé sentado en una silla lejana, distante y preocupado. Casi todas las mesas estaban desocupadas, sólo un par de hombres daban cuenta de un jarro de chacolí. Olía a vinos ordinarios, a cebollas en escabeche y al tabaco que quemaba los labios del Pelao Domingo.

Traté de ubicarme en el tiempo: ¿cuántas horas llevaría en estos trajines? ¿Dónde estaba el amanecer? Torturado por la angustia me deslicé sin que me vieran hacia la calle.

El cielo tendía a filtrar una finísima claridad; por lo menos ya había desaparecido el tinte alquitranado de la medianoche. La puerta de casa estaba todavía cerrada. Me "acurruqué" como antes, con la cabeza entre las rodillas y me quedé por fin, dormido.

—¡Baltita!

Cuando abrí los ojos, ya la Rosa me envolvía en sus gordos brazos.

Trató de empujarme hacia adentro:

—No, mamá me va a pegar...

—¡No, no! ¿Se le ocurre? Si ya se le pasó la rabia.

Mi madre me vio entrar desde lejos. Nada dijo. Me senté en un viejo sillón de mimbre, vigilando alerta sus movimientos, pero de nuevo el sueño pudo más. Perdí la noción de todo, hasta que el más salvaje terremoto que haya sufrido la humanidad se produjo en ese instante: estruendo de volcanes desatados, de barcos volcados, de rodados despeñándose a la hondonada. ¿Qué había sucedido? Que en cuanto me tuvo a mano, mi madre me atracó tal palmetazo en la cabeza, que me dejó media cara amoratada. Y me echaron a la cama. Pero entonces, entre llantos, disfruté como nunca de la maravillosa fiesta de las sábanas.

Creo que aquella noche ha sido la más angustiosa que he experimentado en mi vida. Pero con el tiempo, recordando el amor entrañable que me tenía mi madre, pienso que mi fuga y el palmetazo que me dio tienen que haberle dolido a ella mucho más que el dolor que me causaron las horas de angustia cuando mis trancos de niño asustado atravesaban la noche rancagüina.

El escribir tan desordenadamente sobre todo cuanto voy recordando, tiene sus inconvenientes. Es probable que irrite al lector. Esto de empezar hablando de Nellie Wemyss para resaltar a la Rosa Cabello Cabezas y a mi fuga nocturna, re-

conosco que no es serio. ¿Cuál es entonces la ventaja de esta especie de "fricasé" literario?

Es algo parecido a lo que me sucede cuando debo pronunciar un discurso muy largo. A mitad de camino me aburro y siento la necesidad de contar una anécdota o de hacer un recuerdo evocador. Descansa así también el auditorio. Los oradores muy solemnes y serios creen que el mundo está pendiente de sus palabras y yo huyo de la grandilocuencia.

Cuando íbamos atravesando la cordillera, le pregunté a Nellie:

—¿Te acuerdas la vez que me vendiste entradas para el baile?

Ella sonrió y miró, por la ventanilla, los picachos andinos. Me dí cuenta que estaba mirando el pasado, con sus enormes ojos verdes. En el puerto aéreo de Buenos Aires, un hombre me tocó el hombro:

—¿Baltazar Castro?

—Sí —le dije—; a sus órdenes.

—Soy Nicanor Parra . . .

Estreché su mano alegremente. El poeta usaba chuletas patricias y eso, más el corte de pelo y un extraño sombrero, evocaba una estampa de retrato antiguo, de álbum familiar con antepasados dueños de la noche romántica.

—Estuvimos juntos una vez en casa de Neruda —me dijo Parra.

La verdad es que yo no lo recordaba, aunque había seguido los pasos de Nicanor por la poesía chilena desde muchacho, desde aquellos días en que nos juntábamos en casa de Oscar Castro, el poeta rancagüino, a comentar las nove-

dades literarias y a leernos mutuamente nuestros originales. Oscar había lanzado recién su célebre "Camino en el Alba", donde aparece su inolvidable "Responso por la muerte de García Lorca" ("Llevaba el día en el cinto / como un alfanje de plata"), y Parra, por su parte, impresionaba a los críticos con su "Cancionero sin nombre".

Después del descenso en Río de Janeiro, Nicanor Parra desapareció del avión. ¿Qué había sucedido? ¿Se lanzaría en paracaídas? ¿Se metería en la cabina de los pilotos? Jamás logramos desentrañar tamaño misterio. Y de improviso, apareció en Moscú, leyendo sus poesías en la Casa de los Escritores. En aquel viaje todo fue misterio, todo fue poesía, todo fue reencontrarse con la esperanza.

—¿Recuerdas?

Nellie me contestaba con otra pregunta:

—¿Y tú?

CAPITULO VII

La señora Clark poseía esa distinción aprendida, propia de las viejas familias de Estados Unidos. Un poquito entrada en años, los cosméticos y los masajes habían eliminado adiposidades y prolongado la agilidad propia de una mujer todavía en la plenitud de la vida. Agréguese la cirugía estética y se tendrá una figura femenina, con algunas coquetas canas estriando el peinado, delicada, casi poética. La fuerza de la señora Clark residía en los ojos. Nada pasaba inadvertido para esas pupilas entrenadas en la necesidad de vivir alerta, cimbrándose en la cuerda del peligro, al acecho de la oportunidad para encarar un negocio o para saltar al pescuezo de alguien.

Cuando Fulgencio Batista visitaba el casino que poseía el marido de la señora Clark en La Habana, el dictador sólo atinaba a apelar a la socorrida exclamación a que se aferran quienes apenas balbucean el inglés.

—Oouuu, Mistress Clark!

Y la mujer de Batista miraba de reojo las joyas de la señora Clark.

El caso es que si Lefty Clark era el rey de las casas de juego y diversiones de Las Vegas y, al mismo tiempo, se había convertido en el emperador de la red de casinos y ventas de marihuana de La Habana, su esposa era la reina en ese mundo fastuoso de luces, músicas, revistas con muchachas adorables y negocios de incalculable cuantía, en los que los gobernantes cubanos participaban con suculentas tajadas. Aunque nada de eso parecía tener importancia para la señora de Lefty Clark. Era una dama y había aprendido a dominar sus emociones. La velocidad propia del "time is money" habíala inmunizado en contra del vértigo, de ahí ese delicado accionar armónico que rezumaba toda su figura, justo en los instantes en que el nerviosismo hacía presa de quienes la rodeaban.

No era ese el caso de Elisa Godines, por supuesto, la mujer del dictador Batista. Elisa tenía hambre de las piedras preciosas y no se andaba con chicas para conseguirlas. Cierto que Elisa había tenido un pasado sufrido, anónimo; lo que resulta peor para quien, desde la infancia, se siente atraída por el vértigo de las altas cumbres. Elisa primero casó con un señor Valdés Pino, quien debía sudar la gota gorda para ganarse el sustento. Se separó de él justo cuando el sargento Fulgencio Batista apareció en su horizonte. El sargento andaba siempre con los zapatos muy lustrados y se peinaba con escobilla durísima. Todo en él le agradó a Elisa. Su olfato femenino no podía engañarla.

De todos modos, los primeros tiempos con su militar de pocos galones fueron tan opacos y duros como los que pasó

con su ex marido: Elisa debía trajinar firme y, a veces, lavar ropa ajena. Cuando ya era la primera dama de la nación, dos artistas radiales —Agapito y Timoteo—, hicieron un chiste a costa del pasado de Elisa. Un profesor le pide a un alumno que conjugue el verbo "Izar la bandera". El chico dice:

—Yo izo la bandera . . . Tú izas la bandera . . . El iza la bandera . . .

Agapito y Timoteo fueron, por supuesto, a parar a la cárcel, en donde se les hizo tragar aceite de Palma Cristi hasta que les salió por las orejas. Porque Elisa era, en cierto modo, un tantico apresurada. Tal vez ahí resida su diferencia fundamental con la señora Clark.

Elisa se alió con Manuel Alemán, ministro de Batista. Si Alemán tenía noticias de alguna valiosa joya que salía a subasta en Londres, corría donde la Primera Dama con la información y ambos partían desalados hacia la Aduana para recoger lo recaudado en el día, con el objeto de juntar la suma necesaria para adquirirla.

Alemán prefería "las botellas" a las joyas. La institución de "la botella", tan respetada en la zona caribeña consiste en esto: en una repartición fiscal se cancelan los sueldos de cincuenta o cien empleados imaginarios. A veces son nombres que no existen o personas que se prestan para el juego a cambio de una mínima participación. El dinero de todos esos sueldos va a parar a los bolsillos del ministro. Doscientos, trescientos o cuatrocientos dólares por hombre, cada mes, no es un mal negocio. Una vez que Alemán fue relevado de su cargo, en uno de sus cajones encontraron la lista de sus "botellas". Allí figuraba el nombre de Pablo Ne-

ruda recibiendo mensualmente cuatrocientos dólares. La policía fue a la dirección del beneficiado y se encontró con un negro alto y huesudo, con camiseta a rayas:

—¿Tú te llamas Pablo Neruda?

—¡Qué va, chico! Yo me llamo Crescencio de los Reyes.

—¿Y por qué apareces aquí como Pablo Neruda?

—Vaya molote en que me he metido. Te voy a explicar, chico. Me llamaron para anotarme ahí como botella. Venía en la guagua leyendo unos versos que me gustaron. El que escribía se llamaba Pablo Neruda. Eso es todo, pues, chico, me puse Pablo Neruda...

Para continuar con las alianzas, Lefty Clark usó su buen olfato e intuyó que Santos Traficantes podría ser un socio muy valioso. En ello no estaba errado. Santos Traficantes había nacido en Tampa, La Florida, Estados Unidos, de padres italianos, emigrados a Norteamérica. Llevaba en la sangre algo así como un sexto sentido, lo que le permitía hacer dinero con mucha soltura. Tenía, además, muy útiles vinculaciones con la "maffia" y algunas otras actividades subterráneas lindantes con el crimen. Santos Traficantes llegó a La Habana a vivir en el hotel "Rosita Hornedo", hoy hotel "Sierra Maestra". Pronto inauguró la casa de juego "Sainte Soucy" y, ampliando su empresa, se unió con el cubano Martín Foxs, dueño del "Tropicana". Sin embargo, Santos Traficantes sólo se asentó financieramente el día que unió su trayectoria a la de Lefty Clark. Y así nació la Sociedad "Clark-Traficantes". Ambos, con sus respectivas esposas, gozaron pronto de la adhesión del Presidente de la República y de los ministros de Estado. Y si la señora Clark contaba que

sus vestidos los adquiría en las mejores tiendas de Los Angeles o Nueva York, Elisa Godines suspiraba:

—Oooooouuu, Macy's! . . .

Sin embargo, con el tiempo, Elisa Godines pasó a ser considerada una de las tres o cuatro mujeres de más fortuna en el mundo. Y al separarse de Batista, cuando su antiguo sargento se enredó en amores con otra mujer, de la cual tenía un hijo, Elisa se llevó gran parte de la riqueza que con tanto pudor amasaron ambos. Fulgencio, que había perdido el poder, empezó a conspirar de nuevo para ver modo de recuperar la tajada perdida. Lo consiguió. Volteó al mandatario que habían colocado los yanquis y reinició los buenos negocios.

La Sociedad Clark-Traficantes, se vio enriquecida de pronto por un soplo artístico, una pincelada de romanticismo en aquel mundo de casas de juego, expendios de marihuana, casas de prostitución y máquinas "traga-monedas" (éstas colocadas sabiamente hasta en el último rincón de Cuba, donde los mulatos, blancos y negros, desamparados del Dios que observaba desde La Florida, entretenían el hambre pitando un puro hecho con los desperdicios del tabaco que se vendía en el exterior, a la par que hurgaban en el fondo de los deshilachados pantalones en busca de la moneda que les permitía una pizca de esperanza al dejarla caer en la insaciable ranura). La pincelada romántica arribó con George Raft. El artista, hechura de Hollywood, con facha de gangster, con mirada de gangster y realizando papeles de gangster en la pantalla, pensó que había llegado el momento de vivir "su personaje". Vino a Cuba y regentó el casino de juego de La Habana. Igual que en las películas,

observaba al público, las emociones de los jugadores y los desplazamientos de los personajes de gobierno, a través de un orificio abierto en el entablado del segundo piso. Las mujeres se pirraban por él, y hasta Elisa Godines con gusto le habría mostrado privadamente su colección de joyas.

De George Raft le oí hablar a un negrito que me arreglaba la pieza en el hotel:

—En los momentos que Fidel entraba a La Habana, viniendo de Sierra Maestra, George Raft salió a la terraza del Capri agitando una bandera cubana, tal como hacían los otros. Creyó que la cosa seguiría igual. Fidel le contestó con una sola patada en el culo que lo fue a dejar a los cayos de La Florida...

Estos personajes, asociados a los grandes monopolios norteamericanos y a los gobernantes que ellos ponen, mueven y quitan, controlaban el turismo que se vaciaba desde USA en La Habana. Ya el viernes de cada semana empezaba el singlar de las embarcaciones de los magnates rumbo a sus mansiones edificadas a la orilla de las transparentes aguas que circundan la bella isla. Construíanse nuevos hoteles y nuevos casinos. El Havana Riviera, por ejemplo, levantado por la firma Polevitzki, Johnson & Asociates, arquitectos de Miami, tiene veinte pisos y 368 departamentos. Para hacerlo funcionar se precisan cerca de cuatrocientos empleados. Hay allí lavandería, tintorería, panadería, cafetería, restaurante, cabaret, bar, peluquería, barbería, etc.

Caminando cerca de los grandes ventanales del Havana Riviera miro el mar, pienso en la señora Clark, y me parece verla venir taconeando levemente, grácilmente, sobre los enormes mosaicos del "lobby", que nunca volverán a pisar

sus zapatitos de a cien dólares el par. Porque su destino y el de su marido fueron el mismo que el de George Raft.

—*That's right!*

Pienso en seguida en otra mujer que es ahora, junto con todos sus millones de compatriotas, la nueva propietaria del "Havana Riviera". Tenía los dientes blancos, blanquísimos, aunque quizás no eran tan blancos, sino que su piel negra contribuía a acentuar su blancura. En el rostro cierta propensión a la sonrisa: le sonreían los dientes, pero las pupilas, que parecían emerger de una larga odisea de sombras y congojas, todavía no se acostumbraban a mirar la vida alegremente. Era mitad fiesta, mitad serenidad. Su nueva alegría surgía con titubeos, balbuceando, desconfiando de la luz.

Vestía el uniforme verde oliva de las fuerzas armadas de Cuba: blusa y pantalón, zapatos gruesos y cinturón negro con la cartuchera de la pistola. Inicié la conversación con cualquier pretexto, mientras ella realizaba su guardia en el hotel. Contestó con cordialidad. A las pocas frases le consulté si me autorizaría para traer mi máquina de escribir y tomar nota de lo que me estaba contando. Accedió. Y ahora, sin agregar ni una coma a lo que me contó, he aquí su relato:

"Nací en 1910. Mi padre trabajaba en el muelle de La Habana, de capataz de compañías exportadoras de azúcar: Galván Lobo, Graelle y Martínez. Estas compañías compraban el azúcar a los cañeros de los pequeños ingenios y la

enviaban al exterior. Mi padre era buena persona, ganaba buen salario y se esmeraba en ser leal con los obreros. Los compañeros a menudo venían a decirle: "Vea, Patricio, que no tengo unos kilitos (pesos) para comprarle zapatos a m'hijo". Patricio entregaba el dinero y después se negaba a recibir el pago.

"Mi madre se volvió loca cuando yo nací. Se llamaba Laureana Oviedo. En cuanto enfermó la internaron en la "mazorra". La noticia corrió como viento fuerte por el barrio y por las organizaciones de los trabajadores: "Llevaron a la mazorra a la mujer de Patricio Montero". Mi padre no se amilanó. Durante años, los domingo, íbamos a verla. Ella tenía accesos de rabia, rompía la ropa, deterioraba la cama: debían amarrarla de los brazos o colocarle camisa de fuerza. Hasta los ocho años no fue otra la visión que tuve de mi madre: una mujer de ojos desorbitados, a veces reducida en celdas especiales, y que sólo anhelaba destrozar cuanto estuviese a su alcance.

"Vivíamos en Marianao, en el sector obrero. Gracias al esfuerzo de mi padre, creo que vivíamos bien, a pesar del dolor producido por la enfermedad de la jefa del hogar. Marianao es un barrio que fundó un Presidente de Cuba mulato, José Miguel Gómez, con el fin de sacar a los negros de La Habana. Mi infancia, pues, transcurrió entre familias de obreros negros. De los juegos de la semana, entre niños, pasábamos al espectáculo del día domingo, con mi madre entre celdas y ventanas reforzadas. El barrio lo poblaban albañiles, tabaqueros, costureras, trabajadores del muelle, lavanderas. Entre los negros existía armonía, unidad, se entendían entre ellos. Fundaron la Cooperativa La Bodega, con

artículos de comestibles: comprábamos durante el mes y cancelábamos al final. Luego se fundó una escuelita, cuyo edificio lo construyeron los negros. Con sus propias manos confeccionaron los bancos de estudio. Con el tiempo hubo de agrandarse: la escuelita se transformó en un gran local escolar. Si bien esa unidad de los negros era una manera de sobreponerse a las condiciones del medio, llegó un momento en que los niños negros recibieron de compañeros a niños blancos, hijos de obreros sin trabajo.

"Mi madre murió de "enteritis", la enfermedad de la que mueren los locos, según me explicaron. En 1929 mi padre sufrió un ataque al corazón que lo afectó definitivamente. Había depositado en el Banco unos ahorritos y se habíc hecho de unas propiedades. Vino la crisis y mi padre fue al Banco en busca del dinero; se negaron a entregárselo. Eso motivó que el corazón se le enfermara. Llegó a la casa echando sangre por la boca. No entendía el proceso económico que le había permitido los ahorritos y ahora se los quitaba. Como era socio de la Unión Fraternal, formada sólo por negros, empezó a recibir una cuota de cuarenta pesos, con lo que subsistíamos.

"En 1930 murió mi padre. Mis hermanos habían sido criados con otros conceptos de la unidad familiar y de raza. En cuanto desapareció el cabeza de la familia, tomaron los pocos dineritos que quedaron y se fueron. Entonces salí a buscar trabajo, dejando de lado los estudios. Tomé el diario "El Mundo" y fui a una dirección donde necesitaban una mujer para el aseo. La dueña de casa me ofreció cuatro pesos de sueldo, y acepté. Todos los días debía caminar tres horas, desde Marianao, para llegar a mi trabajo. Me levanta-

ba a las cuatro de la madrugada: empezaba a las siete. Por entonces conocí a mi marido. Manejaba las "guaguas", autobuses que, de alba, llevaban a la gente al trabajo. Todavía me veo caminando por el mismo lugar, desde Marianao hasta la casa de doña Guillermina de los Reyes Gavilán, mi patrona. Un día él me habló, nos entró el enamoramiento y nos casamos. Se llamaba Lázaro Gover Oxamende y era líder del gremio de la movilización. Estuvo al frente de la gran huelga de 1933. Le tomaron preso y le dieron una feroz paliza. En 1936 nació mi hijo Pedro. En 1938 murió mi marido en forma muy misteriosa, mientras participaba en un movimiento callejero que respaldaba la huelga de los albañiles.

"Mi marido me había prohibido que siguiese trabajando, pues no valía la pena hacerlo, sobre todo teniendo un niño. Muerto él, debí buscar trabajo de nuevo. Traté de meter el niño a la "Crechi", institución encargada de cuidar párvulos. Me dijeron que debía llevar recomendaciones de un político. Entonces me fui al campo a pedir a los guajiros "viandas" para venderlas en la plaza de la ciudad. La leche para el niño la robaba, de madrugada, de la puerta de las casas de los ricos. Igual hacía con el pan, si no podía fabricarlo con mis manos. Volví a trabajar en una casa particular. Me daban ocho pesos. Pedrito tenía tres años, pero me prohibían llevarlo conmigo, por lo que debí abandonar la ocupación. Mientras tanto arrendaba una pieza en Marianao. La propietaria me alzó el precio y me demandó: me echaron a la calle. Tuvimos que empezar a dormir con Pedrito en los portales, arrumados.

"Al triunfo de la Revolución mi hijo tenía dieciséis años.

Hasta entonces repartía hielo por el día y en la noche ayudaba a un mecánico dental. Yo seguía sirviendo de ama de casa, lavando, aplanchando, desde las siete de la mañana hasta las diez y media de la noche. A Pedrito algo pude ayudarle con los estudios primarios, pero ya en pleno período de la Revolución empezó a prepararse con seriedad. Cumplió la secundaria básica y ahora está en la Universidad, siguiendo Ingeniería. Le faltan tres años y yo le he pedido de rodillas que sea un Ingeniero que trabaje para la Revolución. Soy camarera en el hotel Havana Riviera, pertenezco al batallón de milicias N.° 4 y hago guardia un día de cada semana, tanto en el hotel como en otros lugares. Domino el rifle y estudié Primeros Auxilios. Gano noventa pesos, me dan la comida, vivo bien. Cuando recibí el documento que me acreditaba como propietaria de la casa que arrendaba, lloré como nunca de emoción.

"Fidel es mi Dios y lo único que deseo es besarle las manos antes de morirme".

Cerré mi máquina de escribir y dije a Julia Montero Oviedo mi nombre y mi nacionalidad, así como el valor que para mí encerraban sus palabras. Sus ojos se humedecieron, presa de una incontenible emoción:

—Yo he leído que usted es amigo de Fidel, que le verá luego —sacó el pañuelo para sonarse y enjugar las lágrimas—. ¿Podría usted llevarle una carta?

A la mañana siguiente trinó el timbre de mi departamento. En la puerta apareció Julia, esta vez con su tenida de

trabajo: vestido azul, delantal blanco, medias oscuras, plumero y escoba en la mano.

—Vea —dijo—, aquí está el sobre para el Comandante.

Yo cumplí el encargo con gusto. Supongo que Julia ya habrá recibido la respuesta.

CAPITULO VIII

Durante una campaña electoral, mi amigo Javier Lira Merino, buen diputado y mejor embajador, decía en su propaganda que había que ayudar a Frei porque éste sabía reír sanamente. Lira, por supuesto, no sostenía nada descabellado. No me refiero a que el solo hecho de que un gobernante posea la soltura de la risa ancha, cordial y comunicativa, obligue a sus conciudadanos a compartir sus planes de dirigente máximo del país, pero, al fin de cuentas, uno advierte cierta corriente de identificación con aquel personaje altamente colocado que es capaz de lanzar saludables carcajadas como lo haría cualquier hijo de vecino. Los enemigos de Frei han lanzado en contra suya una ofensiva bastante dura, sólo comparable a la que la derecha chilena sostuvo siempre —a pesar de haberle apoyado electoralmente en 1942— contra el general Ibáñez. Sucede que las viejas familias, y los sectores sociales y económicos que ellas controlan, poseen una capacidad de odio inextingui-

ble. Al viejo militar —dos veces Presidente de Chile—, jamás se le perdonó que hubiera tenido preso a Agustín Edwards, ni que hubiese destituido a cuanto exponente de la rancia aristocracia estuviese actuando mal en sus funciones, así fuese Ministro o Presidente de la Corte Suprema de Justicia. Ibáñez podó vicios de nuestro devenir institucional que venían de siempre e hirió, como era de esperarlo, en puntos neurálgicos a los grupos tradicionales. Eso jamás se le perdonó. Por la vía de la información periodística, del comentarista bien remunerado, o del chiste o anécdota de salón, se deformó la personalidad del General ante quienes no le conocían. Se le presentó como un hombre rudo, poco ilustrado e insociable. Los que lograron disfrutar de su cercanía comprobaron que tratábase de un hombre de excepcional penetración psicológica, de magnetismo personal que creaba una atmósfera especial en su torno y, lo más sorprendente, dueño de eso que llaman "distinción" y que en el gobernante de marras se producía sin afectación, fluida, natural. Ya hemos dicho en otra ocasión que el General Ibáñez es el huaso más hábil que ha pasado por la política chilena, teniendo en cuenta que partiendo los Ibáñez de un marino irlandés que se radicó en Chiloé, todas las ramas se prolongaron por el campo criollo, se mimetizaron con la geografía, adaptaron el apellido y acabaron por ser carne, voz y sangre del agro sureño.

Frei ha hecho aprobar la reforma agraria que permitió ya expropiar cientos de predios, con miles de hectáreas, que pertenecían, en gran porcentaje, a personajes de apellidos de abolengo. El campesino aumentó sus entradas y obtuvo derechos, como el de la sindicación obligatoria, que su-

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

peran en mucho a todo cuanto se había realizado antes en Chile en esta materia. Eso ha sido suficiente para provocar la execración de la derecha y, muy especialmente, de la oligarquía agraria. Mirado el asunto desde su ángulo —la cosa es razonable—, para los derechistas no tiene validez ninguna el que un gobernante haya tratado de colocar, en lo posible, nuestro reloj de acuerdo con el tiempo que marca la historia. Algunos fundos pertenecían a determinadas familias por generaciones. Allí, en las viejas y señoriales casonas, habían nacido, crecido, aprendido a mandar y a ser obedecidos. De súbito, se les notifica por la fuerza pública, la misma que antes les guardó celosa obediencia, que el predio deberán abandonarlo para que, ahora, lo exploten los que por toda la vida se desempeñaron como sirvientes suyos. Es demasiado. Entonces se produce una especie de trauma que desemboca en odio irreflexivo. Ese odio, además, lo personalizan. El terminal del odio ahora se llaman Eduardo Frei, Chonchol, Trivelli o Rafael Moreno. Lo menos que se puede hacer para castigar a gobernante "tan arbitrario", es usar el correo de la oreja para diseminar las peores versiones sobre el gobernante y su familia, aspirando a que nuevas generaciones se compenetren hasta los tuétanos de la diabólica personalidad que ellos inventaron del hombre que fue capaz de alterar la modorra de siglos y de trizarles el espejo de la mansión señorial.

Sin embargo, Frei mantiene su risa fácil, pronta a estallar. Da la impresión de no andar saturado de veneno por los malos momentos transcurridos o por las punzantes críticas de la oposición. Eso es bueno. Si en este aspecto se trata de realizar un parangón con don Jorge Alessandri, no hay

duda que la ventaja es nítida para Frei. Así como justifico la popularidad, en su tiempo, de don Arturo Alessandri Palma, de la misma forma no podría dar como válido que su hijo Jorge esté enraizado al corazón del pueblo, en circunstancias que jamás llegó a dominar el arte de comunicarse con las masas. El León de Tarapacá fue tronco de numerosa familia, salió a encarar problemas bastón en mano —o pistola en mano— y el rumor callejero le inventó o agregó historias amorosas, fabricando la personalidad del caudillo a gusto y sabor de cada cual. A la inversa, Jorge Alessandri llega a la vejez completamente soltero, haciendo ostentación de soledad, de mal genio, buscando el silencio y las ropas gruesas, aun en verano, para defenderse del clima y de las personas. La propaganda, organizada científicamente en torno a su persona, pretende que el héroe del pueblo de Chile debe poseer como característica esencial, la de ser inveterado gruñón. Puede que algunos se sientan así bien interpretados, pero nos atrevemos a pensar que quienes llegan al corazón de las masas no pueden ser ni vivir de esa manera.

Cierta mañana entré por primera vez al Palacio de la Moneda para celebrar una entrevista con el actual Primer Mandatario. Mi anterior encuentro con él, ya electo, habíase celebrado en su casa particular: en el gabinete presidencial el asunto es distinto.

Se advierte el cambio de clima en cuanto el visitante ha de enfrentarse con el cuerpo de guardia de Palacio, que no deja de recordarle al recién llegado, con su sola presencia, que allí, en esa casona, habita un personaje que, malo o bueno, forma parte de la historia de este país. Cierto es

que la casa de los presidentes de Chile no infunde temor, ni aprensiones, ni tiene un pasado escabroso con olor a pólvora y sangre. Nada de eso. Los curiosos y los turistas entran por cada una de sus puertas, atraviesan los patios, se asoman al agua de las piletas, palpan los viejos cañones que se exhiben como piezas de museos.

Sobre esto ya han escrito numerosos extranjeros que se quedaron asombrados ante el milagro de una casa presidencial prácticamente abierta al tránsito del peatón, el que, si se le ocurre y desea acortar camino, podrá cruzar la Moneda en vez de dar vuelta a la manzana.

No olvido mi primera visita al Palacio Quemado, en La Paz. En aquel edificio en penumbra los guardias morenos y hoscos daban el brochazo preciso para que el ambiente nos arrastrase al pasado y nos encarrujara la carne. Allí sobresalta el abrir de una puerta, el ruido de un cerrojo o el golpeteo en el pavimento de una culata. Habíamos tenido una cordial acogida del entonces Presidente, Víctor Paz Estenssoro; sin embargo, no dejaban de crepitar en nuestros espíritus las explicaciones que nos dieran sobre el asesinato de Gualberto Villarroel, el ex Mandatario, al que los militantes del Movimiento Nacional Revolucionario consideran el Precursor. Villarroel fue asesinado en su despacho, junto a su ayudante, y ambos cuerpos lanzados a la calle desde los balcones del segundo piso, para ser, por último, colgados de los faroles de la plaza. Y a pesar de los años transcurridos, el solo relato de toda la incidencia sobrecoge y deja en el espíritu un sedimento ácido, abismante.

En nuestro Palacio Presidencial el visitante jamás pierde el contacto con el cielo y, por si no fuera bastante para

no sentimos desgajados de nuestra cuotidiana condición de vecino mortificado por los mismos problemas que el resto de la población, desde sus oficinas se percibe el tráfago de los vehículos y las gentes, el cálido mensaje de la urbe comunicándole calor humano a la austeridad de los muros de la vieja casona. Mas —es a lo que queremos llegar—, cuando nuestros pasos se acercan al gabinete presidencial, nace fatalmente la leve emoción de estar próximos a franquear la sala donde trabajaron los hombres que han gobernado este país. A pesar de la atmósfera agradable que allí se respira, algo como plumilla, roza la garganta de quien va a ser protagonista de un encuentro con la figura que encabeza la Nación.

El Presidente me estrechó la mano y me preguntó si no tendría inconveniente en charlar unos minutos, antes de nuestra conversación privada, con los amigos que todavía estaban allí, despidiéndose. Se trataba de Juan de Dios Carmona, Ministro de Defensa Nacional, y Raúl Sáez, Vicepresidente de la Corporación de Fomento.

La conversación se animó, recordamos algunas de las más ingeniosas respuestas parlamentarias y, por supuesto, convinimos en que ésa había sido una de las cuerdas inimitables de Winston Churchill. Frei contó la siguiente:

Una colega de Churchill en el Parlamento, que le tenía indisimulada aversión, le gritó durante una sesión:

—¡Si yo fuera su esposa, le pondría veneno en el desayuno!

Y Churchill, sin vacilar, contestó:

—¡Y yo me lo tomaría!

Otra vez —contó Raúl Sáez—, después de una sesión de la Cámara reunida para escuchar una exposición del Primer Ministro, los asistentes fueron en busca de bebidas o de la consabida taza de té. En el toilette, Clement Atlee, a la sazón líder laborista, se había ubicado en un extremo de los urinarios. Entró Churchill y se dirigió al otro extremo. Atlee, un poco amoscado, lo increpó:

—Está bien que allá dentro, en la sala de sesiones, tengamos diferencias, nos contraataquemos. Pero, ¿a qué llevar el odio hasta esta clase de manifestaciones hostiles?

Churchill le respondió:

—Es que como ustedes los laboristas, desde que están en la oposición, agrandan todo lo que ven . . .

Nuestras carcajadas desbordaban los muros de Palacio. Frei posee una carcajada que contagia y transmite la sinceridad de la alegría. Y cuando lo hace, desaparece el personaje encumbrado para ceder su lugar al hombre que, simplemente, anhela reír, sanamente. En el momento más imprevisto, cuando todo parece tenso, protocolar, irrumpe la carcajada de Frei.

No olvido la entrevista que conseguí en la Moneda para los alcaldes en cuyas comunas están los grandes minerales. Una ley había rebajado los ingresos municipales por concepto de la contribución de bienes raíces, trasladándolos al Fisco, y en una reunión de los alcaldes se me comisionó para solicitar la entrevista con el Presidente. A la hora de la cita concurrieron también los representantes de la Confederación de Municipalidades de Chile, que incorporaron al temario una larga lista de sus problemas pendientes. La

charla con el Mandatario se desarrollaba más a gusto de los invitados de última hora que de los alcaldes, a los que yo quería servir, pues los asuntos de la Confederación copaban con holgura el tiempo de que podíamos disponer. Cada ciertos minutos, entonces, yo interrumpía para expresar:

—Bueno, Presidente, lo importante es lo relacionado con las comunas mineras, especialmente Machalí . . .

Volvían a tomar la palabra los de la Confederación y de nuevo yo sacaba el habla y trataba de enderezar el debate hacia mi preocupación central. Casi al final dije:

—Me alegro que todo el mundo se haya arreglado aquí la montura, pero yo quisiera dedicarle un buen tiempo a Machalí . . .

Frei estuvo a punto de lanzar una carcajada, se contuvo, y comentó:

—Mira, tú me haces acordar de aquel hombre que siempre andaba hablando de la guerra del 79. Con motivo de una cena, de una reunión familiar o de una sesión de la institución de caridad del pueblo, siempre sacaba el tema de la guerra del Pacífico. Sus amigos tuvieron una comida y para evitar que el hombre metiera otra vez su tema, se las ingeniaron de modo de no darle cabida. Así lo hicieron. Nadie tocó tema alguno que pudiera pretextarse para traer a cuento la campaña del siglo pasado. Estaban al final de la comida, todo había salido muy bien, cuando, aprovechando un pequeño bache en la charla, nuestro amigo se queda de pronto mirando el vacío, levanta los brazos y golpea con las palmas produciendo un ruido seco, como de estampido. Al mismo tiempo exclama: ¡Pum! . . . —y agrega—: Y a propósito de cañonazo . . .

Por supuesto que la historia dio motivo a una granizada de risas de toda la concurrencia, que yo soporté estoicamente en homenaje a mi decidido afán de servir a la Municipalidad de Machalí, la que, por si fuera poco, estaba representada por su dinámico alcalde, Manuel Bustos, con sus ciento cuarenta kilos de peso y, por lo tanto, privado del eficaz recurso de alegar que debido a la angustia económica los vecinos de la comuna se morían de hambre.

Regresando a Churchill, Frei desempolvó aquella anécdota parlamentaria que cuenta que un laborista, muy molesto, le lanzó al Primer Ministro lo que parecía un brulote desconcertante:

—Usted es un lobo con piel de oveja...

A lo que Churchill, sin inmutarse, retrucó:

—Y usted, una oveja con piel de oveja...

CAPITULO IX

La marea humana nos confunde; a veces nos lleva en sentido contrario al que queremos, nos mete entre personas a las que no deseamos ver, o nos aleja de quienes perseguimos.

Nada más difícil que orientarse entre la multitud. Aquí hay gentes de todas las nacionalidades; uno podría realizar un estudio sobre la especie humana, guiándose por las características fisonómicas de las personas aquí reunidas; o seguir el itinerario de cada civilización, a través de la vestimenta de cada pueblo representado.

Nadie parece preocuparse de la estrámbotica forma de vestir de los de más allá, porque sus propios trapos provocarían sorpresa en un continente ajeno al suyo. La diversidad de colores, los cortes de los vestidos, la forma de los pantalones, los sombreros, turbantes, bonetes, acaban por ser normales para nuestros ojos que, al final, descubren que somos nosotros y no los otros, los absolutamente extraños.

Ayer no más estábamos en Rancagua y mi corazón runruneaba porque Nellie Wemyss había accedido a acompañarme al cine.

Ahora nos separan apenas unos pocos metros de Nikita Kruschev, cuyos movimientos seguimos atentamente empecinados en calar su movediza personalidad. Estamos en el Kremlin y a cada instante nos golpea la aparición de personas que sólo habíamos encontrado antes en los titulares de la prensa o en la pantalla de los cines, pero a pesar de todo, no logramos evadirnos del campo de atracción de la personalidad de Nikita. El es, indiscutiblemente, el centro en el extenso salón del palacio del Kremlin, en donde cada año miles de invitados —diplomáticos, visitantes ilustres, militares, jefes de gobierno—, se reúnen para celebrar un aniversario más de la Revolución Soviética. Y mientras pensamos en todo esto, Nellie me pregunta: "¿Qué dirán en Rancagua? ¿Qué pensarán?"

Viene el intérprete y nos comunica que pronto iremos a saludar a Nikita, tal como lo hacen otros muchos de los invitados. Es parte de nuestro programa de hoy. Por la mañana, enfundados en abrigos de pieles, habíamos presenciado el desfile militar en la Plaza Roja. Las máquinas de acero salían del fondo gris invernal y avanzaban con su carga de terror, exhibiendo el adelanto que ha logrado la tecnología bélica. Las formas inverosímiles de los cohetes hacían pensar en temas de ciencia-ficción. Aquellos enormes cigarros de acero con su pequeña cabeza nuclear, podían atravesar océanos, impulsados apenas por un dedo oprimiendo un botón, haciendo saltar por el aire ciudades enteras. Esa era la respuesta de la nación socialista más poderosa del mundo,

a los preparativos agresivos y bases militares de los Estados Unidos y sus aliados.

Pero de pronto el cielo cenizo y la atmósfera de metal de los carros de guerra se transformó en calor humano, y una emoción muy viva, producto del tiempo histórico, nos acercó al suceso que conmovió a la humanidad a comienzos de este siglo: un enorme lienzo con la figura de Lenin avanza hacia el centro de la plaza, a la vez que la voz del genial líder, surgiendo de una grabación, cubre el enorme espacio abierto, sobrecogiendo a las gentes. Es el hombre que ha hecho el milagro de esta nación, ahora a la vanguardia de la humanidad, después de haber sido sinónimo de atraso, desnutrición, ignorancia, decrepitud. Los altavoces anunciaron por fin que desfilará el pueblo y entonces una masa humana compacta, eufórica, alegre, portando emblemas y carteles, avanzó como un océano sin costas expresando el mensaje del hombre común, del hombre de carne y hueso, por la Plaza en donde antes había prevalecido el metal del equipo bélico. Al abrir el acto, Malinowski, Ministro de Defensa, de pie y erguido en un automóvil que se deslizaba frente a las tropas, saludaba con voz seca que reproducían altoparlantes colocados en los cuatro puntos cardinales de la plaza:

—¡Buenos días, regimiento!

Cada regimiento contestaba con una sola voz, miles de gargantas fundíanse en una sola y, más que la disciplina de soldados, allí afloraba la perfección coral que caracteriza a los rusos. Tanto el saludo del Ministro como la afiatada respuesta, parecía el comienzo de una primera estrofa en labios de barítonos de la estepa aprontándose para tomar

impulso en el canto, acentuándolo, profundizándolo o tornándolo tenue, cristalino, hasta caer en la fantasía pastosa de sonidos que sólo la garganta de aquel pueblo puede producir en los momentos de júbilo o de nostalgia.

La fiesta se realiza después en uno de los palacios interiores del Kremlin. ¿Cuántos invitados? ¿Quizás dos mil? ¿Tres mil? Budieny sobresale en el grupo de los mariscales de la Unión Soviética y, viéndolo vuelve a la mente el recuerdo de la guerra civil y de la segunda guerra mundial. Budieny, con su Caballería Roja, frenó el avance de los ejércitos contrarrevolucionarios. Budieny y sus descomunales bigotes, tan fáciles de identificar a la distancia.

La alegría de los soviéticos se desborda en una algazara sana, de niños sencillos, que vacían copa tras copa de coñac y vodka como si se tratase de agua gaseosa. Pareciera que están orgullosos de su fortaleza física y desean exhibirla.

En el grupo de los cosmonautas descubro a la Valentina Tereshkova, a Gagarin, a Nicolaiev, a Valery Bikowsky. Me acerco a ellos para pedirles su autógrafo en la tarjeta-invitación. Sólo me asalta un pequeño temor: los rusos acostumbran besarse en la boca si desean demostrar su afecto. Mayor razón si de por medio hay algunas copas de coñac. Mi temor aumentó porque justo al acercarme a Gagarin, el hombre que subió al cosmos por vez primera en la historia de la humanidad, éste se enredó en un barullo de risas, abrazos y besos con tres amigos a los que quizás no veía de tiempo.

Afortunadamente, Gagarin me oyó sereno y, después de un cordial apretón de manos, procedió a estampar su firma

Me tocaría verlo de nuevo en un partido de hockey sobre hielo, integrando el grupo de fanáticos que gritaba en favor del equipo de las fuerzas armadas. Y lo encontré además en actos de la juventud y de los sindicatos. En cada ocasión me impresionó su sencillez, su naturalidad, como cualquiera que transita por la calle, ajeno a la condición de estrella que en occidente le endilgan al primero que realiza alguna acción de mérito.

Una muchacha compatriota, al solicitarle un autógrafo, le explicó que ella venía de un país llamado Chile. "Es un país muy chiquitito", dijo la muchacha. "Sí, muy chiquitito —contestó Gagarin—, pero nos ganaron dos por uno al fútbol". Se refería al partido jugado entre Chile y los URSS en Arica, durante el Campeonato Mundial de Fútbol de 1962.

De pronto, Kruschev toca un timbre. La gente se ordena, de a poco; extínguese el ruido y el silencio se convierte en un pozo transparente. Nikita avanza hacia la mesa más cercana para coger una copa de vodka:

—¡Os invito a brindar por la paz! ¡Por ustedes, amigos extranjeros! ¡Por el pueblo soviético!

El brindis le da oportunidad para referirse a algunos problemas de actualidad. Al final bebe su copa y la gente le imita. Después el ruido regresa, las risas se multiplican. Nikita ríe, charla, palmotea las espaldas de las personas que lo rodean. Budieny se le acerca, le susurra algo al oído, brindan los dos; Budieny le dice algo más y Nikita le persigue corriendo cuando el mariscal huye entre carcajadas, hasta que el Primer Ministro le da alcance y le propina unas palmadas en la espalda.

Nikita retoma su lugar junto a la mesa central y oprime de nuevo el timbre:

—Quisiera brindar por la comprensión entre los pueblos . . .

Hace referencias a los cohetes que en la mañana vimos en la Plaza Roja. Dice que esas armas servirán para hacer entrar por buen camino a los imperialistas, colocarán en su lugar a los cabezas calientes . . . Vacía otra copa. La piel rosada de su cuello va adquiriendo tonos más profundos. La risa no le abandona, tampoco los gestos comunicativos. De pronto, sin guardar el lapso de espera a que nos habíamos acostumbrado, el timbre irrumpe de nuevo. En la sala de colosales dimensiones cesa el gigantesco moscardoneo. Nikita habla:

—Quiero brindar de nuevo porque me había olvidado algo . . .

¡Gran expectación!

Los ojos azules, pequeños en el rostro redondo y pletórico de sangre y vitalidad, a pesar de los años, transmiten una tremenda carga de energía. La cabeza perfectamente redonda y calva brilla bajo los focos poderosos.

¿Qué iría a decir ahora? Nikita apunta el brazo hacia el cuerpo diplomático:

—Cuando hablo de explotadores —dice—, no me estoy refiriendo a ustedes, porque ustedes también son explotados . . .

El embajador de Estados Unidos y su mujer sonríen protocolarmente. El representante de Inglaterra traga saliva, pero fiel al protocolo de siglos, levanta la cabeza como si quisiera mirar el techo y sonríe también, casi imperceptible-

mente. Así no sacrifica su compostura y al mismo tiempo agrada al anfitrión, pretendiendo hacerle creer que le comprende y justifica. Nikita se echa al cuerpo otra copa de vodka y la risa recupera sus posiciones. El instante de nerviosismo pasó.

En esos años Nikita había llegado a la cúspide del poder y del prestigio. Cada palabra suya la captan los teletipos y recorre todos los rincones del mundo. Nikita ha logrado algo importante: ha convencido a buena parte del planeta de las sinceras intenciones de paz de la Unión Soviética y ha demostrado a Occidente que el hombre soviético es profundamente humano y no un ente rígido y mecánico. Sin embargo, poco después los mismos teletipos de súbito dan paso a la noticia espectacular: ¡cayó Nikita!

Las versiones y especulaciones sobre la caída de Nikita poblaron páginas y páginas de los diarios de Nueva York, Tokio o París. Y sólo al año siguiente, con motivo de un nuevo viaje a la Unión Soviética, pude oír en Moscú los comentarios o rumores que circulaban sobre los detalles de su caída entre los propios moscovitas.

Nikita fue culpado de errores en la conducción de la política internacional, desaciertos en la esfera económica, la crisis agrícola, personalismo en la dirección del país y el Partido y otros cargos menores.

Dicen que Brezhnev llamó a Nikita, que descansaba en su casa de campo en Crimea, comunicándole que se iba a realizar en esos días una reunión del Presidium del Comité Central.

Nikita dijo que eso podía esperar. Brezhnev insistió:

—Ya hemos fijado fecha.

Nikita volvió a argumentar que era mejor hacer la reunión después de las celebraciones del 7 de noviembre.

Brezhnev se tornó serio:

—La reunión la haremos, Nikita Sergueievich, a pesar de su ausencia.

Dícese que dos generales viajaron en avión a traer a Nikita. Otros cuentan que fue Mikoián quien lo trajo. Ya en la mesa de discusiones, salieron a relucir todas las críticas. Nikita se condolió:

—Mis cachorros ... Ustedes son mis cachorros ... A mi lado han crecido ...

Pero los cachorros no estaban para bromas. Le ofrecieron una salida airosa, la de abandonar la Secretaría General del Partido mientras mantenía el cargo de Primer Ministro.

—Todo o nada —respondió Kruschev.

—Entonces, nada ... —rubricó Brezhnev.

Y fue nada.

Volvamos a noviembre de 1963. Nikita exultaba y cada palabra suya era anotada por los corresponsales de todo el mundo que se escurrían por entre los grupos, los brindis y las carcajadas, tomando debida cuenta de todo lo que allí ocurría.

El vodka había cortado el débil resorte de la seriedad. Nellie Wemyss y yo también estábamos alegres. Sólo después habríamos de sacar cuentas de que aquel día sería el último de nuestro viaje antes de entrar en el nubarrón gris, en la laguna de congoja que trizó en cierto modo el transparente cristal de nuestra fuga. De mañana, al día siguiente, yo debía ir al hospital para que me sometiesen a un ri-

guroso examen, pues deseaba terminar con las molestias estomacales que por años me habían mortificado en Chile. Quería creer que todo era resultado del trajín de la política, de las jiras, de comer tarde, mal o nunca. Pero aún estábamos a varias horas de la visita a los médicos y nos rodeaba la atmósfera de fiesta del Palacio de recepciones del Kremlin y la presencia, viva y real, de personajes que a la distancia nos habían parecido de fantasía.

Nellie volvió a preguntarme:

—¿Nos creerán en Rancagua cuando les contemos lo que estamos presenciando?

Ella parecía aferrarse a nuestro pueblo. Nos habíamos fugado, lejos de la rutina provinciana; y, sin embargo, la nostalgia aparecía punzante y el país, la ciudad, la casa, se hacían presentes en medio de las escenas que se sucedían vertiginosas ante nosotros.

En los viajes largos, al comienzo todo es encantamiento, jolgorio de descubrimientos. Luego, sutilmente, el recuerdo de Chile vuelve. ¿Cómo? Chile tan repetido, tan gastado: ¡pero si queríamos descansar de Chile!

A Chile le conocemos cada tono de voz, cada matiz del alba. Sus montañas, sus aldeas. Y, sin embargo, de súbito, desde el rincón de su escondrijo, Chile volvía.

Algún extranjero nos preguntaba por Chile, y nosotros florecíamos describiendo el paisaje, las costumbres, el clima. "¿Usted no conoce Chile?" "¡No!" "¡Qué lástima!" "Es el país que posee los paisajes más bellos del mundo". Y agregábamos a nuestros poetas. ¡Y nuestros vinos!

Con Nellie Wemyss ya habíamos visitado, antes de la Unión Soviética, tres o cuatro países europeos. La mañana

en que el avión, viniendo del Atlántico, sobrevoló el viejo continente, yo dije, restregándome los ojos, casi sonámbulo:

—Ahí está Europa . . .

Y nos quedamos prendidos al trozo de tierra que se avistaba desde la ventanilla, pasando revista a cuanto habíamos estudiado y leído respecto al itinerario de la humanidad en ese continente que íbamos a recorrer. En Zurich transbordamos de avión y, al anochecer, bajamos nuestros bártulos en Belgrado. Allí el otoño todavía entibiaba los días con sus doradas lámparas, de modo que se podía caminar por la calle, observar la ciudad, entenderse con las personas a pesar del idioma. Esos hombres corpulentos que daban la impresión, a primera vista, de nada cordiales, facilitaban en agradable medida el deambular de los extranjeros. En los restaurantes los comensales de todas las mesas nos asesoraban para hacernos entender del mozo. Íbamos de grupo en grupo indicando con el dedo el plato que nos parecía más agradable: así confeccionábamos el menú. Los parroquianos, alegres, participaban de la operación, riendo, transformando el almuerzo en velada de risueña camaradería.

En Belgrado se realizaba un Congreso Mundial Interparlamentario. Chile se había hecho representar por una delegación de diez o doce delegados entre senadores y diputados. Con el senador Hermes Ahumada estábamos invitados, justo por esa fecha, a un torneo del Movimiento de Partidarios de la Paz, que se llevaría a cabo en Varsovia. Propusimos al Senado llevar la representación de la Cámara a Belgrado, dado que con nosotros ahorrarían el pasaje y el subido viático en dólares. Aceptaron: nos adjudica-

en que el avión, viniendo del Atlántico, sobrevoló el viejo continente, yo dije, restregándome los ojos, casi sonámbulo:

—Ahí está Europa . . .

Y nos quedamos prendidos al trozo de tierra que se avistaba desde la ventanilla, pasando revista a cuanto habíamos estudiado y leído respecto al itinerario de la humanidad en ese continente que íbamos a recorrer. En Zurich transbordamos de avión y, al anochecer, bajamos nuestros bártulos en Belgrado. Allí el otoño todavía entibiaba los días con sus doradas lámparas, de modo que se podía caminar por la calle, observar la ciudad, entenderse con las personas a pesar del idioma. Esos hombres corpulentos que daban la impresión, a primera vista, de nada cordiales, facilitaban en agradable medida el deambular de los extranjeros. En los restaurantes los comensales de todas las mesas nos asesoraban para hacernos entender del mozo. Íbamos de grupo en grupo indicando con el dedo el plato que nos parecía más agradable: así confeccionábamos el menú. Los parroquianos, alegres, participaban de la operación, riendo, transformando el almuerzo en velada de risueña camaradería.

En Belgrado se realizaba un Congreso Mundial Interparlamentario. Chile se había hecho representar por una delegación de diez o doce delegados entre senadores y diputados. Con el senador Hermes Ahumada estábamos invitados, justo por esa fecha, a un torneo del Movimiento de Partidarios de la Paz, que se llevaría a cabo en Varsovia. Propusimos al Senado llevar la representación de la Cámara a Belgrado, dado que con nosotros ahorrarían el pasaje y el subido viático en dólares. Aceptaron: nos adjudica-

ron la calidad de delegados observadores, nos entregaron un viático correspondiente a la cuarta parte del de los delegados titulares y nos distinguieron con la condición de miembros de la delegación chilena.

En los congresos interparlamentarios participan cientos de delegados de todos los colores e idiomas. Los discursos se pronuncian por toneladas. Nadie oye a nadie. Después de las ceremonias oficiales, en las que hay que demostrar buena crianza con el dueño de casa, la mayoría se lanza por la ciudad visitando museos, descubriendo salas de espectáculos, hurgando en las tiendas de artículos típicos. En la sala de sesiones quedan unos cuantos pacienzudos oyentes que descabezan la siesta, mientras el orador de turno se refiere a temas que nadie entiende y que, por lo tanto, tampoco interesan a nadie. En Chile los políticos confieren excepcional importancia a estos torneos. El presidente de la delegación que viajó a Belgrado fue despedido con una comida en la zona que él representa en el Parlamento. Fue una velada muy ceremoniosa, se pronunciaron muchos discursos apretados de emoción. Aquella despedida se asemejaba al acto de bendición de las armas que precedía la marcha de los Cruzados. El homenajeado comprendió la trascendencia del momento pronunciando esta frase, con la que remachó su pieza oratoria:

—Espero que O'Higgins me dé fuerzas para dejar bien puesto el prestigio de Chile...

Le pregunté al senador Raúl Ampuero, que había hecho uso de la palabra en una de las sesiones plenarias, qué tal había resultado su intervención, pues yo había estado ausente de la sala. Contestó:

—Mira, había un negrito que cabeceaba mucho...

¿Y los congresos interparlamentarios de los países latinoamericanos?

En una conferencia latinoamericana sobre la preservación de la democracia, por Chile concurrieron varias altas figuras de nuestra política. Subía un orador a la tribuna, durante dos horas trataba el tema dandole vuelta "a la democracia... a la libertad". Venía el siguiente: hablaba dos horas y media: "Que la libertad.... que la democracia". El término medio por discurso era de dos o tres horas alrededor del mismo tema. Ya al finalizar un agotador día de oratoria, subió a la tribuna un negro de las colonias inglesas del Caribe. Solamente dijo:

—La situación es bastante clara. Cuando se ha perdido la libertad quedan tres alternativas: el encierro, el destierro o el entierro. ¿Para qué hablamos más? —y abandonó el estrado.

Regresábamos al hotel, a pie por la ancha pasarela que une al Kremlin con la Plaza Roja. Habíamos entrado en automóvil por el otro extremo de la ciudad de ladrillos bermejos y de altas torres con sus gigantescas estrellas escarlatas en la punta, y ahora deseábamos caminar, aunque la nieve caía y el frío nos mordía las orejas a pesar de los gorros de piel. El hotel Moscú, donde nos habían alojado, quedaba apenas a dos cuadras. Nos servirían para ordenar las emociones.

Atrás dejábamos los brindis de Nikita, la algarabía de la multitud, los timbrazos, las risas. Entre la nieve y el cielo cenizo, extática, nimbada de siglos y de historia, la Catedral de San Basilio, con sus multicolores cúpulas en forma

de cebolla, plena de espiritualidad religiosa y de fiereza guerrera. La plaza Roja parecía fatigada de la matutina presencia multitudinaria del pueblo moscovita. Ahora era sólo una vasta extensión de adoquines rodeando el mausoleo de Lenin.

Con Nellie tranqueábamos bajo la nieve.

Algo nos oprimía el corazón. Quizás el crepúsculo, quizás el frío, quizás la patria tanto tiempo lejana. ¿Cómo saberlo? A la mañana siguiente los médicos me harían un diagnóstico que me llenaría de terror.

La alegría se astilló como un espejo. Todo fue muy rápido. Inmediatamente después de almuerzo vino la ambulancia. Por primera vez en mi vida, viajaba en ambulancia en calidad de enfermo. Nellie y la intérprete me acompañaron. La clínica estaba ubicada en medio de un bosque donde era dable encontrar todas las especies de árboles imaginables, pintados por el otoño con los más fantásticos matices: rojo intenso, morado, dorado... Por si fuera poco, algunos arbolones que presidían aquella convención de monarcas vegetales, no habían logrado aún desprenderse del albo capuchón de la nevada, cada rama confeccionaba caprichosas figurillas de cristal, mientras los alargados y finos dedos del hielo empeñábanse en tocar el suelo.

Por desgracia, yo no estaba en condiciones de captar la belleza de aquel panorama. Nada existía, sino la pena sarmentosa en nuestros corazones.

Me pusieron un pijama listado y un par de pantuflas. Debí despedirme de Nellie y de la intérprete. Ellas regresaron a Moscú y yo fui internándome por pasillos blancos y muy aseados, siguiendo los pasos de la enfermera que me

guiaba. Todo por señas. Había entrado a un mundo completamente desconocido, casi en otro planeta.

Sólo me separaban veinticuatro horas de los brindis de Nikita y, sin embargo, aquello se desvanecía en una distancia de siglos. Ya no estaban a mi lado los verdes ojos de Nellie. Y mi patria vivía en verano, con su paisaje claro, pero tan lejano, tan lejano... Ahora mi residencia era la incertidumbre.

CAPITULO X

Celia Sánchez, la ayudante de Fidel Castro, me hizo saber que el Comandante me esperaba en su departamento. Anoté la dirección, lo que resultó sin sentido, pues el chofer que el gobierno había puesto a mi disposición tenía ya las instrucciones precisas. Atravesamos algunos barrios de La Habana, viñeteados de palmeras, donde niños blancos, negros y mulatos jugaban confiada y alegremente. Ha sido imposible borrar de mi mente la figura de aquellos muñecos morenos, de camisas limpias y dientes albos, correteando sobre el césped bien cultivado de los jardines de las grandes casonas de la capital de Cuba. Después he sabido que aquellas mansiones, donde se mezcla la claridad de una arquitectura producto de las necesidades del clima con el golpe de la tradición española todavía latente en los pueblos del interior de Cuba, de interminables portales que unen una casa con otra, dan vuelta a la manzana y le incorporan a la ciudad el calor de un solar común; que esas forta-

lesas arquitectónicas, digo, han sido destinadas a escuelas para párvulos o para becados que vienen de todos los lugares de la isla en busca de especialización. Transitando por La Habana, a toda hora, uno encuentra columnas de esos muchachos, negros y blancos, dejando en la atmósfera una sensación de vida fresca, de griterío alegre.

El pueblo cubano, tan alegre y cordial, hoy posee una población infantil que exulta una maravillosa confianza en el porvenir. No es una frase de visitante mal informado, de investigador sorprendido con la primera impresión. No. De manera alguna.

Con el tiempo yo llegué a comprobar que en ese país se ha logrado dar a la juventud la alegría del estudio, la posibilidad de dominar la especialización que les venga en gana y con la que cooperan en la gran construcción en que están empeñados sus mayores.

Alguien me contó una historia sobre los comienzos de la nueva política educacional cubana. Fidel Castro, al año de tomar el Poder, llamó a los tradicionales técnicos en planes educacionales para estudiar las medidas que permitirían derrotar el analfabetismo y abrir nuevas perspectivas a la juventud.

—¿Cuánto tiempo y cuánto dinero nos costará enseñar a leer a todos los cubanos? —preguntó Fidel.

—Diez años y diez millones de dólares —respondieron los eruditos después de varios días de cálculos, informes y preinformes.

A Fidel le pareció demasiado y, entonces, se fue a la televisión e hizo un llamado a cuanto hombre o mujer estuviera dispuesto a salir a enseñar a leer a los campesinos.

A cada uno se le entregó un cuaderno y un lápiz y se los distribuyó por todo el territorio. Los diez años de los técnicos se convirtieron en uno. ¡Así se dio cumplimiento a una de las más hermosas tareas que ha encarado la Revolución Cubana!

El muchachito de color que limpiaba los cristales en el "Havana Riviera" reía mientras trabajaba, echando vistazos de reojo a los personajes que atravesaban el hall. Por allí deambulaban dirigentes políticos, mujeres de pantalones ceñidos, artistas, extranjeros con tenidas exóticas. El negrito observaba y reía; luego continuaba frotando los vidrios. Nos hicimos amigos. La vez que le pregunté sobre lo que hacía, aparte de su trabajo en el hotel, se puso serio, dejó de limpiar el cristal y me dijo:

—En la noche voy a la secundaria. Estoy en tercer grado. Uno tiene que estudiar, porque si no se queda bobo...

Los ascensoristas, en cuanto llegaban al primer piso, si no había pasajeros esperando, corrían desalados, con un libro en la mano, en procura del encargado de la recepción. Puse oído a una conversación fugaz entre ellos:

—¿Qué me dices ahora, chico, si aquí no encaja aquello de los verbos irregulares?

Otros días el tema se refería a las matemáticas o las ciencias. Aquellos ascensoristas, algunos ya canosos, usaban el menor descanso para "no quedar bobos".

Una vez que mi auto se detuvo frente a la dirección en donde nos esperaba Fidel, algunos milicianos se movilizaron, metralleta en mano, y rodearon el vehículo, pero con la misma rapidez volvieron a su sitio en cuanto se cercioraron de qué se trataba. Todos ya estaban informados de mi

visita. Bajé con mi cartera papelera y mi pequeña máquina de escribir. Era un edificio de dos o tres pisos y, después de caminar varios metros por un pasadizo que hacía recordar los de los barcos, me invitaron a subir por una estrecha escalera donde sólo cabía una persona.

Yo debí hacer equilibrios para sostenerme y subir con mi máquina y el portadocumentos. Al llegar al último escalón levanté la cabeza y mis ojos se encontraron con la figura de Fidel. Estaba sin su gorra habitual, envuelto en una nube de tabaco.

Nuestra entrevista de dos días antes se había transformado en un largo peregrinar por vaquerías, plantaciones, pesquerías y todo esto monopolizaba la insaciable pasión creadora y de experimentación del Primer Ministro. Cuba vivía el Año de la Agricultura. Castro lanzaba toda la energía y vitalidad de que podía disponer en impulsar los planes agrarios. Nada habíamos charlado aún de política internacional, ni de las intenciones de mi viaje, y este encuentro que ahora se iniciaba tenía por finalidad ir al meollo de la cuestión, informar a Fidel lo que pensaban en Chile sobre Cuba en relación con el resto de América y, por otro lado, recibir de Fidel sus opiniones sobre el porvenir de las relaciones entre su gobierno y las demás naciones de América Latina.

La entrada en la residencia de Fidel me afirmó en la idea de haber iniciado una travesía oceánica. Primaba la madera. Las murallas tenían un zócalo de tablas del mismo tono que una estantería donde se alineaba una pequeña cantidad de libros y muchos objetos diversos, en su mayoría obsequios típicos de los más remotos lugares de la tie-

rra. Es probable que la presencia de la madera fuese reforzada por la maciza silla de descanso que ocupaba bastante sitio en el pequeño departamento, sobre todo si se piensa que éste también debería albergar la corpulenta humanidad de Fidel.

Tanto el living como el comedor eran de igual tamaño y como entre ambos no existía ningún arco o puerta, a no ser por los muebles, todo habría constituido una sola pieza, como esos pequeños living-comedor de los departamentos centrales de Santiago. Junto a la silla de descanso Fidel había colocado un aparato telefónico, regalo de los japoneses. Era una maravilla técnica. Bastaba con apretar una clavija para comunicarse con cualquier persona en La Habana. En la mesa redonda del comedor, pequeña y sobria como el resto del mobiliario, coloqué mi máquina de escribir y aproveché para echar una ojeada a la pieza vecina. Allí había un catre de campaña, cubierto con mantas, como corresponde a un soldado. A un lado, una pequeña estantería y, junto a la cabecera de la cama, un fusil apoyado en la pared, a distancia conveniente para alcanzarlo desde el lecho con sólo estirar el brazo.

Al gobierno de Frei por supuesto que le preocupaba la prolongación del status vigente respecto a Cuba. Si la democracia cristiana chilena pretendía realizar una administración diferente a las anteriores, no sólo en lo económico sino también en lo filosófico y social, todo de acuerdo con las últimas Encíclicas papales, no podían aceptar como válidas las razones que impulsaron a la Organización de Estados Americanos a sancionar a Cuba, eliminándola de

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

la familia interamericana primero y, luego, aprobando un bloqueo económico injustificado, absurdo, ultrajante e injusto.

Los que invocaron esas razones representan la antítesis de lo que la democracia cristiana, en teoría al menos, desea. Pretender cambiar las cosas en Chile, alterando la tradición político-económica, implica también alterar los conceptos en la conducta internacional. Si en el plano exterior se desea ser sincero con los postulados programáticos, no se puede soslayar el caso cubano. Cuba, querámoslo o no, se yergue en el camino que recorre la política mundial y, muy en especial, la política americana. No hay manera de eludirla. Esa es la herramienta que ha tenido Fidel Castro en la mano y que ha sabido administrar con maestría, ni desperdiciándola ni mellándola.

Los gobiernos de todo el mundo viven atentos a la movida que realizará Fidel o al discurso que pronunciará en la Plaza de la Revolución y esto es menester admitirlo.

¿Podía permanecer tranquilo un gobierno demócrata cristiano, de hombres católicos, imbuidos en los principios de comprensión y solidaridad humanas, admitiendo como definitivo un acuerdo como ése de la OEA? ¿Estar de acuerdo con una política que pretende aplastar a un pueblo soberano por hambre?

Agréguese que no hay precedentes en la aplicación de los Tratados Internacionales de medidas de esa naturaleza. Ni siquiera con el dictador Leonidas Trujillo, en Santo Domingo a quien, en una parodia de sanciones, se le exceptuó el bloqueo económico.

Frei es abogado. Muchos de sus colaboradores inmediatos también lo son. Chile es un país que blasona de una tra-

dición de juridicidad sin parangón en América Latina. Todo en Chile se hace conforme a la ley y, aunque hay ocasiones —¡ay, bastante frecuentes!—, en que ésta se convierte en la ley del embudo, los parlamentarios y gobernantes chilenos respiran el vivificante orgullo de su inalterable amor a la ley.

Quizás aquí esté la explicación de que Chile, junto a México, no adhirió de inmediato al acuerdo de la OEA de romper relaciones con Cuba.

El proceso parecía descabellado para los correctos juristas chilenos, tan descabellado que ni siquiera se oyó al acusado, ni se visitó los lugares que habrían constituido escenario de los delitos. El gobierno de Jorge Alessandri tenía mucho interés en agradar a Estados Unidos, pero, al fin y al cabo, la educación jurídica de quienes llevaban las relaciones exteriores de Chile se rebelaba contra esa forma tan **sui generis** de aplicar el Derecho en cuestiones internacionales. Los chilenos honrados nunca dejaremos de lamentar que la dignidad nacional esa ves duró lo que la lombriz en el pico del pavo. Antes de irse el señor Alessandri de la Moneda cumplió la resolución de la OEA y le dejó al gobierno de Frei el avispero en las manos.

Frei y su Ministro de Relaciones Exteriores, Gabriel Valdés, estaban de acuerdo en que había que realizar algo positivo para normalizar las relaciones de los países americanos respecto a Cuba. Tenían entre otras cosas en cuenta que hasta en los mismos Estados Unidos aparecían voces encumbradas —Humphrey, el Vicepresidente; Fulbright, dirigente de la Comisión de Relaciones Exteriores del Senado, entre otros—, que admitían que el problema cubano se ha-

bía llevado mal por parte de Washington desde un comienzo, desde que Fidel bajó de Sierra Maestra.

Fidel se tendió en la silla de descanso con la pipa en las manos. Chupaba con fruición mientras me oía. De rato en rato escupía hacia cualquier lado una partícula de tabaco. Si un hilo de saliva se le quedaba enredado en los pelos de la barba, lo aventaba con el dorso de la mano.

Me interrumpió:

—Sí. Nosotros sabíamos que teníamos que hacer la reforma agraria. Aún no contábamos con los planes en detalle, pero teníamos muy en claro que las compañías norteamericanas, la más modesta de las cuales poseía cerca de doscientas mil hectáreas de cañaverales, no podían ni debían continuar disfrutando de la misma situación. Ese asunto lo cogimos inmediatamente de los cabellos. Nadie que se interesase por el futuro de Cuba podía dejar de hacerlo.

—¿Qué hizo el embajador de Estados Unidos? En vez de conversar con nosotros sobre nuestros planes y ver el modo de cooperar para superar las situaciones nuevas que se venían produciendo, vino a golpear la mesa. Le preocupaban sólo los intereses de las compañías norteamericanas.

Aquel embajador norteamericano representaba a Einsenhower y Foster Dulles.

En ese tiempo se habían empeorado las relaciones de Estados Unidos con el resto del mundo. Tanto Foster Dulles como su embajador, pensaron que el caso cubano había que encararlo con la misma táctica que antes se le aplicara a Guatemala, durante el gobierno de Arbenz.

—Nosotros estamos en antecedentes —continuó Fidel— de que ya en ese tiempo, una vez que el embajador yanqui

fracasó en sus intentos de prolongar los privilegios de las compañías y de torcer las intenciones que nosotros teníamos sobre la creación de nuestra propia economía, se iniciaron los preparativos para la invasión de Bahía Cochinos.

Frei y Gabriel Valdés creen que el tipo de gobierno que se da cualquier país no puede ser inconveniente para pertenecer a la OEA, o a otro tipo de organización internacional. En esto vuelve a aflorar el espíritu de juridicidad de los chilenos, pues la exclusión de Cuba responde a otro acuerdo absurdo, el del Tratado de Defensa Interamericano de Río de Janeiro, que establece la incompatibilidad entre las ideas socialistas y el sistema interamericano. Por este camino, a más de mantenernos amarrados al régimen de la libre empresa inspirada en Wall Street, podría llegarse a monstruosas aberraciones jurídicas. Lo que el gobierno chileno temía, sí, era la adhesión de algún país latinoamericano, concretamente, Cuba, a determinado bloque militar.

Fidel se irguió. Su corpulencia llenó el pequeño living-comedor. Dio varias zancadas, escupió de nuevo, aventó el humo.

—Nosotros no pertenecemos a ningún bloque militar. Ya ve que no hemos ingresado al Pacto de Varsovia. En eso queremos tener las manos libres. Somos socialistas, pertenecemos al mundo socialista. Pero no podemos amarrar nuestro destino; porque el socialismo mismo es dinámico, bullente, cambiante. ¿Quién sabe lo que podrá ocurrir con el tiempo?

Eran esos los días en que se agravaban las diferencias entre la Unión Soviética y China Popular. Nuevas entrevistas, realizadas posteriormente, me confirmaron en la impre-

sión de que Fidel mantiene siempre su aspiración de constituirse en una bandera latinoamericana de vanguardia y se en un soldado en el escuadrón de los países del Pacto de Varsovia.

El gobierno chileno había llegado a la conclusión de que el bloqueo económico a Cuba era un fracaso. La Habana comerciaba con toda Europa, incluida España y, además de Canadá y México, en América, con la casi totalidad de África y Asia. ¿Convenía iniciar el camino de la normalización de las relaciones con la isla intentando una que otra operación comercial que precediera a un gran comercio sin tapujos?

—Cuba no se ha perjudicado con la suspensión de las relaciones comerciales y diplomáticas con los demás países latinoamericanos —continuó diciéndome Fidel—. Son ellos los que han recibido el perjuicio. Nosotros, en la medida que mejoramos nuestra economía y levantamos el poder consumidor del pueblo, nos vamos transformando en magnífico mercado para los productos extranjeros y en la misma forma en que impulsamos nuestra producción, mejoramos y aumentamos los productos que podemos exportar.

Su pasión es la agricultura, la ganadería. Apaga la pipa, se olvida de la silla de descanso. Necesita hablar de pie, moviendo los brazos. Pero esta vez habla en voz baja. La agricultura es su amor, de modo que para hablar de ella precisa de frases suaves, casi susurros. El interlocutor advierte que cuando relata los magníficos resultados obtenidos con las experiencias logradas para diversificar la producción agrícola, es todo el organismo de Fidel el que disfruta con la fiesta de las palabras que va a pronunciar. Ha

blar de frutales en la provincia de Oriente, de tabaco en La Habana, de maderas en Pinar del Río, de carne de vacuno para alimentar a las gentes de Cuba (y para exportar a Alemania Oriental, como primera partida), es un goce sereno, tranquilo, que podría pasar inadvertido a no ser por la fruición que pone en las frases, por el luminoso chispeo de esos ojos, que no son pequeños, pero que lo parecen, dada su corpulencia.

—Necesitamos de Chile nitrato de sodio para nuestro desarrollo agrícola. Además, cobre, madera, lana y otros productos que constituyen renglones tradicionales en la exportación de ese país —añade.

Fidel recibe con agrado mi información de que el gobierno chileno es de opinión de reorganizar la OEA, dándole una estructura completamente nueva, quizás latinizándola, como dijera Gabriel Valdés en el Senado de Chile. A Frei no se le escapa que la OEA ha cometido muchos errores, que su existencia no ha sido muy beneficiosa para el desarrollo de los países miembros y que, aparte de modificar su orientación política, habría que orientarla hacia labores de tipo económico, con vistas a organizar y robustecer y defender la economía de las naciones subdesarrolladas que en su gran mayoría la integran. A Chile, sí, le preocupaba la posible reacción de Cuba en el caso de que Chile iniciara una acción tendiente a facilitar el regreso de La Habana al seno de la familia interamericana. Y en caso de estar dispuesto Chile a mediar entre Cuba y Estados Unidos, ¿los dirigentes de la Revolución cubana rechazarían la mediación? Sería del caso que Fidel facilitara las cosas a través

de alguna acción, quizás de un discurso, que insinuara cauces nuevos para nuevos tipos de contactos.

Si bien yo no hablaba con Fidel en calidad oficial, a nombre oficial del gobierno chileno, mis palabras sí traducían el pensamiento íntimo de los gobernantes de mi país. Había charlado con ellos largo sobre el tema y habíamos llegado a la conclusión de que resultaba conveniente mi viaje para conocer de la propia boca de Fidel su pensamiento al respecto. Chile confiaba contar con varios aliados en Latinoamérica. La intención era iniciar un sondeo para modificar las bases de la OEA y la posición de ésta respecto a Cuba.

Con Fidel estuvimos de acuerdo en que confeccionaríamos una entrevista periodística para un diario de Santiago, en la que él expondría cuanto le sugería la situación creada con la incorporación a la OEA de un gobierno como el demócrata cristiano de Chile y sus planteamientos sobre política externa, mientras, entre líneas, deslizaría algún concepto que facilitara ese trabajo de sondeo en las cancillerías americanas. Fidel quedó bien impresionado de cuanto le informé, y comprendió y justificó algunas posiciones de Frei tanto en la política interna como en la internacional. Abrí mi máquina de escribir y, mientras yo tecleaba, Fidel dictaba, paseándose alrededor de mi silla. La entrevista fue publicada en el diario "Clarín", al que Castro le envió una foto con una cordial dedicatoria y, en síntesis, allí el Primer Ministro dejó establecidos los siguientes puntos más importantes:

1) Todo esfuerzo por latinizar América Latina es loable; 2) A la OEA actual, anacrónica, desprestigiada, ligada ser

vilmente a los Estados Unidos y de espaldas a los intereses de los pueblos latinoamericanos, no regresaríamos jamás. Podríamos regresar a una organización regional donde se respetase el derecho de los pueblos a darse el sistema político, económico y social que estimen conveniente. A la OEA de Bolívar estaríamos dispuestos a pertenecer. A la de Thomas Mann, no; 3) En caso de ofrecerse Chile para mediar entre Cuba y Estados Unidos, Cuba no rechazaría una gestión de carácter positivo como esa, aunque jamás haría Cuba ninguna concesión que significara ceder una sola pulgada en el camino por recorrer.

Escribíamos un rato y nos deteníamos a descansar, distrayéndonos con otros temas o recibiendo visitas esporádicas de uno que otro compañero de Fidel en las labores de gobierno. Los visitantes se iban y nosotros regresábamos a la tarea. Celia Sánchez sirvió el café en primorosas tacitas de una loza especial, producto de la industria cubana. Yo quedé encantado de las tacitas y Fidel, cuando llegó el momento de mi partida de La Habana, me hizo entregar una docena de ellas con varias bolsas del fragante café criollo. Antes que hubiéramos dado término a la entrevista, yo ya conocía el resto de la casa. Habíamos ido hasta la cocina y visto los dos patios o terrazas. Ambos no medían veinte metros cuadrados, y estaban abarrotados. El posterior, con elementos de deportes: pesas, pelotas de básquetbol, púnchingbol, sacos de arena, guantes de box, implementos de béisbol. En el otro todavía quedaban las jabas de las aves domésticas con que Fidel realizó experimentos durante meses hasta llegar a conseguir un tipo ideal de ponedoras que luego se le recomendó al resto de la población. El mismo se ha-

bía encargado de alimentarlas, utilizando las más extrañas mezclas: el asunto era lograr el máximo de rendimiento y de calidad. Tanto el gallo como las redondeadas gallinas, encerrados en jabas separadas, permanecieron quietos cuando nuestras voces irrumpieron en el patio: la antigua compañía del dueño de casa había acabado por tornarlas dóciles, libres de temores.

Por esos días, Cuba producía setenta millones de huevos y Fidel no desperdiciaba discurso para transmitir nuevas enseñanzas sobre la cría de gallinas y las ventajas del consumo de huevos. A uno de los miembros de su escolta le oí replicar a Fidel cuando éste le insistía en la cantidad de huevos que debía engullir:

—Pero qué va, chico, no hay hígado que te resista un golpe de doce huevos al día . . .

Al anochecer llegó de visita el Comandante Escalona, Jefe de la provincia de Oriente, con asiento en Santiago de Cuba. Fidel andaba entusiasmado con la idea de iniciar grandes cultivos de tomate en Oriente, así que pronto el cambio de impresiones monopolizó la atención de todos. Fidel pedía datos, entregaba los suyos, hacía referencia a cuanto había leído sobre tomates, recordaba discusiones anteriores. Celia Sánchez iba y venía de la cocina, en donde se preparaba el blando y sabroso filete de cebú, para agregar materiales a la charla; yo, por mi parte, aportaba lo que había oído respecto de los tomates de Rengo, los mejores de Chile, según los entendidos. En ese instante todo había desaparecido para Fidel: sólo existían los tomates y sus posibilidades de cultivo.

El tema lo fascinaba. Podía permanecer horas engolfa-

bía encargado de alimentarlas, utilizando las más extrañas mezclas: el asunto era lograr el máximo de rendimiento y de calidad. Tanto el gallo como las redondeadas gallinas, encerrados en jabas separadas, permanecieron quietos cuando nuestras voces irrumpieron en el patio: la antigua compañía del dueño de casa había acabado por tornarlas dóciles, libres de temores.

Por esos días, Cuba producía setenta millones de huevos y Fidel no desperdiciaba discurso para transmitir nuevas enseñanzas sobre la cría de gallinas y las ventajas del consumo de huevos. A uno de los miembros de su escolta le oí replicar a Fidel cuando éste le insistía en la cantidad de huevos que debía engullir:

—Pero qué va, chico, no hay hígado que te resista un golpe de doce huevos al día . . .

Al anochecer llegó de visita el Comandante Escalona, Jefe de la provincia de Oriente, con asiento en Santiago de Cuba. Fidel andaba entusiasmado con la idea de iniciar grandes cultivos de tomate en Oriente, así que pronto el cambio de impresiones monopolizó la atención de todos. Fidel pedía datos, entregaba los suyos, hacía referencia a cuanto había leído sobre tomates, recordaba discusiones anteriores. Celia Sánchez iba y venía de la cocina, en donde se preparaba el blando y sabroso filete de cebú, para agregar materiales a la charla; yo, por mi parte, aportaba lo que había oído respecto de los tomates de Rengo, los mejores de Chile, según los entendidos. En ese instante todo había desaparecido para Fidel: sólo existían los tomates y sus posibilidades de cultivo.

El tema lo fascinaba. Podía permanecer horas engolfa-

do en el estudio de un asunto como ése hasta conseguir exprimir la más pequeña enseñanza o conclusión. Siempre le recordaré en esa actitud: discutiendo, inquiriendo, hurgando en las cuestiones del agro, como siempre le recordaré dándole la última recomendación al Comandante de Oriente:

—No te olvides, Escalona, de poner esas caballerías de tomates. Pero tienen que ser tomates de cultivo, no de siembra...

En otras ocasiones lo encontré sumido en el estudio y discusión de la producción ganadera, de la distribución de la leche, de la confección de helados. Es un hombre que vive volcado sobre la vida, sobre las pequeñas y grandes cosas de la vida, y la discusión misma lo carga de vida para encarar los nuevos y grandes planes de su patria.

CAPITULO XI

Cuando en 1909 Victoria Montalva Martínez corrió al encuentro de su compañera de estudios en el Liceo Americano, Amanda Brieba Brieba, para confidenciarle que el día anterior en el cerro Santa Lucía, había conocido a un "chiquillo de ojos preciosos", no alcanzaba a comprender, un poco por su edad y otro tanto debido a su escaso conocimiento del mundo, que aquel joven suizo traía los "ojos preciosos" cargados de imágenes, de experiencias y de emociones y, lo que era más importante, que venía traspasado de las viejas y rigurosas costumbres de las antiguas familias que, metidas entre montañas y suaves valles, dieron fisonomía al espíritu de la inmutable Suiza y de buena parte de la faja de Austria que corre junto a la frontera suiza y que, por lo tanto, induce a sus habitantes a considerarse parte integrante del grupo humano lanzado al porvenir independiente por la certera flecha de Guillermo Tell.

El muchachón que agilizara la primavera de Victoria

Montalva se llamaba Eduardo Frei Schlinz y había nacido en Feldkirch, aldea austríaca ubicada a pocos metros de la línea divisoria con Suiza. Los Frei siempre se consideraron suizos, pues venían del cantón de Saintgallen, junto al lago Constanza. El hecho de que esporádicamente un Frei se hubiese radicado en una aldea de más allá de la frontera, no alteraba en nada la antigua línea familiar respecto a su patria de origen. El abuelo del actual Presidente de Chile se llamaba también Eduardo Frei y cuando nació su hijo Eduardo Frei Schlinz, producto de su unión con la alemana Genoveva Schlinz, oriunda de Neu-Ulm, sencillamente caminó hacia el lado suizo con el hijo en pañales, lo inscribió en las oficinas estatales de Suiza y sanseacabó. No en balde los Frei, al nacer, habían sido registrados en los libros de Neslau, desde el siglo XV. De modo que para el abuelo jamás hubo dudas respecto a lo que había que hacer con los vástagos en cuanto llegaban al mundo, así estuviesen residiendo en una aldea austríaca.

Feldkirch, de tres mil habitantes que observan cada mañana cómo la luz amanece por encima de los Alpes, no es simplemente un pueblito de tarjeta postal y de casas disciplinadas para llamar la atención del turista, aunque cierto es que el cresterío pétreo de la montaña preside los actos de las gentes y en el invierno la nieve suaviza el rojo intenso de los techos de pizarra, en perfecto estilo tirolés. Es un pueblito de juguetería lanzado al azar, desde el comienzo de alguna hondonada de los Alpes, y que vino rodando hasta encontrar su posición vertical sin sufrir la menor avería en la estructura de las pequeñas torres o de los irreprochables castillos.

La aldea, como todas las de la región, conservan su cultura, la tradición, el hermetismo de las familias, y el fervor religioso que cae como aldabonazo de escándalo cuando alguno de los habitantes se desmanda, al margen de lo que la existencia de la comunidad considera la verdad, la palabra de Dios. El pastor luterano pronuncia la prédica cada domingo, fustiga el pecado y las ideas insensatas que vienen de más allá de los mares, mientras con ojo de lince toma debida nota de los que están ausentes del oficio. En cuanto el templo se desocupa, él saldrá con cualquier pretexto a visitar las casas de los ariscos y preguntará, de pronto, sin rodeos, cuáles son las razones para permanecer siete días sin escuchar la palabra de Dios. En fin, Feldkirch de principios de siglo, a cuyos lares llegaba la ventisca de la guerra que se preparaba, venía a ser casi idéntica a las viejas aldeas suizas que describe Romain Rolland en el "Juan Cristóbal". Ni más ni menos. Y cuando Hugo Frei Schlinz, el hermano mayor, dijo que quería viajar a América, no hubo estridencias, ni mucho menos escándalo. Pero algo fino, casi imperceptible, estremeció las viejas estructuras de la familia y de la aldea. El pastor luterano frunció el ceño e insinuó que nada bueno podría cosecharse en un continente tan a trasmano; mucho menos en la parte sur de América, donde la civilización y las obligaciones de la religión no se avenían, al parecer, con el desarrollo de los pueblos. Sin embargo, Hugo insistió en sus planes. Después de un tiempo se supo que se había instalado en Argentina, donde ya le había metido el hombro al trabajo en una estancia. Entonces el avispero de los viejos runruneó en el corazón de Eduardo, el tercero de los cuatro hijos, quien decidió venir a juntarse con su herma-

no. La noticia ahora, sí causó estupor en el pastor, pero se abstuvo de expresar su estado de ánimo en voz alta. Fue al armario, sacó su botella de aguardiente de pera y se echó al cuerpo una buena porción, hecho lo cual se encaminó al hogar de los Frei, donde, a pesar del calor y la vitalidad que le producía el vivificante líquido, nada dijo que contrariara las decisiones del próximo viajero. Se limitó a recomendar que, aún en la distancia, no debía olvidar los buenos ejemplos recogidos en el hogar, las enseñanzas oídas en el púlpito, y el respeto que todo buen suizo debía observar por las creaturas de Dios, que es lo mismo que tener a Dios presente en cada acto. Los Frei, que también dominaban el arte de colgar una botella en el peral y meter dentro la fruta cuando ésta aún estaba pequeñita, de modo que creciera dentro del envase de cristal para incorporarle luego variadas esencias alcohólicas, sirvieron una corrida para festejar al pastor y hacer votos por la buena ventura del nuevo emigrante. Eso fue todo.

Eso fue todo en Feldkirch. Porque para Eduardo Frei Schlinz surgía ahora tal cúmulo de experiencias, de golpes de realidad, que a veces llegó a pensar si no hubiera sido mejor quedarse quieto entre la montaña y la aldea, intentando a lo más una gira a la capital del país. Porque mientras pisó tierra europea sintió que algo le unía aún al suelo natal, y la misma sensación le acompañó, incluso cuando subió al barco. Mas, en cuanto transcurrieron algunos días de navegación, comprobó que ahora navegaba hacia el infinito, hacia la incertidumbre, hacia la aventura. La soledad del mar le sensibilizó, empezó a recordar con nitidez los detalles más nimios de su infancia. Ahora vino a descu-

brir que Feldkirch era, en verdad, un mundo muy vasto, capaz de albergar años de emociones, y de nutrir a los hombres con sabiduría, tal como hacía el alcohol con la pera encarcelada en su prisión de cristal.

Los crepúsculos en el mar no son buenos amigos para el hombre que ha dejado la patria, el hogar, las raíces. A esa hora se vuelve a oír la última admonición del padre, la súplica de la madre, la lección eternamente repetida del pastor luterano. Entre agua y cielo surgen los ojos de la chicuela a la que se amó a hurtadillas, pero que dejó en el corazón la fragancia del golpe de viento que llega y se va. En las mañanas amanecía eufórico, grávido de proyectos. Charlaba con los otros pasajeros, hacía nuevas amistades, recogía informaciones sobre el país que le esperaba. La vida tenía, entonces, el rostro que él había anhelado. Pero por la tarde, a medida que el sol declinaba, algo como la sombra de la nostalgia estremecía sus firmes decisiones.

Ni qué decir de los días grises, sin sol. Había que encerrarse en el camarote, en la sala de fumar o de lectura. Oprimían el corazón y daban buen alimento a los peores presentimientos.

¡Y tanto tiempo! ¡Y tanto mar!

En Argentina, después del descubrimiento de la tierra americana, que le deslumbró con la potencia creadora de gentes llegadas de todas las latitudes, tuvo otro descubrimiento que lo desconcertó. No se avino con su hermano. Entonces Eduardo decidió atravesar la cordillera.

En septiembre de 1909, cuando se encontró con Victoria Montalva en el paseo del cerro Santa Lucía, caminando con su nuevo amigo chileno Raúl Urrutiager, que pretendía a

Irene, hermana de Victoria, ya la vida le había dejado una buena carga de experiencia, a pesar de sus veinticuatro años.

Su patria estaba lejana y allí, en septiembre, el invierno se cuela ya por los contrafuertes de los Alpes, estridente de lluvias y ventoleras. Aquí, en cambio, la primavera, agitaba la sangre y para Victoria, septiembre, la primavera, era la patria y la alegría. Y año tras año se comprobaba que Santiago salía de su condición de aldea grande, lanzándose hacia el porvenir.

Los padres de Victoria poseían una hacienda, "Tres acequias de Tango", cerca de Melipilla, y de allá trajeron las menestras, todavía con olor a terrones, con que poblaron las mesas el día del matrimonio en abril de 1910. El novio conquistó a la familia entera, impresionada con su aspecto mesurado, la honestidad que surgía de cada palabra suya, sus planes para asegurar el porvenir económico del nuevo hogar. Su conocimiento del latín permitíanle expresarse en español con claridad, así como dominar otros idiomas, a los que debía apelar para desarrollar variadas funciones. En el transcurso de los años llegó a ser contador en la Viña Correa Errázuriz de Lontué, contador de la Casa Muzard, Auditor de los Ferrocarriles del Estado. Nada de espectacular en el hogar: llegaban los hijos, la madre se preocupaba de sus primeros trancos, partían al colegio. El padre redoblaba los esfuerzos para asegurar la fuente de las entradas. Nada sabía de otras actividades extrañas al ordenamiento de la familia y a su trabajo. Y de pronto, un día cualquiera, vio aparecer al hijo que llevaba su nombre, y que apenas tenía

19 años, en el programa de un acto público que organizaban sus compañeros de la Universidad.

La curiosidad le encaminó al teatro Municipal, donde la Acción Católica realizaba una concentración. En la puerta alcanzó a oír a uno de los carabineros de guardia que comentaba el discurso que estaban pronunciando en el escenario: "Qué joven tan inteligente". Entonces Eduardo Frei Schlinz notó que un orgullo insólito le inflamaba el pecho. Como si haber abandonado el suelo paterno encontrara su compensación ahora, en ese instante. Se volvió al guardia:

—Ese es mi hijo . . . —y se perdió entre el público con los ojos azules clavados en el escenario, donde un joven alto y delgado explicaba "que no se debe dar una moneda con mano enguantada".

En 1935 murió Eduardo Frei Schlinz, mientras desempeñaba la auditoría de los Ferrocarriles. De sus hijos, Eduardo, Arturo e Irene, siguieron llegando espaciadas noticias a Feldkirch, hasta que el cable transmitió la información de que un Frei había ocupado la Presidencia de Chile. Entonces los viejos del lugar, como los de Neslau, fueron a la posada próxima, bebieron aguardiente de pera y encargaron una merienda opípara. ¡Ellos jugaban su parte en la historia del mundo!

CAPITULO XII

La gente piensa que los políticos no deben hablar del amor, que se trata de una materia que no está consultada en la Carta Fundamental. ¡Habráse visto! ¿Conoció usted una Carta más Fundamental que la primera que se le escribe a la mujer amada? Jamás olvidaré las carillas encendidas que le envié a Nellie Wemyss. No hubo corazón enamorado que haya dicho frases más tiernas que las que yo modulaba en mi blanca habitación de la clínica de Moscú, incomunicado, sabiendo que Nellie esperaba en su hotel vecino al Kremlin tan angustiada como yo. Sí, querido lector, lo que más anhelo ahora sería escribir sobre nuestra fuga: relatar, por ejemplo, el itinerario que seguimos en cuanto fui dado de alta. No es posible: la política golpea a mi puerta. No se puede escribir a la ligera sobre una fuga con la mujer amada e ir, a la vez, contando impresiones de viaje. En Europa era invierno y nosotros teníamos que abandonar otra vez el sol para desandar el camino: Italia, Bulgaria,

Checoslovaquia, Polonia y, de nuevo, la Unión Soviética. El frío mordía y en los aeródromos, arrebujados de nieblas, postergaban la salida de los aviones por días enteros.

En medio del hielo nos dábamos a pensar que en Chile vivían la primavera, los aromos se habrían iluminado y un verdor tibio se estaría descolgando de la cordillera. A nadie le recomiendo que viaje al extranjero en septiembre. ¡No, ni por nada! Perder una primavera chilena es dejar un trozo de alma a la vera del camino. Yo miraba los verdes ojos de Nellie para encontrar en ellos la primavera del Valle Central, pensando que más hermoso que la más hermosa de las capitales europeas, habría sido ir de la mano con Nellie, entre mar y cordillera, haciéndole señas al viento con nuestro corazón tricolor.

Sí, eso anhelo, pero, ¡caramba!, la política chilena es señorita que no espera, que tironea la chaqueta, que da pataditas en los tobillos. Cuando nadie lo pensaba, el Senado de la República le negó el permiso constitucional al Presidente Frei, invitado por la Casa Blanca, para que viajara a Estados Unidos.

El asunto ocupa páginas y páginas de los diarios, los comentaristas radiales hablan de la mañana a la noche, el tema hierve en todas las conversaciones. Algo gordo va a pasar. ¡Y, a la larga, no ocurre nada!

Pero en seguida se deja caer el Proyecto de Reajustes de Sueldos y Salarios de los trabajadores. El Senado lo rechaza una vez y se apresta a rechazarlo de nuevo. La hoguera se enciende. Los comentaristas le echan gasolina. Un ministro dice por televisión que aquí puede haber una salida al margen de la institucionalidad. Un cronista cuenta que

en la noche anterior oyó "ruido de sables", como aquel histórico episodio de 1924 que precedió a la salida del poder de don Arturo Alessandri y el ascenso del Coronel Ibáñez.

Durante seis meses deambuló el proyecto de reajuste por los diversos trámites del Parlamento. Todos sabían que cuando saliese aprobado la inflación no sólo habría consumido ya el aumento de las remuneraciones, sino que lo habría superado con creces. ¡Y estaban, recién, reajustando el alza del costo de la vida de 1968! Pero los parlamentarios, que lo sabían mejor que nadie, pronunciaron semanas de discursos e hicieron más de dos mil indicaciones al proyecto. ¿Y la angustia del obrero y del empleado que pasaban sus ojos de largo por las versiones oficiales de las sesiones de las Cámaras? Los émulos de Castelar no la advertían y seguían hablando.

Crece el "ruido de sables". Los militares también viven de un sueldo, tienen que llevar pan a la casa y comprar uniformes a sus hijos estudiantes. Cansados de la cháchara parlamentaria hicieron tintinear con cierta rudeza sus espolines y el ruido se oyó en Palacio, en el Congreso, en las oficinas de la prensa. Los políticos trasnochados y desplazados, que sueñan con regresar al tiempo de las vacas gordas, pararon la oreja. También oyeron el tintineo y quisieron aprovecharse. Estuvimos bastante cerca del desaguisado; mas, las aguas volvieron pronto al cauce de siempre.

Entonces, ¿por qué no voy a poder escribir otro poco de Nellie Wemyss?

En Moscú charlé unos minutos con Dolores Ibárruri, la legendaria Pasionaria de los años de la guerra civil española. Llegó a ser Secretaria General del Partido Comunista español. Ahora, con la cabeza blanca y un sobrio vestido negro de dos piezas, da la impresión de una matrona del teatro ibérico antiguo, que llama la atención del público con un sólo ademán de una cabeza que se alza, silenciosa, pero que transmite sin palabras un cargamento de historia. Ella, como el general Lister, comprenden que son personajes del pasado. Hoy, en España, los jóvenes revolucionarios tienen otros dirigentes, nuevas tácticas de lucha. La sangre del porvenir circula ya por otras venas.

Y no sé bien por qué, pero algunos, con toda razón, lo considerarán irreverente o absurdo: al recordar a la Pasionaria, lo que me acució fue el deseo de escribir sobre la Marciana.

La Marciana siempre fue un elemento vivo, símbolo de mi tierra, de la pasión de sus hombres. Como su residencia estaba en mi propio barrio, su pasado se transformó también en parte de mi propia infancia.

La casa alcanzaban a verla de lejos los mineros, cuando llegaban a Rancagua en el tren que venía del principal campamento del mineral, Sewell, a setenta y cuatro kilómetros hacia la cordillera.

—En cuanto lleguemos me tiraré de cabeza a donde la Marciana, gancho . . .

—No me diga. Puchas la mujer buena persona. Con decirle que a mí, la última vez, me vino a dejar al tren y me pagó el boleto.

La Marciana tenía el corazón de oro. De ahí que su nom-

bre lo repitieran las gentes de los túneles y los socavones con gratitud, con reconocimiento. Los mineros regresaban al mineral sabiendo que no podrían obtener un nuevo permiso para bajar a Rancagua hasta tres o cuatro meses después; en eso los reglamentos de la Compañía no se podían eludir, salvo que se prefiriera perder el trabajo. Mientras tanto, la ausencia de mujeres en la mina y la rutina de la vida del campamento favorecían la persistencia de las imágenes celosamente guardadas de la última visita a la Marciana.

—No me va creer, gancho, pero la Marciana no me ha dejado nunca feo, aunque se me acabe la plata...

La Marciana era un perito en el arte de las finanzas. Los hombres entraban atropellándose a su casa, bufando de anhelos mal contenidos, de deseos, de aburrimiento. La dueña de casa jamás perdió el dominio de la situación. Adivinaba lo que quería el recién llegado en cuanto éste transponía el umbral. Y al mismo tiempo que se arreglaba las horquillas en el crecido moño, metía los peinetones entre las crenchas, o se restregaba el dorso de la mano por el tupido bozo, impartía las instrucciones pertinentes. El minero sabía que había que cumplir con la liturgia, y lo primero consistía en entregar todo su dinero a esa sacerdotisa de macizas pechugas que movía los hilos de la acción, de pie, detrás del mesón o sentada junto al descomunal brasero. Inmediatamente el cliente tenía a su disposición un buen dormitorio, una primaveral compañera, guitarra, si así era su gusto, y bebida a destajo. ¿Cuándo empezaba el tiempo? ¿Cuándo terminaba el tiempo? Los días se escabullían sin que nadie se preocupase de dar cuerda a los relojes ni de mar-

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

carlos en el calendario. Una empleada entraba en puntillas, para no interrumpir el sueño o los afanes del cliente, sacaba las botellas vacías y colocaba las de refresco. Bastaba estirar la mano para encontrar la bebida. Hasta que la Marciana se encargaba de hacerle saber al minero que sus vacaciones tocaban a su fin. Había que regresar al mineral. El minero se restregaba los ojos: ahora tenía delante el negro túnel de la realidad.

—¿Y qué le debo, pues, Marcianita?

—Ras, ras . . . No te pasaste ni te quedaste . . .

Así, siempre. La juerga podía haber sido de una semana, quizás de quince días, tal vez un mes. En esa casa no se medía el tiempo.

—Ras, ras . . . No te pasaste ni te quedaste . . .

Si el buen hombre se había quedado sin un centavo, la Marciana lo llevaba a la estación minera, le compraba el pasaje y le deslizaba unas monedas en las carteras del terno negro arrugado. Y si, durante el desvarío, alguno había perdido el paletó o el sombrero de felpa, o los zapatos chillones, o la roja faja que aprieta la cintura o esconde la navaja, la Marciana encontraba siempre por ahí algo con que reemplazar la prenda extraviada.

—Me recondenara si digo que hay otra mujer mejor que la Marciana . . .

Y a juntar plata de nuevo, cada semana, cada mes, cada suple, cada liquidación mensual: "Estos pesos para la Marciana".

"El roto que no es agradecido no es chileno". Volvían con la lengua como yesca, escupiendo una substancia gomosa, blanca, pero sus corazones rebosaban agradecidos.

—Ras, ras . . . No te pasaste ni te quedaste . . .

El nombre de la Marciana atravesó generaciones. Se habló de ella en el silencio de los camarotes mineros, y cuando la edad o la silicosis empujaban a algunos de regreso al campo, entonces el nombre de la Marciana se extendió por la región.

Y desde entonces, en todo Rancagua, para expresar que algo ha quedado justo, a la medida, se dirá: "Me salió a lo Marciana: no me pasé ni me quedé. Ras, ras".

—¡Ahí viene Jacqueline!

Nos volvimos. En efecto, Jacqueline avanzaba entre Bob y Ted Kennedy, sus esposas y el cardenal Cushing, de Boston. Pasaron casi rozándonos y si bien cada uno de los Kennedy significaba un espectáculo, la verdad es que Jacqueline concitaba el interés general y, de no mediar el hecho de que aquella Asamblea de las Naciones Unidas había sido citada única y exclusivamente para recibir y oír a Paulo VI, quien por primera vez en la historia había atravesado el Atlántico para diseminar su mensaje de paz, la multitud que repletaba la sala central de la ONU habría irrumpido en aplausos para exteriorizar a Jacqueline su admiración. Ella contestaba con una exquisita expresión de fina femineidad, justo lo necesario para acentuar su condición de viuda de un hombre que era recordado por toda la humanidad. Y dejaba flotando un halo de respeto por la fortaleza que fluía de su conducta y de admiración por la graciosa armonía de sus gestos.

Nosotros la mirábamos con simpatía. En las murallas de Bucarest, Praga o Varsovia, habíamos visto frases de recuerdo para el ex mandatario, junto a ramilletes de flores. La intuición de que Kennedy había sido víctima de una conspiración de las fuerzas más reaccionarias de los Estados Unidos, creó una atmósfera de cariño y solidaridad en torno a la memoria del hombre asesinado en Dallas y, por supuesto, aquel cariño abarcaba a su viuda.

Mirando a Jacqueline casi olvidamos que su marido se había declarado responsable de la invasión de Bahía Cochinos, que le dejaran preparada, antes de irse del poder, Foster Dulles, Eisenhower y la Central de Inteligencia, y que los Kennedy echaron un cabo de socorro al tirano Trujillo cada vez que el sátrapa de Santo Domingo se vio en aprietos.

Para decirlo de una vez sin rodeos, el asunto es que esa tarde de 1965 quedamos todos un poco enamorados de Jacqueline. Al día siguiente yo envié un artículo para el diario "Clarín", de Santiago, que comenzaba: "Bob Kennedy será Presidente de los Estados Unidos en cuanto Jacqueline se pare al lado suyo para iniciar la campaña".

Pasó el tiempo. Bob Kennedy fue asesinado, como su hermano, cuando tenía la Presidencia de Estados Unidos en la palma de la mano y, ¡vaya desencanto!, Jacqueline se casó con Aristóteles Onassis, un millonario inescrupuloso, mucho más cercano de los que inspiraron el asesinato de Dallas que de la memoria del mandatario caído.

Pienso en todos los etéreos enamorados de Jacqueline. Se quedaron solos, como la última estación ferroviaria que supo del último tren en que viajaba la viuda de Kennedy.

Y por mi parte, parafraseando los "Veinte Poemas de

Amor y una Canción Desesperada", diré que "éstas serán los últimas líneas que yo le escriba . . ."

Parece increíble que para escribir sobre Nueva York tenga que hacerlo a través de la semblanza de la señora Goyita.

Una tarde yo venía de almorzar en el restaurante del Rockefeller Center, y tuve la sensación de estar viviendo una vieja película de Chaplín. Aquella tarde regresábamos al Lexington Hotel para dormitar un poco antes de asistir a otra sesión más en las Naciones Unidas. Escaso público transitaba por la calle 32, a pesar de que estábamos cerca de Madison y de Park Avenue, el corazón de Manhattan.

Tal vez debido a que era la hora de la colación apurada, o porque la modorra atrapó en los departamentos a las dueñas de casa, sólo una mujer caminaba delante mío. De vestir sobrio, cercana a los cuarenta y cinco años de edad, abrigo y medias negras. Me pareció que debía haber venido de alguno de los pueblitos cercanos a Nueva York, a realizar compras o diligencias muy personales. No tenía la desenvoltura de las neoyorquinas. La idea de su condición de afuerina me hizo asociarla con el recuerdo de mi madre. ¿Sería viuda, también? ¿Dejaría a los niños a cargo de una vecina mientras viajaba a Nueva York?

De súbito, la mujer trastabilló, no sé en qué se enredaron los altos tacos femeninos, y el golpe fue brutal, horrible. La mujer cayó de bruces y quedó tendida, inmóvil sobre el pavimento. El ruido seco de la caída me traspasó los hue-

sos y el corazón. Me agaché, le pasé la mano por el pelo, traté de hilvanar en mi inglés de silabario algunas frases de consuelo... Todo fue inútil: la mujer seguía inconsciente. ¿Qué hacer? ¡Qué desamparo en el centro mismo de Manhattan! Una mujer vestida como mi madre, con la figura de la madre de mi infancia, gemía aturdida al lado mío y yo pronunciaba palabras de una suavidad dolorosa que nadie habría entendido en esos momentos: ¡Si estuviera aquí la señora Goyita!

La señora Goyita ocupaba el primer piso de aquella casa en que nosotros habitábamos en el segundo. Era la madre de los estudiantes del campo que necesitaban pensión en la ciudad. ¿Dónde mejor que en su casa podría dormir y comer un joven venido de un hogar agrario, de viejas costumbres patriarcales?

Mi madre, que a la sazón había organizado una residencial para poder subsistir y educarnos y que en las noches transformaba las madejas de lana en primorosos tejidos que vendía en las tiendas de la ciudad, se había casado contra la voluntad de sus propios familiares y ahora quería vencer sola, junto a sus hijos, en la dura lucha por la vida. El fracaso de su matrimonio sólo se advertía en la silenciosa recriminación de los suyos y sólo cada cierto tiempo viajaba a Santiago a ver a mi abuela, quien vivía en un fundo cercano a la capital. Ahora me doy cuenta que cuando los nubarrones se le venían encima más densos y oscuros, ella sentía la necesidad de una palabra de su madre, quizás si sólo su cercanía, para poder soportar lo imposible.

Entonces, para resolver el problema de esos días en que

se ausentaba del hogar, recurría a la bondad de la señora Goyita.

La señora Goyita debía preocuparse, durante su ausencia, de mis trancos, todavía no muy firmes, y de mis inquietudes de niño que recién descubría el encanto de la calle. Puedo sostener aquí que la misma angustia que me traspasó en la calle 32 de Nueva York cuando trataba de reanimar a la mujer desvanecida, fue la que me punzó cuando alguien gritó la tarde que yo encumbraba un volantín:

—¡Vienen los pacos!

No supe más del hilo, ni del volantín, ni del trecho que hube de atravesar, desalado, en busca de amparo. La señora Goyita me cobijó entre sus polleras, me cubrió de palabras tibias, me suavizó las greñas. No era suficiente. La lejana aparición de los policías me había llenado de terror. Y sólo la presencia de mi madre podía convencerme de que el peligro había pasado. Pero mi madre había salido de mañana en viaje a Santiago y no retornaría hasta entrada de la noche. Mi terror se transformó en pena, en deseos de llorar a raudales, sin término, profundamente. El diligente cariño de la señorita Goyita no bastaba para frenar mi pena, para paliar mi desconsuelo. No estoy seguro de cuánto tiempo lloré. Creo que fueron varias horas y la señora Goyita comprendió que, superado el incidente del volantín, ahora era la nostalgia de mi madre lo que impelía al sollozo.

Por la noche, al fin volvió mi madre renqueando y por boca de ella supimos que había sido atropellada en Santiago por un tranvía, justo a la misma hora en que a mí me asaltó el ataque de llanto.

Mi madre vestía de negro; sombrero negro, zapatos y

medias negras y se cubría el rostro con un velo también negro. Y esa mujer que yacía a mi lado en Nueva York, tendida en el pavimento, tenía la figura de mi madre, el aire de mi madre, y las ropas negras de mi madre.

¡Y ni siquiera estaba cerca la señora Goyita!

Podría escribir mucho sobre Nueva York y he preferido escribir sobre la señora Goyita. Ella tenía más calor humano que todo aquel pavoroso hacinamiento de rascacielos. Ciudad de contrastes y de desconciertos. De los puentes de Brooklyn y del nuevo puente Varazanno, el más grande del mundo, que empequeñecen al hombre, uno puede saltar a las casas de antigüedades de la Segunda y Tercera Avenida que son como ensenadas en la marejada del tránsito y de las multitudes que pululan por las veredas. En el Carneggie Hall cantan las más destacadas voces del orbe, y en el Village exponen pintores de avanzada, entre barbas, orquestas estridentes y pies descalzos, mientras que de alguna puerta de un cafetín que se abre, lanzan a un negro dormido con marihuana, el que caerá al pavimento como saco de papas para continuar allí su sueño sobresaltado. En Nueva York se encuentran todos los artículos que se producen en cualquier punto del planeta. Un paladar acostumbrado a la cocina asiática podrá encontrar los ingredientes característicos; igual un español, un armenio, un indú. El atractivo del dólar lo consigue todo. En su vorágine los mejores valores humanos sucumben. A su vértigo nadie se resiste.

Pero, ¡que nadie trastabille ahí, a media cuadra del Lexington Hotel, porque nadie le tenderá la mano! Un pariente lejano mío que reside desde años en Nueva York, me dijo: "Aquí, si estás sin trabajo y se te enferma uno de los ni-

ños, nadie te dirá que le envíes los muchachos a su casa mientras encuentras ocupación, como ocurriría en Chile".

"Time is money". Supe que cuando Mr. Morrinson enfermó de viejo, ya para morir, no permitió que gastaran dinero en ponerle una enfermera al lado de su cama. Sólo pidió una campana para llamar en caso de urgencia. Tampoco dejó que ninguno de sus familiares dejase de ir al trabajo. Hoy Mr. Morrinson, desde la tumba, observa el país que él ayudó a construir tuerca por tuerca. Un país en que no queda tiempo para la bondad.

El caso es que al fin llegó la policía para auxiliar a la mujer que seguía sin conocimiento en el suelo. Yo traté de explicar lo ocurrido, pero nadie me atendía; intenté acercarme a la mujer, y los fornidos uniformados me rechazaron. Opté por subirme las solapas del abrigo y seguir cara al frío camino de mi hotel. ¿Con quién hablar para desahogarme? La ciudad era muy alta y muy fría. Mi madre había muerto hacía años. Tampoco tenía cerca a la señora Goyita.

CAPITULO XIII

Fidel se escabulle un momento del acto oficial en que está participando para llamar por teléfono.

—Celia: ve preparando ocho onzas de jugo de limón, un litro de leche de vaca, una lata de leche evaporada, una de leche condensada. El asunto es eliminarle la grasa, que quede cremoso. Revuelve veinte minutos en la sorbetera, mientras termino la ceremonia y me voy volando hasta allí...

La ceremonia se prolonga y Fidel, que tiene la mente puesta en los experimentos que está realizando en la casa, vuelve a escaparse hasta el teléfono para dar nuevas instrucciones a Celia Sánchez:

—¿Hiciste la mezcla, Celia? Bien. Ahora ponla a hervir en baño de María. Separa medio litro y revuélvelo con seis yemas de huevo, algunos gramos de azúcar. Hierve el medio litro con vainilla y canela. No te olvides de nada, pronto estoy por ahí...

Por fin termina el acto oficial. Fidel apura a sus compa-

ñeros de la escolta para subir pronto a los autos. ¿Por qué estas ceremonias oficiales se alargan tanto? Podría ya estar metido en su cocina, sorbetera en ristre, dándole vueltas a la manivela hasta producir el milagro de los diversos sabores. Manivela en mano, ya no recuerda la crisis de los cohetes, ni las escaramuzas de Sierra Maestra. Pareciera que esta nueva batalla tiene algo de entretención infantil, de intrascendente quehacer de cocina. No hay tal. Sucede que el Primer Ministro considera que luego que la isla produzca suficiente leche para toda la población, el mejor procedimiento para convencer a los reacios que deben consumirla, son los helados. Fidel desea crear una industria heladera cuya producción sea de tal calidad que atraiga a los paladares más exigentes. Entiende que los valores nutritivos de la leche son indispensables para los cubanos; y desea remachar la larga lucha lechera con la dulce y alegre victoria de los helados.

En cada viaje a La Habana he podido apreciar los avances en el rubro de la ganadería. Cuba sólo poseía el tipo cebú de vacuno, animal sufrido para los climas calurosos, de cuero duro para los mosquitos, y de carne de agradable sabor. Pero la hembra no produce leche sino para el ternero. Aquello había que modificarlo. Cuba compró en Canadá un gran número de vaquillonas y el famoso toro "Rosafé Signet", ganador de varios premios internacionales. Así se inició la invasión de los Holstein, la única que ha tenido éxito después del triunfo de la Revolución. Fidel se preocupó de cada detalle relacionado con los animales y las cruzas, y estimuló a los jóvenes a seguir cursos rápidos sobre veterinaria, o a encargarse de la inseminación artificial. "Rosafé

Signet" es el gran héroe cubano de la nueva época; con su semen se preñaron miles y miles de vaquillonas, tanto Holstein como cebú. Y otros toritos, hijos directos del "Gran Champion" canadiense, se prepararon a continuar la labor de su padre. Cuando "Rosafé" murió, uno de sus hijos, "Tauro", nacido en Cuba, pasó a exhibir su prestancia fabulosa en uno de los corrales del centro de genética "Rosafé Signet", llamado así en homenaje al semental, cabeza inicial de la ganadería cubana.

En una de mis visitas al centro de genética me acompañaba una muchachita mulata, Mercedes Seguí, que había estudiado chino en La Habana y Pekín, y ahora trabaja en periodismo.

El director del establecimiento, Félix Negri, de no más de veinticinco años, me invitó a presenciar la faena de extraer el semen a los toros, semen que luego sería analizado, sometido a procesos modernos y depositados en cámaras frigoríficas para su mantención y distribución por el resto del país. Llevé a un lado al director y le pregunté si el espectáculo no sería muy fuerte para Mercedes. Me contestó que aquello era del dominio de toda la juventud cubana y que, precisamente, los encargados del laboratorio, que estaban mirando a través de ventanales, eran en su mayoría muchachas recién salidas de los institutos especializados. Todo transcurrió normal, como una tarea que se realiza cada día, responsable, conscientemente. La noche que tuve oportunidad de conversar con Fidel en "La Demajagua", cerca de Santiago, le conté la experiencia vivida en el centro "Rosafé Signet", y le agregué:

—En un cine de La Habana pasaron un informativo

donde aparecía la escena de los toros sometidos a la extracción del semen. Yo pensé: "Aquí veré cómo reacciona este público". Nadie chistó. Ni una chirigota, ni una risa. Nada. Sólo silencio atento y el deseo de compenetrarse todavía más del proceso de desarrollo de la ganadería. Creo que esa culta responsabilidad del pueblo es uno de los grandes éxitos de ustedes . . .

Yo dije que Félix Negri, director del centro de genética, no pasaría de los veinticinco años. Déjenme agregar que Cecilia Menéndez, responsable de Planificación Física de la Provincia de La Habana, tiene 31. Recorre a caballo enormes extensiones de terreno para que nada escape a su control, sin que se haya diluido la fresca y tierna presencia de la muchachita que hay en ella.

En aquel "Centro de Mando" donde labora Cecilia se lleva la estadística de cuanto se cultiva y se cosecha en la provincia, y nada se hará sin haber estudiado primero las condiciones del terreno y la calidad de los plantíos. En cuanto a Jesús Betancourt Acosta, Jefe del Plan General de Producción y Secretario General del Partido de La Habana, tiene 31 años.

¿Qué he querido significar con estos datos? Que aquella es una revolución de los jóvenes, en la que los viejos deben recuperar sus arrestos para no quedar rezagados. Tal es el ímpetu creador que Fidel le ha dado a todos los sectores del pueblo. Conversé con los viejos trabajadores de los ingenios azucareros que habían venido a La Habana a pasar una temporada de descanso con motivo de cumplir cincuenta años de labor en la industria. La mayoría había empezado de niño en faenas subalternas, para terminar de me-

cánicos especializados, maquinistas de locomotoras, jefes de plantíos. Muchos eran gallegos que se quedaron con la revolución. Pregunté a uno de estos hombres la razón de que no hubiera jubilado, si ya tenía superado el mínimo exigido para acogerse a retiro, y me explicó:

—No podría estar tranquilo si no participo en la zafra de los diez millones de toneladas. ¡Superando los diez millones, pido la jubilación!

El interrogado se llama Gastón Alvarez, llegó, a los catorce años, proveniente de un pueblito llamado Orence, en el Ayuntamiento de Merca. Empezó a trabajar en la Cuadrilla Batey, en seguida fue carpintero y, por último, acabó de maquinista en el Central Jaguayal. Ahora labora en el Ingenio Cubita, de Camagüey. Sus padres también españoles, quisieron regresar a la península para dejar allá sus huesos, pero los complicó la nostalgia de Cuba. Volvieron. Ahora sus huesos tiemblan con el trepidar de la locomotora de su hijo Gastón, el que, como la inmensa mayoría de los gallegos antiguos, decidió dar la batalla de los diez millones de toneladas de producción azucarera junto a la revolución.

Tanto la participación de la juventud en las tareas responsables, como el conocimiento que el hombre del pueblo tiene de la gran aventura de desarrollo económico en que está empeñada Cuba, sorprenden agradablemente al extranjero. Los garzones del hotel, informados de que yo había visitado los centros donde se experimenta con las nuevas especies de vacunos, iniciaban entusiastas foros a mi alrededor. Cualquiera sabe, por ejemplo, el número de vaquillonas que se han inseminado el último año, y de cómo es efectivo que "La Campana", madre de "Tauro", daba cua-

renta y seis libros de leche diarios. Podían disertar sobre la especie F-1, mezcla de Holstein con cebú, que produce doce litros de leche, término medio, en el primer parto; o de la especie F-2, producto de F-1 con Holstein nuevamente, y que alcanza a dieciocho litros. Nadie ignora la trayectoria de "Rosafé Signet", y se alegran con las nuevas proezas de "Tauro". Por ellos me informé de todos los antecedentes relacionados con "International", el último "Gran Champion" que los cubanos han comprado a los canadienses.

—Le llega aquí a Fidel —me dijeron, mostrando la altura de la oreja.

Y volvamos a los helados. El día en que Lucy Villegas, importante dirigente de los planes educacionales de Cuba, hizo saber al Primer Ministro que tenía listo el informe que le había encomendado, Fidel le insinuó:

—Vente a mi casa. Así aprovechamos doblemente el tiempo mientras me entregas el informe.

Fidel hacía girar la manivela de la sorbetera y Lucy Villegas desarrollaba el extenso tema que había preparado en torno a la realidad educacional de la isla y los proyectos a cristalizar. Cada tantos minutos el Primer Ministro detenía su fragoroso accionar, y metía una cucharita en la sorbetera:

—Prueba, Lucy. ¿Qué te parece este sabor?

En seguida largos minutos para discutir si todavía sería necesario darle mayor solidez a la mezcla, si le faltaba azúcar, si habría que cargar la canela, si quizás había fallado la vainilla. Y vuelta a girar la manivela. Lucy era producto y parte de la revolución, y estaba acostumbrada a

llevar adelante su trabajo sin estiramientos ni protocolos. Además, conocía al dedillo la personalidad de Fidel.

Pero el embajador de Holanda no había peleado en Sierra Maestra, ni tenía por qué entender que cuando se está consumando una revolución no importan las vestimentas, los horarios, ni el protocolo. Lo fundamental es que las cosas se hagan, con eficiencia y, ojalá en el menor tiempo posible. De ahí que se sintiera extrañamente sorprendido la vez que solicitó una audiencia al Primer Ministro y le citaron a la casa particular del Comandante Castro. Iba con su tenida de etiqueta, la mejor de las sonrisas y la gallarda apostura que le enseñaron los numerosos años al servicio de la diplomacia de su país. Sus sorpresas fueron en aumento. Golpeó la puerta y la persona que salió a recibirle le rogó que tuviera la bondad de pasar a la cocina, pues el Primer Ministro estaba allí muy ocupado y que peor sería hacerlo esperar. En la cocina encontró a Fidel pegado a la manivela de la sorbetera:

—Embajador, conversemos aquí, y así me ayuda de paso a encontrar el mejor sabor de esta fórmula que estoy experimentando . . .

El embajador se sentó cerca de la sorbetera, sin perder su seriedad ni la tiesa postura de su columna vertebral. Sabía que un viejo miembro de la diplomacia occidental debía dominar el arte de caminar con la cabeza erguida y sentarse con la espalda derecha. ¡Altivez, gallardía! Las complicaciones surgieron cada vez que Fidel metió la cucharilla en la sorbetera y la alargó hasta los labios del visitante:

—Pruebe, embajador. ¿Qué le parece? ¿Usted cree que ya está bueno de dulce?

El viajero que recorra Cuba por este tiempo preguntará de inmediato la razón de las largas colas que se advierten en torno a algunos edificios. Le explicarán que se trata de los centros de distribución de los helados "Copellia", que se expenden sin tasa ni medida. Frente a uno de los mesones pregunté qué tipo de helado me recomendaban. Me contestaron que tenían ochenta y dos sabores distintos. Entonces recordé la contribución del embajador de Holanda a la Revolución Cubana.

Si Fidel pronuncia un discurso de tres horas, los críticos, fuera del país, se tomarán la cabeza a dos manos. "Pero cómo pueden aguantar tanto", dirán. Sin embargo, la vez que, al cabo de dos horas y media de hablar, Fidel dijo: "Será hora de dar término a la intervención", la concurrencia irrumpió en exclamaciones:

—¡Pero, Fidel, chico!, ¿qué te pasa?, ¿estás enfermo?

Cierta tarde de julio, es decir, en pleno tórrido verano habanero, estuve tres horas y media oyendo a Fidel. La verdad es que seguí todo el discurso sin que la imaginación, se me fuese a vagar por otro lado. La concurrencia parecía pegada a sus palabras. Aparte del atractivo de la presencia misma del líder en la tribuna, con su corpulencia descomunal, opera el metal de la voz, el tono cubano, y la sencillez de las imágenes con que explica los temas más intrincados. Fidel es el mejor maestro de su pueblo. Las situaciones más difíciles de entender cobran diáfana claridad con sus palabras. Si bien se recibió de abogado antes del asalto al Cuar-

tel Moncada, y su defensa en el juicio que siguió a la asonada figura entre los títulos más buscados de la literatura moderna de Cuba bajo el rubro de "La Historia me Absolverá", su oratoria, la facilidad que tiene para llegar a la masa, especialmente a la gran masa de campesinos, no deriva de su educación universitaria, sino que viene de su profundo conocimiento del campo cubano, de la niñez y la adolescencia vivida junto a los trabajadores de la finca de su padre, en Oriente. No se trata de que ande buscando imágenes con sabor a campo para incrustarlas en un discurso; nada de eso. Orador espontáneo, se expresa a través de metáforas que han sido parte de su forma misma de vivir: las recogió de labios de los mismos guajiros que le están oyendo. Si hay que significar que los enemigos de la revolución cada vez tienen menos argumentos que oponer, dirá: "La oposición ya no tiene dónde amarrar la chiva". Si desea hacer entender al pueblo que los años que vienen serán de arduo trabajo y de dificultades, dirá: "No crean que los palmitos estarán bajos".

El mismo tema lo encarará, en un mismo discurso, desde distintos ángulos y con distintas frases, pero siempre en términos claros, de fácil comprensión y, sobre todo, de excepcional honestidad. Me consta que más de alguna vez pudo sacar mejor partido para la Revolución si exponía un asunto en otros términos menos sujetos a la verdad estricta, pero no vaciló y prefirió el camino de la veracidad. Recuérdese su actitud en el duro pasaje de la muerte del "Che" Guevara y su postura cuando hubo de definirse en el grave trance de la entrada en Checoslovaquia de las fuerzas del pacto de Varsovia.

Estudioso hasta la exageración, cada tema que toca es exprimido al máximo, de modo que no quedará rincón alguno oscuro que albergue dudas. El 8 de octubre de 1968 fui invitado por él a participar en la conmemoración del centenario del grito de "La Demajagua", donde Céspedes liberó a sus esclavos y lanzó el primer grito de independencia en la isla, en 1868. Aquel discurso de Fidel es, seguramente, la más exhaustiva lección de su propia historia que han recibido los isleños. Cada etapa de las luchas emancipadoras fue revisada en sus menores detalles, y de la voz de Fidel sacamos los cubanos, y los visitantes extranjeros, las mejores semblanzas que hayamos tenido de Céspedes, de Martí, de Gómez y de Maceo.

Comprendo que en las Naciones Unidas también hayan sentido el atractivo de esa oratoria, a pesar de la diversidad de idiomas. Fidel llegó allí con un gran legajo de papeles, con datos estadísticos, con cuadros comparativos. Aquello le resultó una camisa estrecha. Decidió olvidarse de los papeles y habló cerca de tres horas sin que en la sala volase una mosca, ni nadie pensara en ausentarse, a pesar de que el orador decía frases bastante hirientes para algunos de los presentes. Cuando fui a las Naciones Unidas, varios años después, todavía recordaban a Fidel. Es explicable: la personalidad del líder cubano tiene que haber surtido el efecto de un peñasco que cae en un pozo de aguas tranquilas. La ONU es un parlamento como cualquier otro, donde los hombres se desgastan a medida que el trajín de los pasillos, el roce social de las recepciones y la charla convencional, van limando posiciones y creando compadrazgos. Los oradores repiten los mismos temas cada año,

en estilo conocido, abúlico, sin proyección. Dos países que tienen conflictos limítrofes envían sus delegados a exponer sus respectivas posiciones a la tribuna de las Naciones Unidas. Ambos delegados leen carilla tras carilla, dan nombres de pequeños villorrios, recuerdan tratados que a nadie le importan. En la sala misma de la Asamblea nadie les oye; a lo mejor ni sus propios compañeros de delegación. Las agencias noticiosas transmitirán los discursos y en sus respectivas capitales éstos se publicarán a todo lo ancho de la página. "¡Sensacional intervención!" "Defendió con brillo en las Naciones Unidas la dignidad de la patria". Y quedarán listos para ser perpetuados en bronce.

En las comisiones los delegados más antiguos son íntimos amigos. Forman parte del inventario de la ONU. Sirven a todos los gobiernos que se suceden en su país. No tienen ideología propia y sólo les interesa prolongar el sueldo en dólares.

El representante de Arabia Saudita, señor Baroody, ejerce esas funciones desde que se organizaron las Naciones Unidas. Conoce el mecanismo que mueve aquel Parlamento al dedillo. Podría recitar de memoria las ponencias que están pendientes en cada una de las comisiones. Antes fue delegado de Jordania, pero un brusco cambio en los mandos de aquel país lo dejó sin su puesto en las Naciones Unidas. Entonces buscó otro país árabe al que representar y solucionó así el problema.

Ahora el señor Baroody pide la palabra a nombre del rey Saud. Lo malo está que no la pide una o dos veces, sino tres, cinco, a cada rato. Le gusta intervenir, oírse. Puede, además, referirse a cualquier tema. Al hablar irá girando en

su asiento para mirar el rostro de los otros delegados. Le gusta medir en la cara de los demás el efecto de sus palabras. Si pudiera penetrar en el pensamiento del auditorio, sabría que todos piensan lo mismo: que el señor Baroody es el majadero más fastidioso de todo el orbe y sus islas adyacentes. Eso él no se lo imagina. Cuando termina una intervención en alguna de las comisiones, dejará en su asiento al delegado reemplazante mientras él sale, a espetaperros, hacia la comisión que sesiona en la sala vecina. Allí pedirá la palabra de inmediato, seguro de que el tema es el mismo del año pasado, de modo que repitiendo lo que dijo en la temporada anterior de sesiones, su discurso de ahora ensamblará perfectamente.

Hay que reconocer, eso sí, en descargo del señor Baroody, que para ser un majadero de esa magnitud, hay que poseer condiciones excepcionales.

Don Angel Castro, el padre de Fidel, venía de La Coruña, cerca de El Ferrol. La vida en Galicia no es fácil, como no lo es en toda España. Es menester trabajar la tierra palmo a palmo, para que no quede sin cultivar ni una pulgada de aquellos terrones secos, de aquellos riscos. Y donde no hay ni un mal terrón para aventar la semilla, habrá que organizar el pastoreo, llevar las ovejas y las cabras de un lugar a otro, trincar malezas, ramonear en las viñetas verdes que aparecen en las hendiduras de la mole pétrea. La juventud española mira hacia las antiguas colonias soñando con un destino mejor que el permanente y duro trabajo

sin mayores remuneraciones, de su propio terruño. Atravesar el Atlántico no es gran empresa para quienes han estado haciéndolo durante centurias. Cuba fue la última colonia española en América, y esto acaba de explicar por qué la isla permanece tan viva en las añoranzas de los españoles. Y tanto los españoles que están por venir, como los que ya organizaron su hogar en la tierra de Martí, todos se dejan llevar como si nada hubiese ocurrido en la historia. En parte, sería histórica explicación de por qué España ignoró el bloqueo impuesto por Estados Unidos al régimen de Fidel Castro. Se impuso el permanente deseo de Madrid de fastidiar a los yanquis. Deseo que se arrastra desde que éstos se metieron en la isla justo cuando los cubanos estaban a punto de lograr su independencia.

Don Angel Castro, como buen gallego, no le tenía temor al trabajo. Compró la finca "Birán", de setenta a ochenta caballerías —unas mil hectáreas— dedicadas a la caña de azúcar y el ganado. Era una propiedad pequeñísima en comparación con los inmensos predios de las compañías norteamericanas y de los adherentes al régimen de turno. Para salir adelante había que organizar la explotación, escudriñar los mercados, encontrar los mejores precios, ordenar el crédito para renovar el material de trabajo, mejorar las dependencias. Los hijos se sucedían y había que educarlos. Don Angel casó en segundas nupcias y en ambos matrimonios tuvo descendencia. Fidel es hijo de doña Lina Ruz.

Cuando el campo no da dividendos como para vivir holgadamente, si la prole es numerosa —como le sucedía a don Angel—, los problemas relacionados con los hijos se

agravan y las vigilias se prolongan. Los hijos del primer matrimonio, Lidia, Pedro y Emilio—, estaban ya crecidos, pero los que nacieron del segundo —Ramón, Angela, Fidel, Juana, Raúl, Emma y Agustina—, no podían quedar sin educación. ¿Cómo hacer con los más pequeños? La solución tuvo el nombre de Eufrasita. Eufrasita era maestra de la escuela de "Birán", aunque su hogar estaba en Santiago de Cuba. La buena maestra ofreció a don Angel llevarse a los más pequeños a su casa, para que estudiasen en el colegio "Dolores", administrado y dirigido por jesuitas. Don Angel aceptó. Los pequeños, entre los que iba Fidel, dejaron "Birán", dejaron sus juegos de infancia entre los guajiros, los animales y las plantaciones, para enfrentarse al deslumbramiento de Santiago de Cuba y vivir junto al mar, entre gentes y costumbres extrañas, pero desde cuyas costas podían escudriñar los más luminosos horizontes.

El cariño que Eufrasita le prodigaba a los niños no resultaba suficiente para disimular los inconvenientes de la casa y las apreturas económicas que se derivaban de las exiguas entradas de la maestra de "Birán". Fidel era un niño desarrollado; en sus músculos ya se advertía su futura corpulencia. Además, en el colegio de "Dolores" los profesores estimulaban la práctica del deporte y Fidel resultaba, por su altura, un buen delantero en el "five" de básquetbol, especialmente en aquel tiempo en que más que la rapidez imperaba la resistencia y la dureza en el choque con la defensa contraria. Por otro lado, Fidel alimentaba la secreta esperanza de llegar a ser un afamado "pitcher" que diera gloria al béisbol cubano, y consumía horas perfeccionando los lanzamientos, a veces con pelotas, a veces con bolos de

cualquier material recogidos en los patios del colegio. Ya al frente del gobierno de su país, la pasión por el béisbol no se le ha diluido. Participa a menudo en partidos en que se esmera por dejar bien sentada su calidad de jugador y cuando las cosas no le salen bien, se enoja consigo mismo, se arranca la gorra de la cabeza con rabia y la azota contra el suelo.

El público ríe:

—¿Qué pasa, Fidel? ¿Ya no estás bueno para la primera?

La vez que le pregunté si él creía verdaderamente que era un buen jugador de béisbol, me dio una explicación tan exhaustiva de los éxitos obtenidos por su equipo, del porcentaje de colaboración que él había allegado con su desempeño, y del rendimiento de sus compañeros en comparación con otros equipos, que me abstuve de mantener el clima de broma que quise darle a la pregunta. Ultimamente ha regresado al básquetbol para mantenerse en forma. Cada mañana se ve a los más destacados dirigentes de la Revolución jugando en alguna cancha de La Habana. No son meros entrenamientos para darle gusto al Primer Ministro. Cada minuto, cada punto, es disputado con fragor. Menudean los gritos, las jugadas rápidas, los codos en las costillas del adversario y, a veces, también las palabras filudas, producto de la agitación que destaca la competencia deportiva practicada con honestidad y resolución.

En la mesa forrada de hule de Eufrasita, no abundaba ni la calidad ni la cantidad, ni el "congrí", ni el "cocktail" de camarones. Fidel, frente al plato vacío, jugaba con el tenedor trazando caminos en el vapuleado hule. Aquello era

señal inequívoca de que se había quedado con hambre. Con el tiempo se acostumbró a andar con el estómago insatisfecho. Sólo el día de su bautizo se pudo preparar en casa de Eufrasita una merienda apetecible, en parte gracias a la ayuda del marido de Belencita, hermana de la dueña de casa, que había servido de padrino. El caso es que Fidel ya estaba demasiado crecido para andar por el mundo sin el agua bautismal, lo que no podía permitir Eufrasita, quien se había criado en las prácticas de la iglesia católica. Ni corta ni perezosa, y sin avisar a los padres de Fidel, preparó la ceremonia. Belencita tenía por marido a un negro que, por añadidura, ocupaba el cargo de Cónsul de Haití, de donde era oriundo. Ambos pasaron a ser compadres de don Angel, sin que éste tuviera la menor idea. Ese día Eufrasita estuvo radiante, pues su niño predilecto habíase iniciado por la senda que ella consideraba la mejor para alcanzar un lugarcito a la diestra de Dios Padre. Es muy probable que ella haya intercedido también para que Fidel terminase su bachillerato en el colegio Belén, de La Habana, también dirigido por jesuitas.

A principios de 1956 murió don Angel. Fidel residía en México, después del frustrado asalto al cuartel Moncada, y preparaba el retorno a la patria en el "Gramma". Los tiempos de estudio en los colegios de los jesuitas estaban lejanos. Los años de universidad habíanle servido para madurar sus concepciones revolucionarias y para concluir que en su país al terror de la tiranía batistiana había que oponer el lenguaje de las armas, como antes lo hicieran los estudiantes con el machadismo. Pero la gesta revolucionaria no fue suficiente para que la Iglesia considerase que debía sentirse perse-

guida por su antiguo discípulo. La propaganda internacional ha tratado en vano de dar la sensación de que en Cuba se desató una ola de terror en contra de los sacerdotes y sus templos. Justo es decir aquí que a más de un soldado del Vaticano, con tonsura y todo, se le colocó camino del extranjero, por mezclarse en actividades contrarrevolucionarias; pero el Vaticano jamás suspendió sus relaciones con La Habana. Monseñor César Zacchi, Encargado de Negocios de la Santa Sede, me explicó que no existían asperezas entre la Revolución y el Vaticano y la Iglesia cubana.

—Oficiamos misas y enseñamos el catecismo —me explicó Monseñor Zacchi—. Las procesiones las hemos suspendido para que no se produzcan incidentes en las calles, pero eso ha sido por nuestra propia voluntad. Si no tenemos mayor concurrencia a nuestros actos, por supuesto que no es culpa del gobierno.

Quisiera agregar que asistí a un oficio religioso en la iglesia del sector del puerto, donde se venera a la negra Virgen de Regla, patrona de La Habana, y charlé con la mujer a cargo del santuario, donde dicen que alguna vez se apareció la santa de color: pestañeaban las velas que los feligreses habían llevado allí para pagar las "mandas" cumplidas. Además, me mezclé entre el público que seguía el desarrollo de matrimonios, en iluminados, amplios y modernos templos de La Habana.

Los interesados quisieron sacar partido cuando casó Emma, una de las hermanas de Fidel, con un potentado mexicano. La familia quería echar la casa por la ventana en la Catedral de la capital, pero el Primer Ministro rogó que la ceremonia fuera sobria. No le hicieron caso. Sus herma-

nas exigían un matrimonio con bombos y platillos, y deseaban que el Jefe de la Revolución apareciese en la iglesia con tenida adecuada para tan fantástica ceremonia.

El día indicado Fidel hizo, como siempre, una gira de inspección por los plantíos, se metió en los corrales donde pacían los ejemplares vacunos traídos de Canadá, hurgueteó en los gallineros y, a su regreso a La Habana, sin cambiarse siquiera la ropa de trabajo, por falta de tiempo o porque así lo quiso, llegó a la Catedral donde se oficiaba la misa de casamiento y ordenó que entornaran las puertas. Las piadosas hermanas pusieron el grito en el cielo. Mas, ni aquella pequeña incidencia, ni la expulsión de algunos sacerdotes entrometidos, contribuyeron a alterar la quieta convivencia existente entre la Revolución Cubana y la Iglesia Católica. Me pregunto si en ello no tendrán algo que ver el espíritu de Eufrasita y de la madrina Belencita.

CAPITULO XIV

Hace poquísimo tiempo la derecha política de Chile había sido llevada al borde del colapso por la avalancha demócrata cristiana. Los partidos tradicionales —Conservador y Liberal— que han sido personajes centrales en la historia del país desde su independencia, debieron fusionarse, con el nombre de Partido Nacional, para evitar su total extinción. En la elección parlamentaria de 1965 sacaron una cuota insignificante de bancas. Sin embargo, y justo cuando la mayoría coincidía en que los derechistas no volverían a levantar la cabeza, yo expresé en una conferencia de prensa: "La Derecha se quedará esperando un tranvía llamado Alessandri". Me aprovechaba del título de una obra teatral de Tennessee Williams para significar la última esperanza de aquel sector político de sobrevivir, a pesar del avance de las nuevas ideas, y más que nada, del ritmo que ha tomado el mundo en su desarrollo.

En efecto, la Derecha quedó en suspenso, con la respi-

ración detenida, los reflejos endilgados en un solo sentido, el golpe de la sangre intuyendo la presencia de Alessandri. Y desde entonces, la Derecha ha vivido reducida a la zozobra de las reacciones del ex Mandatario. Mientras tanto, los instrumentos publicitarios se encargaban de ir destacando, sutilmente, la imagen de Jorge Alessandri, aliñada a gusto del consumidor, deformada para hacerla ensamblar con los gustos, disgustos y exigencias de la opinión pública. El mismo silencio del señor Alessandri ha sido administrado sabiamente. Como el pueblo chileno tiene mala memoria —tal como lo expresara el León—, la mayoría ha olvidado los inconvenientes de la administración precedente. Y el camino está expedito para que lo transiten, ingenuamente, los insatisfechos de hoy.

¿Por qué se produce tal fenómeno? Porque en Chile, a pesar de la madurez de las grandes masas, continúan operando factores negativos en la elección de un Presidente. Entre ellos, el revanchismo. Es la herramienta de los descontentos, huérfanos de doctrina y de ideología, que adhirieron a una campaña presidencial porque esperaban cristalizar tal o cual anhelo, cuando no conseguir un puesto en la administración o practicar un suculento negocio. Si a la larga las cosas no salieron al gusto de su paladar, entonces mirará hacia el polo opuesto a quienes le defraudaron en el gobierno. Una propaganda hábilmente urdida exalta la figura de Alessandri, como el asceta que vendrá a terminar con el desorden de hoy, según los derechistas. Y los resentidos aplauden y se cambian de barricada para cobrarse el desquite. Eso en cada sindicato, en cada población, en todas partes en donde los demócratas cristianos, muchas veces sin crite-

rio, por falta de experiencia, pisaron los pies de más de al- gún independiente. Este, ni corto ni perezoso, ya va camino hacia el campamento derechista.

Agreguemos que hay numerosos sectores que se guían, como limadura de fierro, por el magnetismo de una perso- nalidad. En Chile, ha habido dos grandes personalidades en este siglo: Arturo Alessandri y Carlos Ibáñez. Sus apellidos se convirtieron en poderoso imán, que atrae o repele y des- pierta el cariño o el odio. Ambos fueron unas veces vilipen- diados, otras adorados. De no haber muerto el General Ibá- ñez, durante el gobierno de Jorge Alessandri, quizás habría sido Presidente por tercera vez, aglutinando el desagrado de la mayoría por lo que sucedía en Palacio. Ibáñez represen- taba el látigo del antialessandrismo, del antioligarquismo.

El apellido Alessandri está vinculado al "Cielito Lindo", la marea popular que desató en 1920 don Arturo Alessandri y su legendaria campaña senatorial en el norte salitrero, campaña que le valió el mote de "León de Tarapacá". De nada vale explicar que don Arturo terminó regresando a los brazos de la oligarquía criolla, y que su firma estuvo presta para ratificar la represión sangrienta de los trabajadores de la pampa calichera. Aquel año 20 fue hermoso, romántico; tenía mucho de poesía, de aventura jamás vivida. De im- proviso, el sastre, el carpintero, el gásfiter, el albañil, todo el artesanado, unido a gran parte del proletariado pampino, pasó a ser persona, en un país en donde hasta esa fecha no contaba para nada. Eso jamás lo olvidarán, y en la ter- tulia del hogar modesto lo contarán a los descendientes, agregándole la levadura de la imaginación.

¿Por qué la Izquierda chilena no creó en estos últimos

años el magnetismo desbordado y apasionado de las grandes personalidades para aprovechar constructivamente el descontento que los sucesivos gobiernos han ido alimentando? Las tres campañas presidenciales del senador Allende, abanderado de la Izquierda, parecía que iban a terminar con éxito: mas, siempre surgía la derrota dejando el gusto de la victoria en los labios. A veces, como en 1964, dejando también banderas en el campo de batalla, debido al exceso de concesiones hechas en el empeño por conseguir más votos.

Otra razón hay para explicarse el fatigoso avanzar de la Izquierda y sus candidaturas: la columna vertebral de todas las campañas del señor Allende ha sido (¿y lo será?) el Partido Comunista. Los comunistas poseen un espíritu de trabajo digno de admirar, son sacrificados, disciplinados, con gran poder de penetración en las masas. Pero a los comunistas les perjudica notoriamente la imagen que se han forjado de lo que es un comunista, a través de muchos años de una intensa campaña propagandística contraria, amplios sectores de la población. En especial los sectores menos maduros políticamente, como nuestras mujeres y nuestros campesinos. Y les perjudica también su excesiva coincidencia con la línea de Moscú, lo que choca con los sentimientos nacionalistas tan arraigados en nuestro pueblo.

Y lo malo está en que, cuando se produce la deflación de los partidos, los desencantados pasan de largo ante la puerta de la Izquierda. Si declina el Partido Agrario Laborista, el electorado se va hacia la democracia cristiana; si los demócratas cristianos flaquean, los descontentos tranquean hacia la Derecha; y cuando la Derecha muestra su verda-

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

dero rostro, ¿los ilusos no regresarán acaso a las tiendas de Frei?

La revolución chilena, con o sin libertad, que tantos hombres de avanzada propugnan, ha derivado, además, en una guerrilla de porcentajes. Tal vez el crecimiento desmesurado y rapidísimo de la Democracia Cristiana, que alteró los cuadros tradicionales de los partidos políticos, trajo consigo esta inclinación: la de medir los procesos de las luchas criollas a través de la estadística porcentual. Los partidos más filudamente revolucionarios, de cortantes declaraciones y llamativas amenazas contra el régimen burgués, acaban por enredarse en esa especie de fruición: la de contabilizar el resultado de sus batallas por las variantes en los porcentajes de la votación. En un tiempo marcado por el arrojo, el desinterés y el coraje de Ernesto "Che" Guevara, que dio al traste con tantas cábalas manidas, hay quienes se precian de ser los continuadores de su ejemplo, y usan su nombre para llevar agua a su propio molinillo electoral. Vi con mis propios ojos un letrero pintado en una muralla de Santiago durante la última campaña para renovar el Parlamento: "Gloria al Che: Vote por fulano de tal".

Todo eso cabe en la mentalidad de nuestros políticos. Así estructuraron este país. Del ordenamiento republicano que nos llenó de orgullo pasamos al desarrollo de los partidos políticos, al florecimiento e irradiación de nuestras universidades, a la majestad de nuestros Tribunales de Justicia. Mientras otros pueblos, desde la independencia hasta hoy, caían bajo el duro puño del dictador de turno, al servicio de oligarquías implacables, nosotros dábamos forma a una democracia donde podíamos hablar desde el Parlamento o es-

cribir cuanto nos viniese en gana en la tribuna periodística, sin darnos bien cuenta de que, producto de la sagacidad de nuestra aristocracia, la vida económica siempre quedó en manos de la Derecha, en cómoda y productiva alianza con el capitalismo inglés, primero, y el norteamericano, después. Nuestros gobernantes criollos de derecha entregaron a sus socios el salitre y el cobre, sin chistar, a cambio de que los imperialistas extranjeros les dejasen explotar tranquilos sus feudos, y a cambio de que les respetaran su permanente aversión a cuanto significase tributar a las arcas fiscaels. Cuando, a raíz de la Revolución Cubana, los yanquis empezaron a hablar de que quizás fuese necesario estimular en el resto de América una Reforma Agraria, e hicieron saber que a ellos no les caía en gracia "contribuir" con algunos millones de dólares a quienes ni siquiera allegaban la tributación legal por sus predios al progreso de su propia tierra, entonces la oligarquía local balbuceó su descontento por la nueva postura de Washington. El socio los estaba traicionando. Se había tornado renuente a cerrar totalmente los ojos. Quería sacrificarlos a ellos para salvarse él.

Mientras tanto al pueblo de Chile —el convidado de piedra—, cada vez se le insinuaban más las costillas.

De todos modos, y en comparación al resto del continente, los chilenos siempre hemos considerado que nuestro régimen de gobierno es digno de destacar. Yo mismo lo he escrito en repetidas ocasiones. Lo malo está en que nuestra tradición legalista y jurídica devino en trámite, en papeleo, en temor a encarar las grandes soluciones. Los partidos políticos y sus parlamentarios no se dieron descanso en la

faena de multiplicar las leyes y los reglamentos para satisfacer a su clientela electoral.

Nadie, entonces, se atreve a ser ejecutivo en Chile, ni a empujar con denuedo cuanto persiga concretar, a la brevedad, algún plan de realizaciones positivo y concreto. Existe el temor a la Contraloría, a la objeción: no sea cosa que por cometer un error en la resolución que se redacta el funcionario vaya a merecer una anotación en su hoja de servicio, lo que le impediría acogerse a la "jubilación con perseguidora". La mejor forma para frenar en Chile toda diligencia, consiste en solicitar documentos a quien pretende impulsarla, sea éste imponente de una Caja, industrial deseoso de abrir nuevas fuentes de trabajo o agricultor que pretende innovar en sus sistemas de cultivo: "Trágame títulos de treinta años", o bien: "Acompañe certificado de nacimiento, de vacuna, de matrimonio". Son las frases que se oyen a cada instante. Cuando el afectado vuelve con los papeles, siempre habrá una petición nueva. Ni qué decir de las objeciones de los Departamentos Jurídicos de las instituciones estatales. Una de ellas tenía hace pocos años doce abogados; de repente, aumentó este número a setenta. ¿Cómo justifican su permanencia allí? Muy sencillo: exigiendo papeles.

A mí me parece que dentro del cuadro acostumbrado del desarrollo chileno, leyes como la Reforma Agraria, el salario campesino, la sindicación campesina, la asignación familiar, las Juntas de Vecinos, las mejoras al sistema educacional, la construcción de viviendas, como ya lo hemos dicho, ocupan un buen lugar en la historia de este país. La actual administración y la del Coronel Ibáñez, en 1924, tienen un parentesco cercano en este tipo de realizaciones. Pe-

ro el sufrido hombre de la calle que anda tras la pequeña diligencia en las instituciones estatales, no está para detenerse a hacer consideraciones históricas: le interesa concretar su proyecto cuanto antes. ¡Imposible! La selva del trámite lo devorará implacablemente. ¿Qué hacer? Consolarse pensando que la llegada al Poder de un hombre fuerte, austero, con arrebatos de Madre Superiora, terminará con este siesteo burocrático. Ni por pienso caerá en que ha sido, precisamente, la tienda de donde viene el "Hombre Fuerte" la que dio forma a este tipo de organización que, en 1969, nos tiene convertidos en un país viejo, pesado, lento.

Los partidos políticos y los políticos, aparte de las características que hemos anotado antes, viven en Chile una suerte de encantamiento, caminan por el aire, se sienten etéreos, se deslizan como por sobre algodones, ajenos al peligro. Piensan que cuanto les rodea, en las asambleas y en el Parlamento, es todo el mundo, y se entregan concienzudos a dar forma a la más variada gama de alianzas, contraalianzas y transacciones. Viven al día. El asunto es sacar dividendos para la próxima elección. Y lo justifican todo con los acuerdos de sus Convenciones, la línea de sus Plenos, los votos de sus Asambleas, sin considerar que, si revisamos la prensa desde 1938 a hoy, encontraremos iguales acuerdos de sus Convenciones, idénticas resoluciones de sus Plenos y similares redacciones de sus votos políticos. Cada plataforma de lucha elaborada antes de las campañas presidenciales, tuvo su contrapartida en la realidad una vez obtenido el triunfo. Porque el encantamiento trae consigo la amnesia.

Un político chileno puede perfectamente, sin que se le arrugue el ceño, viajar invitado a Moscú, gozar de la car-

ro el sufrido hombre de la calle que anda tras la pequeña diligencia en las instituciones estatales, no está para detenerse a hacer consideraciones históricas: le interesa concretar su proyecto cuanto antes. ¡Imposible! La selva del trámite lo devorará implacablemente. ¿Qué hacer? Consolarse pensando que la llegada al Poder de un hombre fuerte, austero, con arrebatos de Madre Superiora, terminará con este siesteo burocrático. Ni por pienso caerá en que ha sido, precisamente, la tienda de donde viene el "Hombre Fuerte" la que dio forma a este tipo de organización que, en 1969, nos tiene convertidos en un país viejo, pesado, lento.

Los partidos políticos y los políticos, aparte de las características que hemos anotado antes, viven en Chile una suerte de encantamiento, caminan por el aire, se sienten etéreos, se deslizan como por sobre algodones, ajenos al peligro. Piensan que cuanto les rodea, en las asambleas y en el Parlamento, es todo el mundo, y se entregan concienzudos a dar forma a la más variada gama de alianzas, contraalianzas y transacciones. Viven al día. El asunto es sacar dividendos para la próxima elección. Y lo justifican todo con los acuerdos de sus Convenciones, la línea de sus Plenos, los votos de sus Asambleas, sin considerar que, si revisamos la prensa desde 1938 a hoy, encontraremos iguales acuerdos de sus Convenciones, idénticas resoluciones de sus Plenos y similares redacciones de sus votos políticos. Cada plataforma de lucha elaborada antes de las campañas presidenciales, tuvo su contrapartida en la realidad una vez obtenido el triunfo. Porque el encantamiento trae consigo la amnesia.

Un político chileno puede perfectamente, sin que se le arrugue el ceño, viajar invitado a Moscú, gozar de la car-

dialidad de los soviéticos, y luego sacarle provecho a la hospitalidad de Pekín. Es algo cautivador que muchos que van a La Habana, en donde compiten en ditirambos para exaltar la Revolución Cubana, en seguida parten a Belgrado, a cantar las excelencias del régimen de Tito. Conozco el caso de dirigentes sindicales de un partido celosamente antiimperialista, que han viajado a Washington por gestión de la Embajada yanqui en Chile. Allá les esperaba el relacionador público de una de las grandes compañías cupreras.

Digamos en descargo de todos ellos, que esa manera de actuar fluye del clima, del medio político tradicional. Los políticos nuestros actúan así en forma natural, casi armoniosamente. Nadie se molesta. La transacción y el entendimiento con el adversario, sin que lo advierta el electorado adicto, es función casi orgánica, liviana, espontánea, transparente. Normal.

El asunto contempla peligros graves: el hombre de la calle cada día se siente menos atraído por el espectáculo, de ahí el abstencionismo electoral y la indiferencia por todo lo que transcurre en el Parlamento. Y eso lo capitalizan los apologistas de la mano fuerte. ¿Puede suceder, entonces, que de tanto caminar por los tejados, los políticos se encuentren, de súbito, con el término de la cornisa?

Y eso, ¿sería para mejor?

En Chile, obsesionados por la guerrilla de los porcentajes, toda la metralla se cruzó entre las trincheras de la Izquierda y de la Democracia Cristiana. Mientras tanto la De

recha sonreía socarronamente. De atenernos a los porcentajes y poniendo en la balanza el engañoso capital de la personalidad del señor Alessandri, si afrontamos la elección de 1970 a tres candidatos, con el ex Mandatario como abanderado de las fuerzas tradicionales, no hay duda que éste lleva subido margen de posibilidades. Se explica, entonces, la estrategia y táctica de la prensa adicta al regreso de la Derecha, que hace todo lo posible por estimular la confrontación a tres postulaciones.

Lo que podría echar por tierra todo ese andamiaje es el progresivo cavilar de muchos agricultores y empresarios. ¿Qué significa el señor Alessandri como salvavidas en un proceso de naufragio general de las ideas del pasado, irremisiblemente destinadas a ser superadas? ¿No tendrá su victoria efectos contraproducentes? ¿Cuánto tiempo duraría el señor Alessandri en el Poder si acaso sale elegido?

El mismo señor Alessandri, casi octogenario, remiso a las fragorosas luchas, lo pensará más de dos veces antes de intentar la posibilidad de gobernar con una mayoría adversa y con una masa resuelta ya por el proceso de los cambios estructurales y enfervorizada en sus exigencias.

¿Qué vendría?

CAPITULO XV

Adivino que el lector está esperando que yo le cuente mis conversaciones con Fidel relacionadas con el "Che" Guevara. Me agradaría hacerlo, como me gustaría poseer un rico archivo de materiales relacionados con la vida de Guevara y sus experiencias, para poder dedicarle varios capítulos de este libro. Me llenaría de satisfacción porque eso me permitiría abrir las compuertas de la emoción que siempre me produjo la vida del guerrillero muerto, su lucha consigo mismo hasta hacer del acomodado hijo de una familia de buenos apellidos, como lo era él, un revolucionario de tomo y lomo, de amplísimas perspectivas, y de tal dureza combatiente que le permitió encarar cualquier epopeya.

Mis contactos con el "Che" fueron muy fugaces. La primera vez que pisé territorio cubano, lo visité en compañía del senador Aniceto Rodríguez. Guevara ocupaba el cargo de Ministro de Industrias y se explayó charlando con nosotros sobre el panorama político chileno, agitado por la proximidad de la elección presidencial del 64.

Guevara no creía en las bondades del proceso electoral, en el que los izquierdistas chilenos tenían cifradas tantas esperanzas. Y ya Fidel, en la Plaza de la Revolución, el día anterior, 26 de julio, le había endilgado una gruesa catilinaria a los revolucionarios de Latinoamérica apegados a la vía electoral.

Poco después volvimos a encontrar al Che en la sala donde se desarrollaba un torneo internacional de ajedrez. El pueblo cubano siente especial predilección por el juego del ajedrez. Las parejas se instalan en cualquier parte a madurar la estrategia del tablero; y después, ya consumada la partida, viene la discusión en voz alta. Los cubanos gozan discutiendo. El ajedrez es para ellos una forma de polemizar, primero en silencio, luego a borbotones. La discusión forma parte del temperamento de ese pueblo, lo relaja, lo aliviana. En la calle discutirán sobre la velocidad del automóvil que acaba de pasar: si esa marca es superior a otra, si el carburador tiene mayor potencia, si las bielas, si la bomba de bencina, si el motor de arranque. Como otros transeúntes se suman a la discusión, pronto el grupo se transformará en un panal vocinglero de opiniones expresadas con el mayor denuedo.

Al llegar una noche al hotel en La Habana, encontré en la puerta una enorme aglomeración de blancos, negros y mulatos. Todos con ropas de fiesta, pues salían de una de las boites del Havana Riviera. Por supuesto que en medio de la multitud había una pareja que discutía a grito en cuello: se trataba de dos mulatos, hombre y mujer. La excitación de ambos se transmitía a los demás, de manera que el bochinche podía percibirse a varias cuadras de distancia.

Me acerqué a escuchar. Se trataba que la pareja en cuestión estaba danzando en la pista de baile de la "bote" central. La orquesta tocaba un "mozambique", el último baile lanzado por los cubanos al mercado mundial de la danza. De pronto, el varón dijo:

—Pero, negra, ¿qué paso es ése que estás haciendo?

Ella contestó:

—¡Vaya relajo, chico! Lo que sucede es que tú no sabes bailar mozambique.

—¿Que yo no sé bailar mozambique, cielo mío? Eso que tú bailas más parece conga . . .

—¿Me vas a enseñar tú, cariño mío, lo que es un mozambique?

—¡Vaya que sí que te lo enseño!

—Tú no sabes ni lo que produce la caña de azúcar . . .

Ahora continuaban la discusión, y sus frases, como las de los acompañantes mezclados de lleno en la competencía, estallaban deshilachadas por el rumor del mar que se estrellaba contra el malecón:

—Mira, mi mulato, tú no sabes nada de bailes . . .

—He bailado con la Gina León . . .

—¡Ampárame Virgen de Regla! ¿Dirás también que fuiste compañero de la Elena Burke? Si tú bailas mozambique, yo soy la Rosita Fornés.

Cada tiempo los compositores cubanos sorprenden al mundo con nuevos ritmos que son captados de inmediato por la juventud. En esos ritmos están siempre incorporadas las características vitales del pueblo de la isla. La danza cubana también es una suerte de discusión. La pareja, que se

entrega de lleno, intercambia argumentos con las caderas, las piernas y los pies.

El "Tropicana", el "Capri" y otros, tienen fama en el mundo como centros de producción de alegría. La rumba, la conga, el cha-cha-cha, el mozambique, forman parte de las avanzadillas con que Cuba ha invadido el orbe. Mientras bailan las parejas no hablan, están absortas por el ritmo. Quienes hablan son las piernas. Y en cuanto éstas han conseguido la victoria, surgirá la voz dolorida de la cantante de boleros arrullando el silencio. La tenue melodía se enreda en la pasión amorosa. Es una manera de amar y de exigir amor. Es el producto de un pasado grávido de tragedias, de persecuciones, de luchas esperanzadas de los esclavos por alcanzar la libertad. El estridente cha-cha-cha, es como el reventón musical por el término de las cadenas. El bolero aún transmite un aire de martirio y desesperanza.

El "Che" Guevara chupaba su pipa o devoraba el habano con calma, pesando las palabras de quien le hablaba y madurando sus propias ideas. En los silencios de Guevara había concentración para penetrar en el porvenir, para desripiar los propios conceptos. Mientras tanto, sin proponérselo ni advertirlo, de la serenidad de su rostro fluía cierta ironía con la que iba calando al interlocutor. Esa ironía aparece en cada línea de las muchas que escribió para anatematizar a los enemigos de la Revolución Cubana y, en especial, al imperialismo, al que consideraba con sobrada razón el gran flagelo de Latinoamérica. Algunos sostienen que este implacable investigador, este médico que se empecinó en hundir el bisturí en el marxismo para conseguir nuevas y renovadas conclusiones, fue quien primero abogó por in-

clinar a Fidel y a la Revolución Cubana hacia el socialismo. Es una pregunta que siempre se plantean los estudiosos. ¿Cuándo enrumbó Cuba hacia el campo socialista? Estábamos en Santiago de Cuba una tarde cuando le hice la pregunta al Primer Ministro. Fidel me explicó el asunto más o menos así:

—Nosotros teníamos como válido el programa del Moncada; cuatro o cinco puntos bien concretos sobre la realidad cubana: reforma agraria, planificación de la economía, nacionalización de las industrias, etc. En el fondo éramos marxistas, porque buscábamos una aplicación correcta de las soluciones que da el marxismo a los problemas de la isla. En lo que errábamos era en no considerar el choque que iba fatalmente a surgir, a la postre, con el imperialismo, al aplicar nuestro programa. El imperialismo es un todo. Enfrenta los problemas sociales y políticos como un todo. Nosotros concluimos que nuestras soluciones, socialistas y cubanas por la raíz de los problemas, debían estar identificadas con la lucha mundial de los pueblos. Esa es una resultante de la política agresiva y hegemónica que, imprescindiblemente, levanta el imperialismo. Eso lo comprobamos en la acción, cuando recién comenzaba la aplicación de nuestro programa. Los Estados Unidos vinieron a hacernos presente, en forma poco amable, su preocupación por los intereses económicos yanquis en la isla. Andando el tiempo descubrimos que ellos, a raíz de nuestras primeras reacciones, empezaron a preparar la invasión de Bahía Cochinos.

Entre quienes han estado al frente de la Revolución Cubana existe el más cordial compañerismo. A Fidel se le respeta como al jefe, al conductor de gran visión; pero Fidel, a

su vez, ha creado el sentido de equipo. Muchos de ellos vienen luchando juntos desde los tiempos en que, estudiantes sin recursos, conspiraban contra la tiranía. Juntos prepararon el asalto al Cuartel Moncada donde muchos cayeron; juntos sufrieron la cárcel y las flagelaciones y, juntos, en México, se entregaron a la práctica del manejo de las armas y al estudio de la teoría de la lucha de guerrillas, la que no conocían, y a la elaboración del plan que culminaría con el viaje del "Gramma" a las costas de Cuba y que cristalizaría en la campaña de Sierra Maestra. Ahí, en Ciudad de México, en casa de María Antonia, entre comidas de media tripa y charlas de toda la noche, se unió al grupo Ernesto Guevara, que venía llegando de Guatemala, en donde participó en la defensa del régimen de Jacobo Arbenz. Se ha escrito mucho, y se seguirá escribiendo, sobre aquellos primeros tiempos de los viajes de Guevara, antes y después de recibirse de médico. No haría falta insistir aquí en ellos. A trechos en moto, a trechos a pie, en balsa, o en un esmirriado automóvil, el "Che" quería compenetrarse de Latinoamérica, sin más armas y medios para su subsistencia que su bisturí y sus conocimientos de medicina. Así incursionó por el altiplano boliviano, se internó en la selva peruana, trabajó en Caracas, echó anclas en Guatemala. Sus biógrafos anotan que habiendo pasado con un compañero desde Argentina a Chile, por el sur de nuestro país, al avanzar hacia el norte durmieron una noche en la garita del sereno del mineral de Chuquicamata. Yo debo, como rancagüino, apresurarme a corregir este error.

La garita donde durmió el "Che" Guevara tiene que haber sido la del sereno que cuida la entrada a las oficinas y

talleres del mineral de El Teniente, en Rancagua, y no en Chuquicamata, por la imposibilidad geográfica de hacerlo, si se sigue al dedillo el relato del curso seguido por los viajeros. Reclamo entonces para mi pueblo el honor de haber albergado por una noche, aunque fuera de tan incómoda manera, al famoso futuro revolucionario y guerrillero latinoamericano.

Cuando Guevara se despidió de Fidel y del pueblo cubano para continuar lejos de la Isla la lucha contra el imperialismo, lo hizo a través de una carta que es uno de los documentos más conmovedores que hemos leído, tanto por su emocionante sencillez como por su contenido. Esa carta ata a dos hombres hermanados por la sangre y la muerte, por mil acciones heroicas en donde se jugaban la vida y el destino de muchos pueblos, y que aprendieron a intuirse los pensamientos, a confrontar continuamente sus ideas, a otear juntos el porvenir.

"Fidel: Me recuerdo en esta hora de muchas cosas, de cuando te conocí en casa de María Antonia..."

María Antonia tenía un pequeño departamento en la calle Emparán, en Ciudad de México. Se componía de una cocinilla, una sala comedor, un baño, un dormitorio y un patio. La dueña de casa era una mujer de pelo castaño, no muy alta, ojos claros, figura atractiva y voz suave, casi ronca. Hablaba rápido, sin eufemismos ni reticencias. Trataba a sus amigos con tono campechano. Casada con un mexicano desde hacía tiempo, vivía en el país de su marido. Allí llegó su hermano, Isidoro, enrolado en la resistencia a Batista, y que murió al poco tiempo como consecuencia de los golpes sufridos a manos de la policía batistiana. Antes de

morir Isidoro hacía contacto en las calles con los cubanos que venían llegando del asalto al Moncada, o de la asonada de Bayamo. Andaban por ahí casi muertos de hambre, sin dinero y casi sin ropa. Isidoro los llevaba a casa de María Antonia, en donde nunca faltaba algo que comer. Y volvían, una y otra vez. Por último, María Antonia improvisó camas, para que no tuvieran que vivir la odisea de buscar un colchón en cualquier parte. Los exilados continúan llegando. Se encuentran aquí o allá, pero siempre terminan por enderezar sus pasos hacia el departamento de María Antonia. Un día concretan un acuerdo con el almacenero que los provee de menestras: todo lo consigue la capacidad persuasiva de María Antonia. Así adquieren colchonetas en número crecido para tenderlas en cualquier lugar de la estrecha casa. Durante el día las introducen en los cajones, las arruman. Por la noche, terminada la larga charla, salen a relucir cubriendo el piso entero. Estudiantes y dirigentes de la resistencia continúan arribando. Un día se hace presente Raúl Castro. Poco después su hermano Fidel. De súbito aparece por allí un muchacho que no es cubano, que cubre las raídas ropas con un impermeable, que habla con tono quedo, entre largos silencios, pero que cuando se mezcla en las discusiones, plantea sus argumentos con gran claridad y firmeza. Además, sabe oír, y respetar a los que saben más que él, pero nunca se amilana cuando llega el momento de exponer alguna idea que se le ha hecho carne de su carne. ¿Cómo vino a mezclarse con el grupo de cubanos que dirigía Fidel preparando el retorno? Quizás en la prisión, a donde lo llevaron por andar sin documentos, y donde conoció a otros cubanos a quienes también iban a

expulsar del territorio mexicano. O tal vez fue Isidoro quien lo topó en su deambular por los grupos de la resistencia que todavía andaban a la deriva y que todavía no conocían el camino de la casa de María Antonia.

En las nutridas y largas discusiones de aquel grupo, Ernesto Guevara se dio cuenta que allí había encontrado lo que venía buscando en su permanente caminar por Latinoamérica. Fue incorporado a la empresa que preparaba Fidel, si bien sólo para cumplir con las responsabilidades de médico de la expedición. Ni siquiera se sabía aún la fecha de la partida. Una tarde llegaron corriendo a decirle que metiera en un maletín sus instrumentos y medicinas y, sin darle tiempo de tomar mínimas precauciones ante un posible nuevo acceso del asma que le atacaba a menudo, partieron. Empezaba la odisea legendaria del "Gramma".

Guevara fue hombre que siempre estuvo luchando por desarrollar su propia personalidad, aun superando los pesados inconvenientes de orden físico que lo aquejaban. Desde niño le agobió el asma, que a menudo conspira contra sus estudios y anula sus aspiraciones de participar en las aventuras infantiles de sus compañeros de barrio y de colegio. Cuando Córdoba se le hace estrecha para contener su curiosidad, por suerte el padre decide cambiar de residencia y de provincia. Entonces llega al nuevo mundo de la convivencia universitaria y se le abre la posibilidad de leer, discutir y confrontar las experiencias de cada día. De esas lecturas y de esas discusiones, y su profunda condición de hombre latinoamericano que anhela ver liberado económicamente a su continente, desemboca en el marxismo. Y a la conclusión de que su profesión no era importante en

expulsar del territorio mexicano. O tal vez fue Isidoro quien lo topó en su deambular por los grupos de la resistencia que todavía andaban a la deriva y que todavía no conocían el camino de la casa de María Antonia.

En las nutridas y largas discusiones de aquel grupo, Ernesto Guevara se dio cuenta que allí había encontrado lo que venía buscando en su permanente caminar por Latinoamérica. Fue incorporado a la empresa que preparaba Fidel, si bien sólo para cumplir con las responsabilidades de médico de la expedición. Ni siquiera se sabía aún la fecha de la partida. Una tarde llegaron corriendo a decirle que metiera en un maletín sus instrumentos y medicinas y, sin darle tiempo de tomar mínimas precauciones ante un posible nuevo acceso del asma que le atacaba a menudo, partieron. Empezaba la odisea legendaria del "Gramma".

Guevara fue hombre que siempre estuvo luchando por desarrollar su propia personalidad, aun superando los pesados inconvenientes de orden físico que lo aquejaban. Desde niño le agobió el asma, que a menudo conspira contra sus estudios y anula sus aspiraciones de participar en las aventuras infantiles de sus compañeros de barrio y de colegio. Cuando Córdoba se le hace estrecha para contener su curiosidad, por suerte el padre decide cambiar de residencia y de provincia. Entonces llega al nuevo mundo de la convivencia universitaria y se le abre la posibilidad de leer, discutir y confrontar las experiencias de cada día. De esas lecturas y de esas discusiones, y su profunda condición de hombre latinoamericano que anhela ver liberado económicamente a su continente, desemboca en el marxismo. Y a la conclusión de que su profesión no era importante en

la lucha en que deseaba participar: la lucha a muerte contra el imperialismo. Un médico sana individuos. El quería curar pueblos enteros. Y así se fue convirtiendo en conocedor de la capacidad combativa de los hombres y de las necesidades del gran combate contra el enemigo.

Pronto encontró que para la rápida y correcta aplicación de la doctrina y táctica marxistas en los pueblos subdesarrollados había que realizar fundamentales alteraciones en los planes de acción tradicionales de los partidos comunistas y socialistas del mundo. No podía ser que sólo contaran las experiencias revolucionarias de Europa, que sólo se tuviera como válido el modelo y las premisas surgidas de la Revolución Soviética y de los otros pueblos revolucionarios del viejo continente.

La primera vez que vi a Guevara en su Ministerio de Industrias, ya eran visibles para todos las grietas entre soviéticos y chinos, y las discusiones, entonces, se producían en Cuba a todo nivel. Y por supuesto que la diversidad de apreciaciones alcanzaba a los cuadros directivos de la Revolución. Guevara no expresaba de buenas a primeras, en presencia de algún visitante ocasional o de alguien que no fuese de su absoluta confianza, su inclinación por la línea de Pekín, pero no era difícil colegir que, sin escoger bando, en definitiva, sus simpatías iban por ese lado.

Por lo demás, el "Che" no cargaba sobre sus hombros, con igual intensidad, la responsabilidad de conductor, de líder indiscutido, de maestro de las nuevas generaciones de cubanos, que tenía y tiene Fidel. Este último había tenido que agregar a su ingenio guerrero puesto en práctica en Sierra Maestra, la responsabilidad del timonel que ha de guiar

la Revolución ya victoriosa y la construcción de una sociedad socialista.

Guevara comprobó que la vida en la guerrilla no sólo se avenía con su apreciación doctrinaria, sino que era una suerte de terapéutica para sus dolencias, aunque esto parezca un contrasentido y una ligereza. Una tarde, mientras conversábamos, de improviso comentó:

—A mí me identifican como a un tipo que se anda fajando con la pistola . . . —y a su rostro afloró una sonrisa, casi de agrado, por esta clase de temor que su persona podía despertar en los sectores reaccionarios de América.

El Che tenía una concreta vocación literaria. Leía mucho, incluso la mejor producción poética. Hay escritos suyos que admiran por su claridad, por la facilidad con que cualquier lector puede asimilarlos. De haber salido con vida de Ñancahuazú y haber tenido tiempo para convertir en un volumen más elaborado las páginas de su "Diario en Bolivia", habríamos podido disfrutar de permanentes páginas de valioso contenido doctrinario, de táctica de lucha, y de calidad literaria.

Contrariamente a la ampulosidad tradicional de los argentinos, Guevara tendía a talar la expresión, a dejar lo estrictamente indispensable para comunicarse con el lector en la forma más directa posible. Era modesto y realista. Repetidas veces hizo bromas a costa de sus compatriotas, que llegaban hasta Cuba a asegurar que en cuestión de minutos iniciarían la revolución en Argentina y que ésta superaría en proyección y heroicidad a todo lo conocido en el "Granma" y en Sierra Maestra.

El comandante Faustino Pérez, médico también, uno de

los del "Gramma", hombre de pistola al cinto como todos los dirigentes de esa revolución, y de una cordialidad sin afectación, capaz de conquistar al más reacio, me relató cuanto recordaba de la llegada de los ochenta y dos del "Gramma" a las costas de la isla, donde cayeron en una emboscada de las tropas de Batista, pues entre el grupo de México se había colado un espía del dictador. Ya se ha contado que como resultado de la balacera sólo quedaron vivos diez o doce de los revolucionarios. Entonces Fidel ordenó internarse en el monte, aprovechando la noche y los altos cañaverales. Guevara en esos momentos sufría uno de sus accesos de asma. Se decidió dejarlo allí un par de días, mientras se reponía, en la casa y al cuidado de un campesino que se había acercado a los insurgentes demostrándoles simpatía. Por arma le quedó un fusil. Guevara dormitaba, casi sin fuerzas, pero la intuición le impedía cerrar del todo los párpados. Se le había metido entre ceja y ceja que ese guajiro iba a traicionarlo. Su vida dependía de la lealtad de aquel hombre. Y no le quitaba el ojo. A pesar de la fatiga. Ni le quitaba el ojo al fusil. Justo cuando una descarga de sueño echó por tierra, por una fracción de segundo, la escasa lucidez que le restaba, el guajiro empezó a acercarse al fusil con la indisimulada intención de hurtarlo para huir. Guevara agarró el arma en el último instante y comenzó un titánico forcejeo. El Che comprendía de sobra que de perder el fusil hasta allí llegaba su existencia y allí quedarían sus ansias de reunirse con sus compañeros. Ni el adversario, ni el asma, ni las debilidades por la falta de alimentos, fueron suficientes para vencerlo. Se impuso su energía vital, que nacía de la imperiosa necesidad de defender esa últi-

ma posibilidad que encerraba la posesión del fusil. El arma quedó en sus manos. El otro huyó y Guevara, solo y renqueando, se internó por el cañaveral en busca de Fidel, con quien se encontraría a los tres días.

Ahora ya no llevaba consigo el maletín médico. En medio de la acción bélica del primer momento, Fidel le había hecho ver que debía decidirse entre éste y el fusil, pues dadas las circunstancias no podía cargar con ambos. Guevara no vaciló. Se decidió por el fusil y cuando pienso en el Che Guevara, me lo imagino fusil en mano, estragado por los efectos del asma, perdido en el cañaveral, pero férreo en su determinación de encontrar su destino definitivo.

Mientras observábamos de lejos, con el Che, una partida de ajedrez que jugaba el maestro chileno René Letelier, le dije que ese episodio que me había relatado Faustino Pérez sería material de primera calidad para una obra literaria. Me miró fijamente, pipa en mano. Ni se alegró ni se amurró, pero advertí en sus ojos que la proposición no le había gustado.

Después de eso no lo volví a ver, pero le recuerdo siempre, perdido en el cañaveral, avanzando siempre, entrando en la historia con el dedo en el gatillo de su rifle.

En una entrevista anterior, Guevara nos explicó, lacónicamente, la parte que él jugó en la crisis de octubre de 1962, la llamada crisis de los cohetes. Ocupaba un alto cargo en la administración del gobierno, y le asignaron la comandancia de uno de los ejércitos encargados de la defen-

za de la Isla. La invasión parecía inminente. En Washington nadie pensaba en otra salida sino la liquidación por la fuerza del régimen de Castro. Guevara, ya en funciones otra vez de Comandante, reunió a sus oficiales y les dio instrucciones muy breves y precisas. Como la bomba atómica era cuestión de segundos, no había para qué hacer prisioneros, les dijo.

¿Qué otra cosa cabía? Luego la atómica reduciría a escombros la Isla y sus gentes calcinadas. Guevara habló de esto a sus compañeros con calma y serenidad. En los frentes, especialmente en La Habana, muchachos, mujeres y hombres, avanzaban hacia las posibles líneas de resistencia cantando. El amanecer del día crucial indicado para la invasión, el pueblo cubano levantó barricadas entonando los mismos aires que hicieron popular el folklore musical cubano en todo el mundo. De los edificios modernos de la ciudad, así como de las sinuosas callejuelas de La Habana Vieja, surgían los grupos de blancos, negros y mulatos, en apretados racimos verdeoliva, cantando su alegría de siempre. Aunque la certeza de la muerte no escapaba a nadie.

Fidel planteó un plan de tres puntos para superar la crisis. Fue un golpe político, de gran efecto y oportunidad, pues hay que considerar su situación. Se estaba jugando la paz del mundo entre las dos potencias más poderosas y, en medio de esa gigantesca confrontación, se balanceaba entre la vida y la muerte el destino del pueblo cubano. Fidel, apoyado en todo su pueblo, estuvo a la altura de esa histórica encrucijada.

Fueron momentos en que el Primer Ministro demostró intuición política, claridad, perspectiva y gran serenidad.

para sortear los gravísimos peligros. Mientras Kruschev y Kennedy trataban el problema por teléfono o a través de sus embajadores, U Thant viajó a La Habana a hablar con Fidel. Las actas de esas conversaciones existen en los archivos de Cuba. La Unión Soviética mandó en seguida a Cuba a su político más indicado, a su mejor diplomático, Mikoián, para que en La Habana expusiera personalmente a Fidel los puntos de vista de Moscú sobre la angustiosa crisis. Entonces se intercaló un episodio dramático: la muerte de la esposa de Mikoián. Cuando llamaron de Moscú para dar la dolorosa noticia, el recado lo recibió Celia Sánchez, la ayudante de Fidel. ¿Qué hacer? Pidieron al hijo del dirigente soviético que fuera él, personalmente, quien lo hiciera saber a su padre. El viejo compañero de Lenin en los días de la revolución bolchevique, que había transpuesto con éxito la época del stalinismo, que había cooperado en la dirección de su patria en la guerra contra los nazis y que continuaba en tareas de la máxima responsabilidad con Kruschev, había encarado siempre las peores situaciones con su mujer a su lado. Junto a ella supo de la vida conspirativa del terror zarista. Con ella había compartido angustias, sobresaltos, reveses y victorias. Ahora ella estaba en Moscú con los ojos cerrados: los mismos ojos que, junto a los de Mikoián, habían visto nacer la nueva sociedad. Una larga existencia juntos, pero en el instante de separarse definitivamente, por obra de la crisis de los cohetes, ella debió alejarse de su lado sin una palabra de despedida, sin un ademán de adiós.

Mikoián recibió la noticia sentado frente a la mesa en que celebraba sus conversaciones con Fidel. Apretó los dien-

tes y bajó la cabeza. El mundo estaba pendiente de esas conversaciones, todavía gravitaba la posibilidad de la guerra, el perfil de los cohetes proyectaba su sombra sobre las multitudes de Nueva York, de Londres, de Tokio o de Moscú. ¿Quién podía destinar un minuto para compartir el denso silencio de ese hombre que, con la cabeza doblada, aprovechaba al máximo ese cerrar de párpados para repasar todos los acontecimientos de una vida?

Fidel y sus compañeros, los pocos que tenían acceso a esas importantes reuniones, caminaban por la sala en puntillas. Su silencio se agregaba al enorme silencio que abrumaba a aquel hombre acongojado.

Pienso que en esas jornadas, cuando colgaba de un hilo la posibilidad de una guerra a causa de la Revolución Cubana, fue la ocasión en que Fidel dio las mejores muestras de su calidad de conductor de pueblos. En la Sierra Maestra asimiló bien las lecciones que en México recibiera sobre táctica guerrillera, y no sólo las asimiló sino que, con su talento natural, las perfeccionó y aplicó a las condiciones concretas de la Isla. Tal vez eso le viene de la tozudez gallega de su padre: una porfía innata por dominar cuanto no entiende o cuanto le resulta nebuloso. Hasta que termina siendo experto en la materia. Así, de neófito en tácticas guerreras, acabó en el ágil estratego que hizo polvo al ejército y al gobierno de Batista. Ya en la ciudad, debió improvisarse en táctico político y en orientador de las masas. Le esperaban las discrepancias entre los grupos opositores al régimen depuesto y la inaplazable exigencia de dar una orientación doctrinaria y económica a ese pueblo que quedaba en el caos después de muchos años de vicio, escán-

dalo y dilapidación de sus riquezas naturales. Cada etapa de su trayectoria la ha ido dominando Fidel al contacto con la realidad, ayudado por el infatigable devorar de libros y de consultas con los eruditos. No le he visto blasonar de gran maestro en las materias que abordó, pero —afirmado en el talento natural a que hemos hecho mención— oteó el terreno rápidamente, y empezó a avanzar, no sin dejar de tantear el camino, aun a riesgo de parecer aprendiz para los críticos con pujos de patriarcas. Así se explica que, una vez instalado en La Habana, triunfador, en mitad de su primer discurso se dirigió a su entrañable compañero Camilo Cienfuegos, para preguntarle:

—¿Voy bien, Camilo?

Por el tiempo de la crisis de los cohetes, Fidel había madurado ya como jefe de su pueblo y como la más alta autoridad del gobierno que debía orientar los pasos de la Revolución. No es que haya que computar a su persona cuanto ha realizado la Revolución, pero me parece que es responsabilidad del líder organizar el equipo de la administración, afianzar los cuadros del Partido, y estar alerta para no caer en errores que pudieran malograr el proceso revolucionario. Se habían dejado caer ya sobre los dirigentes los agudos e intrincados problemas de la producción incipiente, los que empezaban a ser sorteados con éxito. Y de súbito aparece la posible catástrofe de los cohetes.

¿Qué hace una pequeña nación, de ocho millones de habitantes, mientras discuten sobre su destino las dos más grandes potencias militares que haya conocido la humanidad? Pues bien, el joven dirigente de la Revolución Cubana, sin mucho trajín en las avatares de la política internacional,

salió con dignidad de la encrucijada, apareció ante la opinión mundial en posición nada deshonrosa y afirmó el buen concepto que de sus aptitudes tenía y tiene el habitante de su país. Y no digamos que Fidel y sus compañeros tuvieron en la crisis de octubre una posición blanda, como pidiendo que les perdonasen la vida. Muy al contrario. Ya hemos relatado que el "Che" Guevara tomó posiciones con el Ejército dispuesto a esperar la bomba atómica.

La vez que, entre otros temas, interrogué a Fidel sobre la crisis, no disimuló que la actuación de Kruschev había desencantado a los cubanos.

—Nikita se enredó —me dijo— en eso de las armas ofensivas y defensivas. ¿Quién le pedía que se metiera en el embrollo de determinar si un arma está destinada a la defensa o a la agresión? Los cohetes nuestros eran armas defensivas, claro está, si es que hay que aplicarles alguna clasificación. ¿A quién vamos a atacar nosotros? Si nadie nos ataca, no atacaremos. Hemos sido víctima de incontables agresiones, de modo que todas nuestras armas están destinadas a la defensa. Ahí estuvo el error de Kruschev: admitir siquiera la duda sobre si las armas pueden dividirse entre ofensivas y defensivas.

En la concentración del 1.° de enero de 1967, Fidel hizo una prolongada referencia al "Che" Guevara, sin insinuar, por supuesto, la más leve pista sobre su paradero. En la tribuna de honor había tomado asiento la hijita mayor de Guevara, la que jugueteaba con los antiguos compañeros de

su padre. Al término de la concentración, el Primer Ministro encargó a Celia Sánchez:

—Llévate a casa a la chiquita . . .

En el departamento de Fidel, como muchas otras veces, la chiquita fue sentada durante el almuerzo al lado del dueño de casa. Jugueteaba con los botones del uniforme, deslizaba las manitos por las sedosas barbas, proponía pequeños grandes problemas al Primer Ministro, el que, encantado con la fiesta de la niña, disfrutaba del relajamiento que le sobreviene luego de sus grandes intervenciones en la Plaza de la Revolución.

—En tu discurso nombraste al Comandante Guevara y el Comandante Guevara es mi papá . . . —comentó la chica, apuntando con el dedo el pecho fornido de aquel hombre a quien siempre miró como su tío.

Aquel 1.° de enero la presencia y ausencia del "Che" se sintieron más intensamente que nunca en La Habana.

Unos pocos días después llegué a la capital de Cuba y tuve oportunidad de charlar de nuevo con el Comandante Castro. Enamorado como lo es del vino chileno, recibió mi regalo de una garrafa con verdadero placer. Ahí mismo, en mi pieza del hotel, la desgolletó con el enorme cuchillo de campaña que le facilitó uno de sus ayudantes. Al término de la charla me preguntó si querría acompañarle a un partido de béisbol. Se trataba de uno de los más importantes encuentros de la Liga Cubana. Un "team" de Oriente —Santiago de Cuba— con otro de La Habana. El público hacía bromas a Fidel sobre sus preferencias, pues mientras aquella multitud que festejaba y aclamaba al Primer Ministro era toda habanera, la infancia del líder había transcurrido en

Santiago y la gesta que dio comienzo al proceso revolucionario de los guerrilleros de Sierra Maestra tuvo su punto de partida en el asalto al Cuartel Moncada, en Santiago de Cuba.

Nos sentamos en la tribuna de las autoridades, rodeados por miembros del Comité Central del Partido y de Ministros. Cada tanto se acercaban algunos integrantes de los equipos para charlar con el Primer Ministro sobre las vicisitudes del campeonato. Fidel domina las contingencias de la competencia, opina sobre la calidad del juego, pronostica posibles resultados. Su dominio y pasión por el deporte se destacan más si se le oye hablar con los especialistas.

Muchas veces, descansando de los temas de actualidad política, él tuvo la cordialidad de ilustrarme sobre grandes figuras del deporte cubano que estremecieron mi infancia provinciana en Chile. Así supe de Kid Chocolate, aquel peso pluma imbatible en el mundo, modelo de ciencia boxeril y de efectividad; de Kid Gavilán, y de otros. Por mi parte conté que crecí leyendo cuanto escribían sobre el boxeador más técnico que había pasado por mi patria, el cubano Kid Charol.

En las últimas Olimpíadas de México, Cuba tuvo un desempeño brillante en todas las ramas en que participó. Las marcas de la posta atlética de 4 por 100 están a la par con las marcas fantásticas del cuarteto de Estados Unidos, y los nombres de Figuerola y Miguelina Cobián, entre muchos, han hecho escuela en el deporte clásico por excelencia. En béisbol los cubanos han derrotado repetidas veces a los yanquis, y en waterpolo, básquetbol, boxeo y levantamiento de pesas, obtuvieron buenas medallas.

En este aspecto de la Revolución Cubana se advierte también la personalidad de Fidel y de su Ministro de Educación, Lanusa, ex seleccionado nacional de baloncesto y compañero de Fidel en los fragorosos partidos que disputan los dirigentes del gobierno para conservar ágiles los músculos.

Mientras observábamos el "match" entre orientales y habaneros, yo aprovechaba los minutos, para obtener nuevos materiales para mi cosecha literaria o periodística. Le expliqué al Primer Ministro:

—En noviembre próximo espero que esté listo mi próximo libro para entrar en prensa, ¿qué le parece si viajo a La Habana un poco antes para que me dé algún material sobre el "Che"?

Sin vacilar se volvió a decirme:

—Para ese tiempo ya tendrá noticias del "Che".

—¿Puedo escribir sobre eso mismo?

—Sí. Puede decirlo.

A mi regreso a Chile escribí mi habitual crónica en el diario "Clarín" relatando esta parte de la charla con Fidel. La crónica fue transmitida por las agencias noticiosas y dio la vuelta al mundo. Y cuando, en la segunda mitad de 1967, se comprobó la presencia de Guevara en Ñancahuazú, y su acosamiento por los efectivos bolivianos y norteamericanos, me asaltó el temor de que mi artículo hubiera servido, en parte, para otear el paradero del Comandante Guevara. La idea me atormentó por bastante tiempo. Los nuevos sucesos, así como la publicación de los detalles de las últimas batallas del guerrillero, me trajeron por fin tranquilidad; y

terminé de tranquilizarme cuando el propio Fidel me habló del caso.

¿Qué movió en definitiva al "Che" a dejar su expectante posición en la Revolución Cubana "para sentir de nuevo en los talones el costillar de Rocinante"? ¿Su cada vez más ostensible discrepancia con la política de la Unión Soviética? ¿El profundo desagrado por la posición de un grupo de los antiguos comunistas cubanos inspirados por Aníbal Escalante, desagrado que no podía expresar en los términos que quisiera porque el no haber nacido en suelo cubano lo inhibía en parte para adoptar drásticas posiciones?

El tiempo y la gesta histórica vivida en común —desde que el "Che" entrara a la casa de María Antonia— hermanó a esos dos hombres. La Revolución los sensibilizó y los aceró, a la vez. Ahora Fidel, entre viaje y viaje, se desvía cada vez que puede para visitar la residencia de Aleida March, la viuda de Guevara, e interiorizarse en cada detalle de la existencia de la familia.

Los niños juegan con él, entre risas. Ernestito lo notifica:

—Tú eres mi papá... Y yo soy el Che...

CAPITULO XVI

Vibra el timbre de la puerta de entrada y todo parece indicar que un fenómeno telúrico, quizás algo que escapa al control del hombre en este planeta, acaba de ocurrir. El departamento íntegro se llena con esta sensación nueva; el aire se detiene, y hasta los muebles del pequeño living y del comedor, donde se desarrolla la charla de sobremesa, pareciera que cambian de color y de forma. Entonces el dueño de casa, Darío Sainte Marie, se levanta lentamente de su silla, desde donde dirige el intercambio de ideas sobre la actualidad política nacional e internacional, y se dirige en pantuflas a abrir. Su encantadora mujer, Carmen, sabe que no es menester que ella se adelante a cumplir esa tarea, o que la empleada corra a abrirle al recién llegado. Todos, absolutamente todos, comprenden que desde ese instante comienza el rito de cada noche, en el cual Darío es el gran Pope, y que sería una herejía pretender hurtarle siquiera una milésima del deleite que va decantándose segundo a segundo.

Gira el mecanismo de la chapa y aparece el mismo personaje que llega cada noche a la misma hora. El dueño de casa y su esposa lo saben, como saben que en dos o tres minutos más arribarán los demás personajes que faltan. El desarrollo de la escena es archiconocido y podría deducirse que no hay razón alguna para que el ruido del timbre provoque tanta expectación. Ahí está, precisamente, el sortilegio, el embrujo. El rito se renueva con insospechado misterio. Bastarán tres minutos para que el número de visitantes cuotidianos se complete. Entonces, Darío, en robe de chambre y pantuflas, se dirigirá hacia un rincón del comedor, con la misma levedad que le empujó hacia la puerta de entrada, sólo que ahora los ojos van fijos, la mente concentrada al máximo. Nadie osará trizar esa abstracción, nadie producirá un ruido. Sería como tirar una piedra en el profundo pozo de una noria. En el rincón hacia donde él tranquea le espera la mesa plegable de dominó.

Alza el pequeño mueble con delicada ternura. Es un encuentro largamente esperado. Podría asegurar que el dueño de casa se excusa ante su vieja amiga: "Veinticuatro horas sin verte. No es mi culpa". Traslada la mesita al living y, atención: ¡ha llegado el instante!

El dominó, como el Nilo, nació en el viejo Egipto, lengüeteó las márgenes de la historia, fertilizó la lucha de los pueblos. Darío con la amplia bata, las puntas del cinturón rozando las pantuflas, da la impresión de ir vestido de "galabia", y de venir saliendo del viejo templo de alzados minaretes donde el "muecín" llama a la oración.

Mientras se desarrollan los partidos, la atmósfera seguirá igual. Pocas palabras, sólo las imprescindibles, y el

Gira el mecanismo de la chapa y aparece el mismo personaje que llega cada noche a la misma hora. El dueño de casa y su esposa lo saben, como saben que en dos o tres minutos más arribarán los demás personajes que faltan. El desarrollo de la escena es archiconocido y podría deducirse que no hay razón alguna para que el ruido del timbre provoque tanta expectación. Ahí está, precisamente, el sortilegio, el embrujo. El rito se renueva con insospechado misterio. Bastarán tres minutos para que el número de visitantes cuotidianos se complete. Entonces, Darío, en robe de chambre y pantuflas, se dirigirá hacia un rincón del comedor, con la misma levedad que le empujó hacia la puerta de entrada, sólo que ahora los ojos van fijos, la mente concentrada al máximo. Nadie osará trisar esa abstracción, nadie producirá un ruido. Sería como tirar una piedra en el profundo pozo de una noria. En el rincón hacia donde él tranquea le espera la mesa plegable de dominó.

Alza el pequeño mueble con delicada ternura. Es un encuentro largamente esperado. Podría asegurar que el dueño de casa se excusa ante su vieja amiga: "Veinticuatro horas sin verte. No es mi culpa". Traslada la mesita al living y, atención: ¡ha llegado el instante!

El dominó, como el Nilo, nació en el viejo Egipto, lengüeteó las márgenes de la historia, fertilizó la lucha de los pueblos. Darío con la amplia bata, las puntas del cinturón rozando las pantuflas, da la impresión de ir vestido de "galabia", y de venir saliendo del viejo templo de alzados minaretes donde el "muecín" llama a la oración.

Mientras se desarrollan los partidos, la atmósfera seguirá igual. Pocas palabras, sólo las imprescindibles, y el

ruido de las piezas del dominó cuando se revuelven o colocan. Todo está bien. Y mucho mejor estará si el dueño de casa obtiene victorias seguidas. Si la diosa del juego le es adversa, se pondrá de mal genio, discutirá por cualquier nimiedad. Como los grandes maestros del ajedrez, podría desenvolver entera una partida hasta encontrar el instante preciso del error. Si las cosas no se dilucidan con transparencia, levantará la voz, se tomará la cabeza a dos manos, se paseará alrededor de la mesa exteriorizando su irritación. Cuando recién llegó a ocupar ese departamento, los vecinos sentíanse extrañados, hasta reclamaron a la policía temiendo que allí se estuvieran incubando quizás que tremendas conspiraciones. Luego se familiarizaron. Aproximándose la hora del dominó, el comentario corre por los pisos cercanos:

—Cuidado, va a empesar el partido de don Darío...

En pijama y pantuflas, Darío Sainte Marie ha dado forma a una empresa periodística que ha trazado nuevos rumbos al periodismo criollo y se ha transformado en una herramienta que pesa en la política chilena. Cual más cual menos, los partidos políticos y sus militantes, están pendientes de lo que diga "Clarín". Darío es uno de los hombres más odiados en nuestro ambiente por los políticos tradicionales, pues Sainte Marie, con su seudónimo de "Volpone", reactualizó en Chile, quizás con mayor filo y penetración en el uso del idioma, las sangrientas polémicas de Sarmiento, Lastarria, José Joaquín Vallejos y hasta de Bello y Alberdi. Los que se quejan de la pluma de Sainte Marie han olvidado que el padre del periodismo nacional, Camilo Henríquez, no se andaba con chicas para fulminar al adversa-

rio. El creador de "Clarín" lleva la ventaja de conocer al dedillo la política criolla, americana y europea, en cuyos centros trabajó.

En los años de estudiante universitario estuvo ligado a los grupos anarquistas de la I.W.W., y a los veinte años de edad, en 1927, Pablo Ramírez, a la sazón Ministro de Hacienda del Presidente Ibáñez, lo nombró secretario suyo. Pronto pasó a ocupar el cargo de Subsecretario de Hacienda, interino, pues la edad le impedía desempeñarse en propiedad. Antes, a los 17 años, había sido ya reportero de "La Nación". Como Ramírez, hombre creador que no se detenía en minucias, no deseaba perder tiempo firmando a cada instante el papeleo que le llevaban, autorizó a Sainte Marie para que le imitase la firma. De ahí que el decreto que crea la Contraloría General de la República luce las firmas del General Ibáñez y de Darío Sainte Marie, que firmó por Pablo Ramírez. Igual sucedió con los decretos que reorganizaban las Aduanas, la Superintendencia de Bancos y la Superintendencia de Seguros.

La ley N.º 4.103 autorizó al Ejecutivo a declarar vacantes los cargos públicos. El gobierno quería reorganizar la administración, de suerte que veinte mil funcionarios fueron despedidos. Cada decreto tiene la firma de Darío Sainte Marie. El secretario de Pablo Ramírez tomaba asiento en una cafetería del centro, rodeado de listas de funcionarios, y mientras sopeaba el pan en la taza de té, iba confeccionando las listas de los despedidos y de los que entrarían a reemplazarlos. Don Arturo Alessandri, radicado en Europa, a la espera de los acontecimientos de su patria, comentó:

rio. El creador de "Clarín" lleva la ventaja de conocer al dedillo la política criolla, americana y europea, en cuyos centros trabajó.

En los años de estudiante universitario estuvo ligado a los grupos anarquistas de la I.W.W., y a los veinte años de edad, en 1927, Pablo Ramírez, a la sazón Ministro de Hacienda del Presidente Ibáñez, lo nombró secretario suyo. Pronto pasó a ocupar el cargo de Subsecretario de Hacienda, interino, pues la edad le impedía desempeñarse en propiedad. Antes, a los 17 años, había sido ya reportero de "La Nación". Como Ramírez, hombre creador que no se detenía en minucias, no deseaba perder tiempo firmando a cada instante el papeleo que le llevaban, autorizó a Sainte Marie para que le imitase la firma. De ahí que el decreto que crea la Contraloría General de la República luce las firmas del General Ibáñez y de Darío Sainte Marie, que firmó por Pablo Ramírez. Igual sucedió con los decretos que reorganizaban las Aduanas, la Superintendencia de Bancos y la Superintendencia de Seguros.

La ley N.° 4.103 autorizó al Ejecutivo a declarar vacantes los cargos públicos. El gobierno quería reorganizar la administración, de suerte que veinte mil funcionarios fueron despedidos. Cada decreto tiene la firma de Darío Sainte Marie. El secretario de Pablo Ramírez tomaba asiento en una cafetería del centro, rodeado de listas de funcionarios, y mientras sopeaba el pan en la taza de té, iba confeccionando las listas de los despedidos y de los que entrarían a reemplazarlos. Don Arturo Alessandri, radicado en Europa, a la espera de los acontecimientos de su patria, comentó:

—Ese cabro huevón ha nombrado más empleados públicos que O'Higgins y demás presidentes de Chile...

Todo duró hasta que al novel secretario se le ocurrió incluir en las listas de los que irían a la cesantía a un Gran Maestro de la Logia Masónica. El Presidente Ibáñez hizo llamar a los subsecretarios y secretarios, formados en fila. Quedó mirando a Sainte Marie, y con su característica parquedad y tacto de huaso, dijo solamente.

—Usted es muy joven todavía. Sería bueno que fuera a estudiar a Europa...

No había ni por qué ni para qué discutir. Había que liar los bártulos y partir. Darío es uno de los dos o tres hombres que mejor conoció la personalidad sorprendente del General Ibáñez, cuyos discursos podía escribir usando los mismos términos, expresando en forma fidedigna el pensamiento del Mandatario. Pero Ibáñez, ya lo dijimos, tenía la sabiduría del campo, el simple y maravilloso poder de penetración en la gente que le rodeaba, y el arte de expresar su aprobación o disconformidad con dos o tres frases lacónicas que rozaban el meollo del asunto. Cuando Darío regresó al lado del General, en su segunda administración, el Mandatario leyó en la Plaza de la Constitución un furibundo ataque contra el Congreso Nacional, que puso los pelos de punta a los políticos tradicionales. Sea porque el efecto conseguido no fue el anhelado, sea porque después el Presidente se arrepintió de lo dicho, el caso es que llamó a Darío a su oficina para expresarle que aquel discurso no había estado bien:

—Pero, señor —se extrañó Sainte Marie—, si lo escribí de acuerdo con lo que usted quería...

El Mandatario frunció el ceño, jugó con el lápiz entre los dedos:

—Sí, pero faltaban los sustantivos...

Con Carlos Dávila, Sainte Marie fundó la revista "Hoy", de agradable recuerdo, y durante varios años fue su editorialista. En 1934 dirigió "Zig-Zag" y, con Aníbal Jara, fundó el diario "La Hora". De 1938 al 42 fue editor del Latin American Departament de la Asociated Press. Con el mismo Dávila trabajó en Estados Unidos en diversas empresas periodísticas, así como cooperó con algunos gobiernos de Sudamérica, de donde arranca su amistad con el ex Presidente colombiano Alfonso López. En algunos pasajes de su existencia, le tocó encontrarse cerca de la familia Alessandri, pero el viejo don Arturo jamás le perdonó a Sainte Marie que, gracias a una jugada suya, fuera privado de su aspiración de postular de nuevo a la presidencia de la República, a la muerte de don Juan Antonio Ríos. Darío fue personaje central, artífice mejor dicho, de una maniobra que determinó el retiro de la postulación del viejo Alessandri en provecho de la candidatura de su hijo Fernando. Según Darío, el ex Mandatario tenía que disimular su irritación y evitar cualquiera réplica que pudiera mal interpretarse, pues estaba su hijo de por medio, pero en la intimidad no escatimaba los "garabatos" para referirse al actual propietario de "Clarín".

El General Ibáñez lanzó la idea de fundar la empresa "Clarín", proyecto en el que fue factor importantísimo. Sainte Marie guarda una inalterable gratitud hacia el Mandatario, cuya memoria venera y exalta, con justa razón, dado que, a medida que transcurre el tiempo, la figura del militar-

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

político se acrecienta. En esta actitud, de estrecha lealtad con el Presidente Ibáñez, lo sorprendió la administración de don Jorge Alessandri, de la cual fue un tenaz opositor, y hacia la cual apuntó los cañones de su ingenio periodístico y de su pluma mordaz, incisiva, cáustica. Alessandri contestó haciendo aprobar la Ley de Abusos de Publicidad, que el mismo "Clarín" tituló "Ley Mordaza", y que, junto a la Ley de Defensa de la Democracia, de González Videla, constituye el exacto binomio de la regresión dentro de nuestros blasones democráticos. El intento de algunos sectores políticos de llevar de nuevo al señor Alessandri a la Primera Magistratura, por supuesto que tiene en Sainte Marie y su diario un obstáculo bastante complicado, y lo será mucho más, en la tarea de gobernar, si el anciano ex Presidente logra su objetivo.

En una época en que el talento y vocación periodísticos son reemplazados por los cursos de las Escuelas de Periodismo, y en que ha aparecido una hornada de nuevos periodistas sin la chispa de los antiguos hombres de prensa, la personalidad de Sainte Marie surge como un islote, alejado de gremios, colegios periodísticos y capillas con mecanismo de socorros mutuos. Le basta su pluma, esgrimida sin piedad, para defenderse y atacar. Es difícil llegar a su intimidad, y son pocos los amigos que tienen el privilegio de verlo en las fragorosas batallas del dominó. A nadie perdona una pequeña transgresión de lo que él considera las reglas de la amistad, mucho menos si tal transgresión tiene algún parentesco con las fichas del dominó. El único que se permite opinar, en su presencia, que el dominó es un juego de bares y cantinas, es Luis Mandujano, hermano de Ma-

nuel, el antiguo y estimado dirigente del socialismo chileno. Entre Mandujano y Sainte Marie existe una amistad tan larga y cordial que es capaz de resistir los exabruptos del primero sobre un deporte que el segundo considera como el manjar del refinamiento intelectual.

Tanto su excepcional memoria como su cultura general hacen de sus artículos y de su charla, criollos platos apetitosos. Si de polémica se trata, se agitará, desenfundará adjetivos, imitará los gestos del contendor, se desplazará a gritos por la pieza y, en un segundo, inventará pintorescas y fantásticas historias que pondrán en el ridículo a sus oponentes, provocando la hilaridad general. Ya lanzado en el tobogán de la charla o la discusión, es difícil meterle alguna interrupción. De ahí que siendo amigos de muchos años con Joaquín Edwards Bello, también gran adepto de la charla sin concesiones, no se juntaban a menudo, pues nunca pudieron descubrir el método que reglamentaría sus encuentros.

Su padre fue don Pablo Sainte Marie Boirón, nacido en Chile, pero de padre y madre franceses. La madre, doña Dorotea Soruco Franco, boliviana, de Santa Cruz, descendiente directa de don José Antonio Franco, quien ganó las batallas del Parí y La Florida, con las que se aseguró la independencia de Argentina, y del Mariscal José Miguel de Velasco, dos veces Presidente de Bolivia, que comandó el ala derecha de Sucre en Ayacucho: el ala izquierda estaba a cargo de Páez.

El tatarabuelo de Darío ocupó el cargo de redactor de "Le Journal de Debats" en la era napoleónica, en París, y esa es la raíz de la vocación periodística de "Volpone". Sus

hermanos, Pablo y Osvaldo, también forman parte de la empresa "Clarín".

Termino la breve semblanza de este hombre puntualizando que sus partidas de dominó se inician, por lo común, a las nueve y media de la noche. Nadie intente comunicarse a esa hora con él por teléfono: nadie contestará.

Cuando Frei dio forma a su primer gabinete, incluyó como Ministro de Relaciones Exteriores a Gabriel Valdés Subercaseaux, descendiente por parte de padre y madre de familias de la rancia aristocracia chilena. Mirando los nombres del primer gabinete de Frei y deteniendo los ojos en la Cartera de Exterior, los antiguos parroquianos del Club de la Unión se tomaron un trago de whisky.

"Se trata de un hijo de Horacio . . .", pensaron, como celebrando por anticipado la conducta que seguiría aquel brote de la ramazón oligárquica que, de seguro, mantendría incólume la tradición y los blasones familiares. Sin embargo, cuando Gabriel Valdés empezó a hablar de la necesidad de crear una política en común con los pueblos subdesarrollados, de defender las materias primas, de mantener el principio de la autodeterminación de los pueblos, en el Club de la Unión se percibió un leve desasosiego. Los rancios aristócratas se afirmaron en el bastón a dos manos, cambiaron de posición las nalgas en la silla y se miraron extrañados.

—Déjenlo, no más. Es la comezón de los primeros días . . .

Pero la comezón continuó. Gabriel Valdés ha termino-

do por superar, en permanencia en el ministerio a su cargo, a todos los ministros que en la historia del país pasaron por esa repartición, y si bien su actitud no ha sido de extrema izquierda, la verdad es que nadie antes perfiló una política más clara respecto a cuestiones fundamentales de la etapa que vive la humanidad. A un gobierno como el chileno no se le puede exigir que rompa de inmediato con Estados Unidos, o que se desgañite vociferando solo contra los otros países del continente. No está en la mentalidad, en la conformación jurídica de los hombres que sustentan el poder en Chile.

Para apreciar si la política exterior del actual gobierno representa avances o no, quiero sólo recordar que Frei mantiene relaciones diplomáticas y comerciales con los países socialistas, que en el plano interamericano hemos rechazado la idea de la Fuerza Interamericana de Paz, así como hemos condenado el desembarco en Santo Domingo, y que Gabriel Valdés se las ha cantado muy claras, más claras tal vez que cualquier otro Ministro de Relaciones en la historia de la OEA a los norteamericanos. Y no se olvide la tradicional pusilanimidad y tacto oportunista de las cancillerías americanas. Cada vez que Argentina ha propuesto, de entrada, en las reuniones de cancilleres, la organización de la Fuerza Interamericana de Paz o la agresión a Cuba por parte de una acción militar conjunta, ha sido Gabriel Valdés quien se ha opuesto, por suerte con la oportuna y contundente cooperación de Brasil.

Antes de cada uno de mis viajes a La Habana, he conversado largamente con Gabriel Valdés. No hay duda que la idea de la reanudación de relaciones con Cuba le entu

siasma, lo que le da tema para completar la agenda cuando se entrevista con colegas del hemisferio que son de su completa confianza y que comparten sus inquietudes respecto al futuro de la familia latinoamericana.

En los rancios salones se empezó a hablar con irritación de Gabriel Valdés. Al principio poco menos que se aplaudían las diabluras "del hijo de Horacio", pero la verdad es que al mozo se le había pasado la mano. Del disimulo pasaron al odio, al desprecio, al desaire. Nada más profundo que el odio en las familias oligárquicas. La historia está poblada de ejemplos de hermanos, o primos, que protagonizaron actos de violencia inaudita, producto del odio que nació bajo un mismo techo, o de divisiones que separaron definitivamente a una misma familia. Pero Valdés no ha perdido ni el porte ni el tranco. Se trata de que posee todas las condiciones para un ministro de Relaciones en un gabinete democristiano que pretende innovar ciertas prácticas añejas. Guardándose en el bolsillo los planteamietnos doctrinarios de su partido, podría también, servir a maravillas junto a Luis XV o en la era napoleónica: domina idiomas, sabe de pintura, le encanta la música, y si le exigen mucho podría echar al traste el protocolo y repetir, garganta al vuelo, las romanzas que a dúo interpretaba en las mocedades con Dina Murúa, hermana de Lautaro, el famoso director de cine radicado en Buenos Aires. Es su ambiente ideal, entre artistas, entre especialistas de pintura, donde puede dar rienda suelta al enorme bagaje de conocimientos que posee.

Su madre, doña Blanca Subercaseaux, tenía aficiones literarias y publicó algunos libros con el seudónimo de Carmen Valle. Iba de exposición en exposición, descubría litera-

tos, cooperaba con los autores incipientes. Cierta mañana llegó al Liceo de San Miguel y tuvo oportunidad de conocer a la nueva directora. Se trataba de una mujer morena llegada del Norte Chico. Irradiaba un halo especial que no pasó inadvertido para doña Blanca. Decía que le gustaba leer, también escribir, pero que en este maldito Santiago no podía hacerlo, pues ni siquiera había conseguido una casa pasable donde habitar. Doña Blanca pensó que ella podría ofrecerle la solución y a los dos días la directora del Liceo, llamada Lucila Godoy, estaba instalada en el hogar de los Valdés Subercaseaux. La del diablo era que don Horacio tenía conceptos muy inflexibles respecto a los horarios, "cada cosa a su hora, y nada de decir a las ocho para empezar a las ocho y media, como acostumbran los chilenos". En aquel hogar reinaba la rigurosidad de las viejas casas patriarcales.

Servían la sopa y Lucila empesaba a charlar.

—Sírvase la sopa, Lucila —invitaba don Horacio.

La mujer asentía con la cabeza. Pero la charla la envolvía, como envolvía a los demás, con excepción de don Horacio. La charla era para Lucila una suerte de encantamiento. De sus palabras nacían personajes, tomaban forma paisajes, se enlazaban sentencias: lo dicho, un encantamiento. Don Horacio no flaqueaba:

—Lucila, se le va a enfriar la sopa...

La sopa se enfriaba. Don Horacio llamaba a la empleada:

—Levante la sopa de Lucila y caliéntela en la cocina...

El plato regresaba de nuevo casi hirviendo, pero las palabras de la maestra volvían a rielar sobre el líquido, espol-

voreando lentejuelas que se mezclaban con las vaharadas de calor.

La vez que conté esta anécdota a Neruda, el poeta sonrió:

—Sí, exactamente, ésa era Gabriela Mistral. Se le enfriaba la sopa charlando . . .

Doña Blanca puso en contacto a Lucila con don Carlos Errázuriz y su esposa, doña Carmela Echeñique, matrimonio que a la postre fue el gran artífice del Premio Nobel para Gabrieal Mistral. Ellos tomaron la empresa con tal ahínco que dedicaron años de su existencia a interesar gobernantes, juntar antecedentes, recopilar documentos. Gabriela lo reconocía y jamás lo olvidó. La última vez que vino a Chile se hospedó en casa de Olaya Errázuriz, hija de sus viejos amigos y esposa de Radomiro Tomic, de quienes ya era comadre por amadrinar a uno de sus hijos.

Por cualquiera de las dos ramas de los Valdés Subercaseaux uno puede remontar la historia de Chile y encontrarse con personajes inverosímiles, como aquel Urmeneta, por ejemplo, que sirvió de aval al Estado chileno para comprar en Londres los dos cruceros que influyeron en el resultado de la Guerra del Pacífico y quien, de fabulosamente rico después de explotar algunas minas del Norte Chico, cayó en la peor miseria, cateando nuevas vetas montado en burro, hasta reencontrar el filón que le devolvería la grandeza y el poder. Entonces, olvidándose de su condición de gran financista, equipó un barco, del cual fue su capitán, y puso proa a Tahití, donde una princesa polinésica lo amó ardientemente y esperó toda su vida su regreso.

En casa de Valdés aguarda su llegada Graciela Souble-

te, que a más de esposa del canciller, dirige un conjunto de música de cámara antigua con el que ha recorrido Europa y parte de América, recibiendo elogios de la crítica y aplausos de los públicos. Es raro encontrar una mujer tan culta, graciosa, cordial y sencilla como Graciela.

Y no sigo porque el capítulo se transformaría en una cajita de música, cuando lo que me propuse fue escribir sobre un serio y reposado Ministro de Relaciones Exteriores.

Aniceto Rodríguez, actual Secretario General del Partido Socialista, no sólo tiene a su favor una excepcional capacidad de trabajo y un sentido especial de organización, sino que su figura se atiene rigurosamente a las exigencias que, de haberlas, se plantearían al dirigente máximo de un partido popular. No se trata de que recuerde al criollo cargador de papas en la Vega Central, ni al peón que desparrama la gravilla en la vía férrea. No, nada de eso. Rodríguez, en funciones de senador, es una figura respetable, por donde se le mire. Las canas, por un lado, el bigote por otro, y una manera sobria y a tono con sus características físicas, ponen al senador Rodríguez por encima de cualquiera de los parlamentarios que entran al Congreso Nacional con excesivas ínfulas. Lo que deseo decir es que Aniceto, cualquiera sea el atuendo que se eche encima, despierta la simpatía del pueblo. Cualquier trabajador a su lado lo mira instantáneamente como a un compañero. Su figura rezuma el espíritu mejor del roto chileno; su forma de hablar, si bien correcta en el decir, acorta distancias entre él y el interlocutor modesto.

Cualquiera al verlo sabe que bien podría sentarse junto a las brasas a devorar un trozo de "plateada" bien dorada, o a vaciar lentamente un vaso de chacolí doñihuano.

Esta condición le ha servido mucho, sin duda, en sus trabajos de organización del partido. Creo, por lo que he conocido de la vida interna del socialismo, que es el militante con mayor capacidad para levantar cuadros donde no los hay. En 1948, por ejemplo, militábamos juntos en el Partido Socialista Popular. La otra fracción del socialismo había seguido a Bernardo Ibáñez y a Juan Bautista Rossetti y colaboraba con el gobierno de Gabriel González Videla. Nosotros éramos un grupo de muchachos saturados de optimismo, cuyo líder era ese joven Ampuero que, al decir de muchos compañeros, llegaría a las más altas cumbres de la política nacional. Luchábamos contra el gobierno radical y su política represiva. Nuestro Comité Central consideró que en Santiago había que reforzar los núcleos y brigadas que, en la práctica, casi no existían: la mayoría había seguido a los oficialistas. Entonces se optó por designar Secretario Regional a Aniceto Rodríguez.

Rodríguez, como siempre lo hiciera, empezó su trabajo de hormiga. Le conocían sólo los antiguos militantes de la juventud, lo que no fue inconveniente para que pronto contáramos con la organización suficiente como para obtener un diputado en la capital. El mismo Aniceto entró a la Cámara en 1949 por Santiago. Formábamos una brigada parlamentaria de seis diputados: Astolfo Tapia, Alejandro Chelén, Simón Olavarría, Efraín Ojeda, Estenio Meza y yo. Al frente, en bancadas que copaban el hemiciclo, tomaba colocación el gobierno; radicales, liberales, conservadores. Fue

un período agitado, uno de los más agitados que ha tenido el Parlamento. González Videla gobernaba con la Ley de Defensa de la Democracia, con Facultades Extraordinarias y con esa abrumadora mayoría parlamentaria que aprobaba en el acto cuanta ley enviaban desde la Moneda. Allí, entre otras cosas, y rodeados por los tanques de la policía, el Congreso aprobó a las tres de la madrugada el Pacto Militar con los norteamericanos. El Presidente de la República sostenía que la tercera guerra mundial era inevitable, a corto plazo, y que debíamos formar filas junto a los yanquis. Cortó bruscamente las relaciones con soviéticos y checos y expulsó del país a sus diplomáticos. Nosotros, los seis diputados socialistas populares, nos enfrentábamos a aquel clud gobiernista: cerca de ochenta diputados, disciplinados en la Concentración Nacional. Cooperaban con nosotros los catorce diputados del Partido Agrario Laborista, la mayoría novatos en las prácticas políticas, que ya se insinuaban como sostenedores de la futura candidatura del General Ibáñez. Fue una etapa heroica, sudorosa, sacrificada, pero realmente hermosa. En la primera sesión de trabajo del período, se trató la crisis del cobre, cuyo precio había bajado de improviso en el mercado mundial. Mis compañeros consideraron que yo debía intervenir a nombre del partido, por ser representante de una provincia minera. Así lo hice. Me engolfé en una batahola de los mil demonios con la bancada del gobierno, a la que pinché sin compasión, sin perder de vista al polemista sentado en el sector destinado a los ministros: Jorge Alessandri. El señor Alessandri ocupaba la cartera de Hacienda y había sido enviado a explicar la posi-

ción del Ejecutivo frente a la debacle de los precios de nuestro cobre.

Yo era uno de los diputados más jóvenes de la Cámara, y con la mayor vehemencia juvenil y la pasión revanchista por la persecución y los días de cárcel que me brindó el gobierno de González Videla, atribuyéndome una huelga de los tres minerales del cobre, trabajé en la campaña presidencial del General Ibáñez, una vez que mi partido acordó apoyarlo, con verdadero entusiasmo. Fui por Chile entero ocupando tribunas, acompañando al candidato, organizando cuadros, protagonizando actos espectaculares como la marcha del "Batallón de la Montaña", formado por los mineros de El Teniente que avanzaron por las sinuosidades de la cordillera de caserío en caserío. Ya triunfante, el Presidente electo me designó Ministro del Trabajo. Entonces cometí el gran error típico del político incipiente que aún no dominaba los vericuetos de la política criolla y que, mucho menos, había logrado aún orientarse en la sorpresiva personalidad del General Ibáñez.

Sabedor que el nuevo gobierno tendría fuerte oposición hasta en el interior de mi propio partido, y como, de acuerdo con las conversaciones con el General, estaba convencido que transformaríamos el país de una sola plumada, opté por ponerme al margen del Partido Socialista Popular. Alimentaba la idea de que una vez que realizáramos la tarea que nos habíamos propuesto, especialmente en el Ministerio del Trabajo, podría regresar a mi partido explicando con hechos mi determinación. Antes que el nuevo ministerio jurara, alguien fue donde el futuro Presidente y le sopló al oído: "Tenga cuidado con Baltazar. Hará con la cartera del

Trabajo lo mismo que hizo Perón en Argentina con la Secretaría de Trabajo y Previsión". Bastó. Me quedé sin ministerio y sólo me compensó el hecho de que al presentarme de candidato a diputado por O'Higgins, tres meses después, obtuve la primera mayoría proporcional de Chile.

Desde entonces observo a distancia todo cuanto sucede en el Partido Socialista. A veces nos alejamos, a veces nos acercamos. En 1954 ó 55 teníamos todo dispuesto para unirnos con la fracción socialista que dirigía Salvador Allende, dentro del Frente del Pueblo. Entonces se me apersonó Volodia Teitelboim, a nombre de la dirección nacional del Partido Comunista y nos solicitó que no diésemos tal paso, pues su partido, todavía en la ilegalidad, necesitaba contar con buenos aliados en su lucha contra las leyes represivas.

En 1963 y 64 trabajamos con ahínco por la postulación de Allende a la Primera Magistratura. De acuerdo a la mecánica que imperaba dentro del Frente de Acción Popular me correspondía ocupar la presidencia del bloque. Ya la prensa lo había anunciado y muchos militantes de la izquierda lo deseaban. De improviso todo cambió. El Secretario General del Partido Comunista, Luis Corvalán, me confidenció: "Pasa que el senador Ampuero nos ha explicado que tiene dificultades dentro de su partido, susceptibilidades en contra nuestra. Dice que si ellos toman la presidencia del Frente de Acción Popular, como el candidato es socialista y el Generalísimo de la campaña también lo es, las bases se aquietarán". Los comunistas estaban de acuerdo en colaborar con Ampuero y a mí me echaron por la borda. Creo que a eso también ayudaron mis violentos ataques en contra del señor

Alessandri y mi tenaz oposición a estimular los contactos con la candidatura de Julio Durán.

La capacidad de odio entre los militantes de la izquierda sólo tiene parangón con el odio entre las familias oligárquicas. Un partido o militante de izquierda puede hacer una concesión o brindar una sonrisa al más empingorotado exponente del enemigo tradicional, pero jamás buscará una palabra más suave para referirse al compañero de ayer, aunque éste posea una moral indiscutible. Esto explica por qué la izquierda vive destrozándose. Esta corriente de desconfianzas mutuas, de odiosidades, ha sido el pasado común de comunistas y socialistas. Los jóvenes de ambos partidos iniciaban su actividad partidaria teniendo en cuenta que al otro partido marxista había que despreciarlo con todas las fuerzas, herirlo en cada oportunidad, calificarlo en cada esquina de traidor a la clase trabajadora. Los últimos años de unidad, las declaraciones de los dirigentes, los pactos electorales, los acuerdos numerosos de los Congresos internos, todavía no bastan para "esponjear" cuanto se ha dicho y escrito. Y nada deseamos más que ver una juventud de izquierda cordial y comprensiva, pronta a practicar una auténtica e integral unidad para realizar la revolución que tanto se pregona y necesita.

Hacer gobierno cuando los aliados todavía tienen sangre en el ojo, es correr el riesgo de retroceder cincuenta años en la marcha del movimiento popular.

Las nuevas promociones del socialismo, en las que siempre estuvo Aniceto Rodríguez a la vanguardia, han debido luchar cargando el lastre de los primeros años del socialismo criollo. Al triunfar Pedro Aguirre Cerda, con el Frente

Popular, en 1938, vino la ascensión al gobierno del Partido Socialista. Quedaba atrás la etapa romántica de la Revolución Socialista de Marmaduque Grove. Ahora se participaba en las responsabilidades del gobierno y del presupuesto. El socialismo se desintegró moralmente con velocidad pasmosa. Y presentó un blanco magnífico para el ataque, pues muchos de sus dirigentes se metían la doctrina en el bolsillo trasero del pantalón para quedar con ambos manos libres, hundidas hasta el codo en el caldo gordo de la "repartija" y el negociado. Los jóvenes que vinieron, encabezados por Raúl Ampuero, tenían que actuar llevando ese cascote sobre sus cabezas.

De otro lado, no éramos ajenos a la pugna entre las Internacionales Socialistas. Los socialistas eran tildados de trotzkistas, de "ganchos" del imperialismo, de renegados. La enorme masa de literatura dirigida a condenar cuanto llevase al apelativo de socialista en Europa, no podía dejar de atravesar el océano. El socialismo chileno tuvo también que cargar con su correspondiente lonja en la repartición de epítetos de corte internacional que caracterizaban las relaciones de los organismos marxistas del viejo continente.

No ha sido fácil el camino andado por el socialismo chileno. De ahí que me inclino a no insistir en las debilidades que todavía exhibe, y que tienen su punto culminante en la organización sindical, en la burocratización de sus funcionarios, en el electoralismo practicado en los sindicatos y las municipalidades y el Parlamento. Le salva su apasionado anhelo de hacer bien las cosas en el plano de la revolución que pregona. Es de esperar que no transcurra demasiado tiempo antes que se desprenda de esas rémoras.

De mis años de experiencia en la política chilena y de mis viajes, de mis observaciones de los procesos sociales y políticos en cada continente, he concluido, como mucha gente de izquierda de este país, que es necesario que aquí contemos con un gran Partido Socialista. Un partido ágil, sin ripios, disciplinado y, sobre todo, permeable a los fuertes vientos que hoy azotan los pueblos y doctrinas. Aniceto puede ser factor importante en la creación de ese gran partido de duros músculos y ancha visión. Le ayudan su capacidad de trabajo y su facha de hombre de Chile. Si se pone un sombrero de huaso y monta en criollo jamelgo, nadie dudará que se trata de un capataz de fundo más cercano a la peonada que al patrón; si se encasqueta una visera negra y se para junto a la línea férrea, a nadie le cabrá duda que se trata del jefe de estación de un pequeño poblado, o el cambiador, o el banderista; si empieza a ascender las escalas del campamento minero, con el paquete de la "choca" entre manos, con seguridad que pronto estará en el socavón poniendo la pequeña lengua de fuego en la punta de la guía, preparando la "tronadura". En fin, hasta cuando se empotra los serios lentes y desenvuelve los documentos que le servirán para apuntalar su discurso en el Senado, uno sabe que ese hombre es un personaje auténtico del Chile que sueña, vibra y lucha. Su figura deambula por los caminos de la patria, por las fábricas, por el litoral o frente al santuario de la Virgen de Pelequén pagando la "manda" por el milagro que le hizo la santa.

Como no soy hombre de rencores, escribo estas líneas con mucho agrado para enaltecer a otro hombre que, a través de toda una vida y de mil pequeños gestos, me demos-

gró que las negras aguas no lo han encenegado. Y le deseo a su partido los éxitos y victorias que el país necesita de él.

La sesión está por empezar. Faltan sólo algunos minutos y los senadores buscan sus bancas, se sientan, revisan los papeles que los funcionarios les han dejado sobre los pupitres y que se refieren a las materias en tabla, y se aprestan para el trabajo legislativo. Entonces aparece en la puerta la señora Julieta Campusano, hace una pequeña venia a empleados y senadores y se encamina hacia su sector, donde le esperan sus compañeros senadores del Partido Comunista. Se trata de una mujer que llegó a dominar la sobriedad a tal punto que ni el menor pliegue en su vestido de dos piezas ni el más mínimo detalle podría delatar que doña Julieta, antes de venir al Senado, se preocupó del atuendo femenino. No se trata de que vista mal; por el contrario, resulta agradable al ojo censor comprobar que esa mujer, modesta y sencilla, llegó a crearse una personalidad propia con sólo prolongar, por años, la armonía de la sobriedad.

De regular estatura, vigorosa, mirada serena y fija, sin derroche de sonrisas, pero con el gesto suave, diríase que se trata de una matrona del viejo teatro español. Es fácil imaginársela entrando al hemiciclo enfundada en largos vestidos cuyas plantas barren el alfombrado, con el pelo liso, prolijamente peinado, y cayendo de la frente velos vaporosos que acentúan el misterio de los ojos imperativos. Pero en tal caso uno esperaría que doña Julieta, al hacer uso de la palabra, utilizaría una penetrante voz de tiple con la que

estremecería los tímpanos del auditorio. Por el contrario, la senadora Campusano, cuando solicita ser oída, se expresa sin retórica ni metáforas, pronuncia lo esencial para tocar el problema que le interesa, pincha al adversario sin regateos; pero todo, la voz, la agresión, el adjetivo, todo impecablemente sobrio y mesurado. Hasta cuando llama la atención de su colega de representación por Coquimbo y Atacama, Ignacio Palma, democratacristiano, hay en su gesto la autoridad de la nodriza que le da un coscorrón en la cabeza a su pupilo.

—¡Acuérdese, pues señor Palma, de lo que dijo en la plaza de Copiapó!

Pero el señor Palma no desea acordarse ni de Copiapó, ni de Vallenar, ni de La Serena. Continúa enredado en sus argumentos, se exalta tratando de convencer a quienes le oyen. De nuevo le interrumpe la voz serena, pero sonora de autoridad:

—¡Acuérdese, pues, señor Palma!

El señor Palma vuelve la cabeza hacia la banca de doña Julieta. Ahí están los ojos de ella, fijos, penetrantes, ahora tras unos anteojos pequeños, de débil armadura, advirtiéndole que debe recordar lo que ella desea que no olvide.

—¡Recuerde, señor Palma!

El senador democratacristiano no podría alzarse contra esos ojos y opta por recogerse sobre sí mismo, abandona el uso de la palabra, vuelve la cabeza para el otro lado y se sume en sus pensamientos, como queriendo castigar con el olvido a esa mujer que le controla los pasos hasta en su propia tierra.

Doña Julieta, entonces, aprovecha para examinar con sus colegas de partido los asuntos a discutir.

—Ahora viene la indicación para los compañeros del Seguro, Víctor. Hay que estar atentos...

Víctor Contreras se rasca la cabeza. Ha hecho cerca de veinte intervenciones defendiendo indicaciones al proyecto en debate, pero le queda la que se relaciona con los jubilados del Servicio de Seguro Social. Por supuesto que no fallará: podría estar semanas haciendo uso de la palabra para defender sus indicaciones que favorecen a los gremios. Además, ahí al lado otea la presencia de doña Julieta:

—Hay que estar atentos —recomienda ella de nuevo.

Doña Julieta no se mueve de la sala: no se le escapará ni un detalle de la sesión. Volodia quisiera salir a tomar el té con unos escritores que han venido a verle; Víctor Contreras daría cualquier cosa por arrancarse al Estadio Nacional porque esa tarde juega la Universidad de Chile, de la cual es hincha, a pesar de que los comunistas de Tocopilla a menudo le llaman la atención dado que los nortinos son, en su mayoría, adictos al Colo Colo; pero en la sala permanece doña Julieta, atenta al itinerario de la sesión, y no estaría bien que la dejaran sola, abandonada por sus compañeros de partido, sujeta a los vaivenes bruscos que en un momento dado puede adquirir el debate.

Julieta Campusano pertenece a esa promoción de viejos comunistas con una recia experiencia en su hoja de lucha. Hija de un obrero de la Chile Exploration, compañía propietaria del mineral de cobre de Chuquicamata, y de madre lavandera, nació en Coquimbo en 1918. Su infancia transcurrió en Tocopilla, donde el progenitor, Eleodoro Campu-

sario Contreras, fue detenido en 1924 por la policía del gobierno del Coronel Ibáñez, por su actividad sindical. En Tocopilla había conocido a Luis Emilio Recabarren. La familia se trasladó a Copiapó, donde Julieta entró a trabajar en una panadería, como cajera, para ayudar al sustento del hogar. En 1937 trabajó en Coquimbo en una casa de compraventa y en una fotografía. En 1938 en una pulpería de Potrerillos. Allí ingresó a la juventud comunista. En 1942, en Coquimbo, conoció a un periodista del diario popular "El Progreso" y contrajo matrimonio con él, y un día cualquiera sin trabajo y sin plata, arreglan sus bártulos y parten a Santiago. Aquí Julieta recorre todos los escalones de la jerarquía interna del partido: organizadora de cuadros femeninos, activista del Comité Regional; integrante de la Comisión Femenina. En 1944 fue incorporada al Comité Central y en 1947 elegida regidora por Santiago. Años después, diputada por el segundo distrito de la capital, y en 1964 senadora por la circunscripción de Coquimbo y Atacama.

En octubre de 1947, en avanzado estado de embarazo de su segunda hija, la policía de González Videla la sacó de la casa a las cuatro de la madrugada, para llevarla primero a una comisaría y luego a la Escuela de Carabineros. Ahí se agudizaron los dolores del parto que se habían advertido ya en la casa. Los detenidos organizaron una protesta de viva voz, en solidaridad con Julieta. La superioridad policial accedió a llevarla a una maternidad, donde dio a luz. Permaneció diez meses detenida en su hogar, logrando que se postergara la orden de relegación a Ultima Esperanza.

Eran tiempos heroicos. El Partido Comunista aparecía como el luchador pequeño que saca fuerzas imposibles pa-

ra enfrentar a todo el aparato estatal lanzado en su persecución. Los amigos de antes se escabullían para no comprometerse; y algunos compañeros de jornadas recientes abiertamente los traicionaban. Yo venía saliendo de las filas de la juventud socialista, donde nos habían cultivado en el viejo odio a los comunistas, y había presenciado las grietas internas de mi partido, porque los anticomunistas rabiosos deseaban colaborar con el brazo de González Videla que se levantaba, cuchillo en mano, para cercenar el pescuezo de las huestes de Ricardo Fonseca. Nosotros los jóvenes, nos resistíamos a eso, a pesar de los rencores acumulados por años. Así se generó una nueva división del socialismo. Unos ingresaron al gobierno, encabezados por Bernardo Ibáñez y Juan B. Rossetti; nosotros, dirigidos por Raúl Ampuero, nos quedamos en la oposición de izquierda. Formábamos un grupo pequeño, sin medios económicos, acosados por el oficialismo, encontrando la solidaridad y simpatía de los comunistas en los esporádicos instantes que permitía la ilegalidad y persecución de los camaradas de Julieta Campusano.

Jamás olvido la impresión que me causó en la cárcel de Rancagua la escena de unos obreros traídos amarrados de Sewell y que eran sacados a la calle, camino a la estación de los ferrocarriles, para ser embarcados con rumbo desconocido. Los hombres esperaban que se abrieran las puertas de rejas formados en filas de a dos y uncidos por las muñecas. Ninguno sabía lo que le esperaba, pero permanecían altivos, casi alegres, y a menudo gritaban vivando al Partido Comunista. Yo había ido al recinto penal a realizar una diligencia. Me quedé observando a estos hombres. En mis años de inquietudes juveniles no había tenido

la oportunidad de presenciar una conducta de tanta hombría, de tal cariño por su organización. Fue tan profunda la emoción que me embargó que esas imágenes las trasladé, años después, a las páginas de mi libro "Mi Camarada Padre". Quien lo haya leído recordará que la novela termina cuando "mi camarada padre", amarrado al brazo de un compañero, es sacado de la cárcel de Rancagua para ser llevado, en tren, a un destino preñado de incertidumbres.

Después de esa incidencia atravesé la calle donde está ubicado el penal para visitar el negocio que poseía un amigo comunista, que había logrado librarse de las redadas policiales. Le relaté lo que había visto, la impresión que me causó, y le aseguré que después de aquello no podía continuar alimentando el anticomunismo que habíamos practicado en calles y plazas los muchachos socialistas.

En 1949, luego de ingresar a la Cámara de Diputados, conocí a don Elías Lafertte, de quien he hablado en innumerables páginas. No había perdido su calidad de senador porque su período duraba cuatro años más: Neruda, el otro senador comunista, andaba prófugo, perseguido por la represión. Lafertte y yo nos encontrábamos a menudo en giras por el país, denunciando la ignominia del régimen policial de González Videla. Nos hicimos grandes amigos, a pesar de la diferencia de edades. Creo que es uno de los personajes más interesantes que ha producido la causa popular en Chile; su calidad moral, digna de su viejo compañero Luis Emilio Recabarren.

Con don Elías, con Neruda, con Corvalán y otros, fuimos a agradecerle al General Ibáñez la derogación de la

Ley de Defensa de la Democracia y la reincorporación a la legalidad del Partido Comunista, trajines en los que jugué una parte no pequeña. Como me correspondió hacer las representaciones, frente a Lafertte, yo dije:

—General, usted conoce a don Elías, ¿no?

Rieron y se estrecharon la mano. El Coronel Ibáñez en 1924 tuvo preso a Lafertte y luego lo deportó a la Isla de Pascua. ¿Para qué recordar?

Vueltos a la legalidad, los comunistas no tenían casa, ni oficinas para el diario "El Siglo". Los que nos habíamos salido del Partido Socialista poseíamos la casa del Partido del Trabajo, nuestra nueva tienda política. Allí se instaló "El Siglo" hasta que soplaron vientos mejores. También en nuestra propia casa trabajó el Primer Pleno del Partido Comunista, ya a la luz del día y reincorporado al Registro Electoral. Los diarios publicaron una foto a grandes caracteres en que aparecemos don Elías y yo, cambiando ideas sobre el Pleno que se iniciaría en algunos minutos, según el periodista. La verdad es que en ese momento yo le estoy diciendo al viejo líder obrero: "¿Qué le pasó a la Católica con el Colo Colo?" Don Elías era hincha del equipo de fútbol de la Universidad Católica, pues allí jugaba un yerno suyo. Jefe ejemplar de hogar, como lo era, consideraba su deber sufrir por el mismo equipo que cada domingo acaparaba la atención de su hija, pendiente del Estadio donde actuaba su marido.

Se han ido muchos años desde entonces. El halo romántico que flotaba sobre el Partido Comunista se ha transformado en seguridad en el andar, en ramazón organisativa poderosa. Los comunistas volvieron a ser mayoría en la Central Unica de Trabajadores, florecieron en la Universi-

dad, constituyen el partido mayoritario del Frente de Acción Popular, juegan papel fundamental en la política chilena, y sus funcionarios recorren el país perfeccionando la formación de nuevos cuadros y el mejoramiento de los ya existentes. En los años de la persecución y los inmediatamente posteriores, la juventud y los intelectuales especialmente, sentían el vértigo de la atracción del Partido Comunista. Acercarse a él era como una empresa de suspenso, entre la poesía y la muerte, entre el pasado y el futuro revolucionario. Los críticos de hoy del Partido Comunista sostienen que todo aquello es cosa del pasado y que ahora los jóvenes vibran con distintos estímulos que los empujan a nuevas empresas románticas. Quizás.

En lo que a mí respecta, a menudo salgo, pluma en ristre, a echar un cuarto a espadas por ellos y por el pueblo de la Unión Soviética, cuyo papel en la historia de la humanidad nadie puede ignorar y cuya cordialidad no olvido. Pero ya no es como antes: algo se ha trizado, si bien estoy seguro que nos acercará siempre nuestra condición de inexpugnables antiimperialistas. Y si en las nuevas empresas tácticas que se trazan no les va bien del todo, yo ya no estaré en el Parlamento, ni tendré partido político a mi lado ni contaré tampoco, pues, con sede social que ofrecerles. Permanecerá mi hogar a su disposición. Y lo digo desde ya, porque esta endiablada política chilena nadie sabe dónde amanecerá cada día.

Volviendo a doña Julieta, me resta por agregar que ella se nutrió con la vieja savia comunista: con el espíritu de lucha de Recabarren, Lafertte, Galo González, Chacón Corona. No la he visto vacilar jamás ante nada. La sencillez

de sus gestos, la fluida suavidad para desplazarse en el medio que sea, la sobriedad sin aristas que le caracteriza, nos hacen recordar esa condición humana tan especial de don Elías, esa como imperceptible distinción de la clase obrera, esa seguridad en el tranco que es producto de muchas lecturas, de gran seguridad en las ideas, y de haber palpado en carne propia la dureza de la lucha por el pan de cada día.

CAPITULO XVII

Lejos quedaron los días grises de Moscú, cuando yo me debatía en el aislamiento lingüístico más impenetrable, si bien asistido por las hermosas muchachas que se habían graduado de médico o estaban por recibir el título. Las recuerdo a todas. Más que nada por lo difícil que me resultaba averiguar sus nombres. Yo preguntaba:

—¿Natasha?

—Niet . . .

—¿Tamara?

—Niet . . .

—Ola . . .

—Da . . . da . . .

Luego me las ingeniaba para hacerlas cantar "Noches de Moscú", esa canción que en la voz pastosa de los rusos adquiere inexpresables tonalidades románticas. Aquellos eran los momentos en que me olvidaba de las ausencias y las lejanías. Todo ha pasado. Nellie sigue soñando con Vara-

dero, el idílico balneario de Cuba, del cual le hablo a menudo, y me pregunta siempre si sería correcto que nos fugáramos de nuevo, ahora hacia el Caribe.

Y de nuevo ello me coloca ante el precepto constitucional que se refiere a la conducta pública y privada de los senadores de la República. ¿Puede un senador fugarse con una mujer al extranjero? ¿Hasta qué punto le está vedado olvidarse de las responsabilidades que le rodean, de la gravedad del cargo, para sumergirse en las dormidas aguas de unos ojos verdes prometedores de interminables tardes de amor?

Como el lector ya se habrá dado cuenta, a cada minuto me ocurren nuevos accidentes, si accidentes se pueden llamar los barquinazos que mi existencia ha venido dando de año en año. Si me apronto a explicar en qué paró mi fuga a Europa con Nellie Wemyss, antes debo perderme en una maraña de personajes y hechos de la política nacional e internacional, maraña tan tupida que cuando salgo al lado opuesto, tengo que preguntar: "¿Dónde estás, Nellie?"

Por otra parte, resulta que a estas alturas del libro ya no soy senador. ¡Al diablo la Constitución, el protocolo, la gravedad republicana! Ahora puedo ir de la mano con Nellie por las calles de mi pueblo y, si hace falta, besarnos a la vista y paciencia de los más graves ministros que vigilan la buena marcha de nuestras instituciones republicanas.

¡Entonces vámonos, Nellie, vámonos a Cuba! Aquel es un país que está bastante cerca del paraíso, con su flora de un verde rabioso, y con su sol tonificador. Y luego el mar, de aguas quietas, sin sobresaltos, el agua como un espejo

y la arena fina y alba, como colchón de harina, resbalando bajo las plantas de los pies.

Cuba tiene cerca de 110.000 kilómetros cuadrados; perla del Mar de las Antillas, la separan 150 kilómetros de los Estados Unidos. Como un pontón anclado, sirvió de base para preparar la conquista ibérica del resto del continente americano. Hernán Cortés salió de sus puertos para avasallar el Imperio Azteca. En sus costas iniciaron el viaje las naves de Hernando de Soto, al emprender la conquista de La Florida. En Cuba se cruzaban los navíos de todas las Indias; los bajeles que se dirigían a la Madre Patria con las fabulosas riquezas del Nuevo Mundo. En 1516 España autorizó a Cuba para construir embarcaciones: en 1590 La Habana pasó a ser el primer centro de construcciones navales de las Antillas. Apetecida por otras potencias mundiales, dada su importancia estratégica para el comercio, fue invadida por los ingleses después de dura lucha, y devuelta, posteriormente, a España, a cambio de la posesión de La Florida.

En la era precolombina la isla estaba habitada por los indios guanahatabeyes y ciboneyes, quienes vivían en la etapa del comunismo primitivo. Los españoles trajeron el Estado y demás instituciones europeas, como la esclavitud, la Iglesia Católica y el ejército, para que defendieran los privilegios de las clases dominantes.

Cuando la vieja sociedad organizada sobre la base de la esclavitud de indios y negros, entró en contradicciones con la nueva burguesía, se insinuó la tirantez entre ambas y se crearon las condiciones para que brotaran las primeras manifestaciones de independencia. El 10 de octubre de 1868, Carlos Manuel de Céspedes, propietario del ingenio azuca-

rero "La Demajagua", declaró libres a sus esclavos y proclamó, por vez primera, la independencia de Cuba, acto que se conoce como "El Grito de Yara". Desde entonces, hasta 1898, fecha en que los ejércitos cubanos ven frustradas sus aspiraciones de obtener una victoria definitiva sobre España debido a la intervención de Estados Unidos, los patriotas cubanos vivieron una dilatada y heroica epopeya hasta conquistar la libertad anhelada y alejar la pesadilla terrible de la esclavitud.

La vida de los conductores e inspiradores de esa independencia colma de asombro y admiración a cualquiera. Empezando por Céspedes, habrá que seguir con Máximo Gómez, con el genio diáfano e inspirador de José Martí, y con la figura rayana en la novelería de Antonio Maceo, cuyo coraje combatiente iba a la par de su ancha visión para entender la parte decisiva que jugaba el pueblo en la gesta guerrera y en la perspectiva para construir la independencia al margen de las oligarquías y del imperialismo.

A punto de echar al mar a los colonialistas españoles, en 1898, los Estados Unidos se hicieron presentes. Esgrimieron el pretexto de que venían a colaborar con la lucha de los cubanos. En realidad, lo que ambicionaban era quedarse en la isla, de la que se retiraron, pero dejaron un mecanismo diabólico —la Enmienda Platt—, disimulada entre los cañaverales, entorpeciendo la economía local y regulando el mecanismo para determinar a sus gobernantes. Prácticamente Cuba se convirtió así en una colonia de Washington. La Enmienda Platt fue abolida en 1934, en la VII Conferencia Panamericana realizada en Montevideo. En el papel, Cuba pasó a sumarse a las naciones libres de América. Sin em-

bargo, el Departamento de Estado continuó manejando los títeres de La Habana, hasta el día en que Batista tomó el avión de madrugada, huyendo del torrente revolucionario que bajaba de Sierra Maestra.

A principios de octubre de 1967 llegué de nuevo a La Habana. Fidel había partido hacia el interior a inspeccionar los sitios de trabajo y los experimentos que continuaban llevándose a cabo en la agricultura, la industria y la ganadería. Calculaba llegar a Oriente en la víspera del 10 de octubre, para presidir el acto de "La Demajagua", donde haría uso de la palabra para conmemorar el centenario del desafío de Céspedes, y me hizo saber que me invitaba a presenciar aquella ceremonia, en la que el personaje central sería el campesinado de la región.

Fue un viaje durísimo. Tomamos el avión hacia Holguín a las cinco de la mañana y en la noche pudimos dormir sólo contados minutos. En el mismo avión volaba todo el cuerpo diplomático acreditado en La Habana. Pernoctamos en Holguín para almorzar, y aprovechamos para echar un breve cabeceo en un sillón. Luego continuamos en buses hacia Manzanillo. Los diplomáticos charlaban en su cabalística lengua especulando sobre los aspectos centrales que tocaría Fidel en su intervención. Era su trabajo. Impuestos de mi presencia se nos acercaban, a mí y al ingeniero agrónomo y alto oficial del Ejército, que el gobierno había destacado como mi compañero de viaje. Las agencias noticiosas se han encargado de rodear mis viajes con un halo de misterio, de

modo que nunca falta el diplomático merodeador en busca de primicias para su gobierno.

La noche se nos vino encima al terminar de cenar en Manzanillo. Entonces llegó la orden de partir de inmediato a "La Demajagua", a diez kilómetros de distancia, pues el acto estaba por empezar y, al fin, luego de sortear interminables caravanas de buses y automóviles, llegamos a aquel escenario gigante, en medio del campo, iluminado a trechos y en claroscuros en otros, dando una sensación de geografía fantasmal, poética, de un llano suspendido desde el mismo cielo. Entre las sombras y luces se movía la masa innumerable de guajiros. De súbito surgían de algún lugar los escuadrones de jinetes, emulando las cargas de los "mambises", armas al aire, atravesando la explanada frente a la enorme tribuna: aquellos centauros de increíble agilidad, pasaban como una exhalación. Los seguían las banderas: las banderas de Céspedes, de la vieja patria; de Gómez; de Maceo; las banderas a las que se adherían las esperanzas de los patriotas, las que inspiraron el grito: "Patria o muerte, venceremos"; banderas flameando a la luz de las ampolletas y entre las sombras de la noche.

Mas, todo lo visto hasta entonces, pareció de pronto incoloro y mustio, cuando en la pantalla gigante donde se proyectaban las figuras de los padres de la patria y escenas de la lucha en Sierra Maestra, apareció la figura del "Che" Guevara. Su voz, en los altavoces, pobló el aire, se coló en los corazones, e hizo hervir la sangre. Ahí no más, a pocos pasos, estaba el guerrillero, charlando desde "Radio Rebelde", impartiendo instrucciones, moviéndose por toda la Isla, como si nunca fuese a existir Ñancahuazú.

Luego se levantó, y parecía más alto que nunca, la corpulencia de Fidel.

Su discurso le dio a su pueblo una lección de historia, de su propia historia: fecha por fecha, nombre por nombre, interpretando cada etapa, analizando cada batalla, cada avance de las huestes patriotas. "Para entender nuestra revolución, las raíces de nuestra revolución, tenemos que conocer nuestra historia". Y como él es el conductor de su pueblo y su maestro, comenzó por demostrar que la historia de Cuba la domina al dedillo, que ni un solo fenómeno, desde la colonia, se escapa de su mente analítica. "Los patriotas de 1868 —nos explica— liquidaron la esclavitud personal; ahora la Revolución Cubana, cien años después, termina con la esclavitud del hombre frente a la propiedad privada. Hace del hombre el dueño de su destino y de los bienes de producción".

Los constructores de la Cuba de hoy son los continuadores de un único proceso histórico; la lucha contra la monarquía española y la lucha contra el imperialismo norteamericano que iniciaron Céspedes, Martí, Gómez y Maceo. Lo que desea Fidel es llevar al convencimiento de su pueblo que no se puede consumar la Revolución, ni cristalizar el socialismo, sin entender y estudiar la historia de la nación, el valor de cada hombre, en cada etapa.

Son tres horas continuas en las que no queda resquicio por alumbrar. Olvidamos la fatiga, el cansancio del viaje iniciado en La Habana, los miembros pesados de sueño insatisfecho, el traqueteo del bús. Todo se transforma en lucidez para captar cada párrafo, porque cada párrafo, aparentemente desvinculado de la idea central, está unido por

un largo e invisible hilo al resto del discurso, hasta formar una amplia red donde quedan atrapados como peces los más complejos acontecimientos históricos. Esa noche, en forma amena, lúcida y apasionante, Fidel repitió una experiencia pedagógica más de las muchas con las que educa a su pueblo y no sólo en el dominio de su propia historia sino, también, de la política internacional.

En cuanto el Comandante Castro dejó traslucir que pronto terminaría, el miliciano que me acompaña me hace una seña y abandonamos la tribuna. Así se ha convenido. Llegamos a la parte posterior del estrado justo cuando Fidel baja las escalinatas rodeado de los miembros del Comité Central del Partido y de sus ministros. Advertido por uno de de sus compañeros, me ve de lejos, viene a saludarnos, y quedamos de acuerdo en que mandará por mí, apenas esté instalado en la casa en que va a pasar esa noche.

En efecto, no transcurren quince minutos, cuando un carro, por un camino agreste, me lleva hasta Fidel.

Fidel me invita a pasar a la mesa. Es un comedor improvisado, de campaña. En la mesa nos acompañan algunos ministros y los miembros de su escolta, no más de media docena en total. Fidel, sin denotar cansancio por el discurso de tres horas, hace comentarios diversos, cuenta anécdotas. La conversación de pronto gira en torno al cine que se viene exhibiendo últimamente. Estamos todos de acuerdo que en las pantallas ha pasado a ser personaje central la cama. Hay demasiada cama en cada cinta. Y eso, ¿hasta cuándo?

El cocinero trae a la mesa un hermoso queque. Cada tanto Fidel corta un trozo y lo devora, y al final de la comi-

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

da se da cuenta que él solo se ha comido medio queque, lo que lo consterna y se recrimina. Ha violado el régimen alimenticio que se ha impuesto. Su salud sigue siendo muy buena, resiste espléndidamente el tremendo ritmo de actividad que desde el comienzo de la revolución se ha trazado, pero se cuida. Se empeña en hacer deporte permanentemente, y evita abusar de guisos muy ricos en calorías. Luego se autotranquiliza.

—Ha sido en homenaje a Baltazar —dice riéndose, con su sana risa de niño grande.

Terminada la comida los dos pasamos a una galería ubicada en la parte posterior de la casa. Es un recinto bastante grande, pero sin muebles, sólo las dos sillas que aprovechamos para instalarnos.

¿Qué hora es de la noche? Desde que partí del "Havana Riviera" no tengo noción del tiempo. La charla se prolonga y la marcha del tiempo, charlando con un personaje como el líder de la Revolución Cubana, no se siente. Cuando nos ponemos de pie para partir recién pienso en la hora, porque debo preocuparme por mi regreso a la capital. Le cuento a Fidel que debo volver para tomar mi avión a México, que parte en pocas horas más.

—No te preocupes . . .

Sale conmigo. Afuera espera la escolta. El Primer Ministro da algunas instrucciones, los hombres se movilizan. Un "jeep" me llevará hasta Holguín, de allí un auto me dejará en Santiago de Cuba, y un avión en La Habana. Los hombres corren a traer el carro. Todo ocurre en medio del campo y de la noche. ¿Quién toma en cuenta el sueño, la fatiga? ¿Es que se puede hablar de horarios? Cuando me

despido de Fidel, ya en el vehículo, son las cinco de la madrugada. ¿Cuántas horas hemos charlado? Inicio el regreso. En La Habana corro a mi hotel en busca de las maletas, para estar de vuelta en el puerto aéreo escasos minutos antes de la salida del avión. Luego nubes, el zumbido de los motores, constelaciones, y un sueño profundo, más grande y pesado que el mundo.

Ya en Santiago de Chile no termino de restregarme los ojos. El cansancio me baja como un lagarto por las pantorrillas. ¿Cuántas noches y cuántos días han quedado atrás, suspendidos entre la fantasía y la realidad? "La Demajagua"; los mambises de Maceo con su caballería portadora de la revolución; el discurso de Fidel, el grueso cañón de las salvas y el recuerdo del "Che" Guevara. Ha sido un viaje vertiginoso entre la historia, la poesía y el sueño.

En diciembre de 1968 regresé a La Habana. Los rumores en las cancillerías se tornan más densos en torno a Cuba. Unos se inclinan por creer que pronto se normalizará la situación de Latinoamérica con respecto a la Isla. Otros sospechan que la ascensión de Nixon a la Casa Blanca será el punto de partida para una nueva ofensiva contra el gobierno de Fidel, y se apoyan para sus temores en las promesas de Nixon a los cubanos exilados en Estados Unidos. El mismo nuevo Mandatario se encargó de dar visos de seriedad a los peores pronósticos, cuando, con motivo de una reunión de cubanos exilados en Puerto Rico, envió un cable de saludo que era toda una promesa. Pero el tiempo pasa y

la Casa Blanca no da señales de pretender romper los fuegos. Y un día, al recibir a un nuevo grupo de exilados cubanos en Miami, Nixon echa el primer balde de agua fría a quienes esperan lo imposible: que los yanquis los continúen financiando y, por si fuera poco, que les conquiste la isla y se las entregue envuelta en papel de seda. Nixon en su discurso de salutación dijo en esa oportunidad:

—Les recordé mucho esta mañana, pues mi chofer y mi cocinera cubanos acaban de tomar carta de ciudadanía norteamericana . . .

Sutil manera de notificarles de que algo no anda bien, y que se ampliaba la brecha entre los planes de los exilados y las intenciones de la Casa Blanca. ¿Quizás el Tío Sam se cansó de desembolsar dólares para estos grupos que viven entre rencillas y escandaleras por ver quién recibía la mayor tajada? Quizás se convenció de que no representaban ningún intento doctrinario serio, sino sólo el afán desmedido de recuperar, aun a costa de dejar la dignidad en las tesorerías de Estados Unidos, el mando en La Habana, para continuar medrando.

Al embajador de Suiza en Cuba, representante de Chile y Estados Unidos en la isla, le pregunté sobre la posibilidad de que Nixon tuviera la intención de atacar a Cuba.

—Sería un error garrafal —me contestó—. ¿Se da cuenta de lo que pasaría a ser Fidel Castro para los pueblos de Latinoamérica, África y Asia, si los norteamericanos lo transforman en mártir? Usted ha visto lo que ha sucedido con el "Che" Guevara. ¿Se imagina, pues, a qué alturas llegaría la figura de Fidel?

Las cancillerías continúan conversando, canjeando in-

formaciones, trocando antecedentes. Cada uno temeroso de ser el primero en dar el gran paso, el golpe que trice el bloqueo que pulieron con el Tratado de Río de Janeiro. "No hay todavía suficientes garantías de Fidel de que no continuará interviniendo en la política de los demás países", argumentan.

Antes de mi último viaje volví a charlar largamente con Gabriel Valdés. Llevo en mi libreta anotadas sus aprensiones. Son las mismas de los demás países que se interesan por reunificar a la **familia latinoamericana**. Y esta expresión es por sí misma significativa. Se ha comenzado a usar un lenguaje nuevo.

Frei ha ido a Brasil y junto a Costa e Silva han firmado una declaración en la que por primera vez, en documentos oficiales de esta parte del continente, se habla de "Latinoamérica", y se deja de lado el "interamericanismo" o el "panamericanismo", que metían en un mismo bolso al "tiburón y las sardinas".

Esta vez Fidel me espera en su oficina del Palacio Presidencial. Es una construcción moderna, de murallas claras, llenas de luz. Tanto en la sala de espera como en el gabinete del Primer Ministro, la vista se recrea en los artesonados de madera, las valiosas maderas de los bosques del trópico. Son maderas de árboles que Cuba está cultivando para confeccionar muebles que exportará y que, aplicados al ornato de las habitaciones, dan una nota de sobria belleza.

—Nosotros no fuimos los primeros en agredir —insiste Fidel, como ya lo hiciera en otras entrevistas—. Recordemos Playa Girón y tantos otros incidentes con los que se pretendió liquidar nuestra revolución. Hemos tenido que responder.

formaciones, trocando antecedentes. Cada uno temeroso de ser el primero en dar el gran paso, el golpe que trice el bloqueo que pulieron con el Tratado de Río de Janeiro. "No hay todavía suficientes garantías de Fidel de que no continuará interviniendo en la política de los demás países", argumentan.

Antes de mi último viaje volví a charlar largamente con Gabriel Valdés. Llevo en mi libreta anotadas sus aprensiones. Son las mismas de los demás países que se interesan por reunificar a la **familia latinoamericana**. Y esta expresión es por sí misma significativa. Se ha comenzado a usar un lenguaje nuevo.

Frei ha ido a Brasil y junto a Costa e Silva han firmado una declaración en la que por primera vez, en documentos oficiales de esta parte del continente, se habla de "Latinoamérica", y se deja de lado el "interamericanismo" o el "panamericanismo", que metían en un mismo bolso al "tiburón y las sardinas".

Esta vez Fidel me espera en su oficina del Palacio Presidencial. Es una construcción moderna, de murallas claras, llenas de luz. Tanto en la sala de espera como en el gabinete del Primer Ministro, la vista se recrea en los artesonados de madera, las valiosas maderas de los bosques del trópico. Son maderas de árboles que Cuba está cultivando para confeccionar muebles que exportará y que, aplicados al ornato de las habitaciones, dan una nota de sobria belleza.

—Nosotros no fuimos los primeros en agredir —insiste Fidel, como ya lo hiciera en otras entrevistas—. Recordemos Playa Girón y tantos otros incidentes con los que se pretendió liquidar nuestra revolución. Hemos tenido que responder.

Ahí tienes el caso de "Alecrín". Lo han apresado en aguas internacionales, contra todos los derechos nuestros a pescar en esas aguas. No hemos hecho nada por exagerar las cosas, pero si no nos lo devuelven pronto, ya sabremos cómo responder. ¿Y para qué vamos a intervenir nosotros en la política latinoamericana si Latinoamérica tiene problemas de sobra que la convulsionan? Son las condiciones subjetivas y objetivas las que provocan las alteraciones. Basta con que en cada país continúen su maduración las condiciones subjetivas, y si éstas no se producen, entonces serán los hechos objetivos los que se irán acumulando hasta provocar la erupción.

Venezuela aparece en la primera página de los diarios cubanos por el caso del barco pesquero "Alecrín", que fue cañoneado y apresado por buques de guerra venezolanos, y por la elección presidencial. En los círculos internacionales hay consenso para estimar que el caso del pesquero fue una maniobra del gobierno de Leoni para asegurar más votos. La táctica resultó fallida y, a la postre, el triunfador fue Caldera.

Estamos sentados frente a la mesa de trabajo de Fidel. Todo limpio, ordenado. No se oye trajín de gente apurada, ni nerviosismo de papeles. Ningún parecido con la inquietud de la burocracia chilena que entre estridencias y documentos se las ingenia para retardar cuanta diligencia cae bajo su responsabilidad.

Pienso que la Revolución Cubana ha caminado mucho desde que la conocí en mi primer viaje hasta hoy. Aprendió a dominar la eficiencia ordenada, la creación sin falsos alardes. El mismo Fidel charla instalado en su silla transmitien-

do una seguridad nueva en sus palabras, a través de frases y guarismos en los que no cabe el menor titubeo.

—Nosotros no volveremos a la OEA —agrega—. ¿Para qué? El pueblo cubano sabe lo que la OEA ha significado para él. ¿Entonces, con qué objeto le vamos a mentar la madre a nuestro pueblo? No es una actitud de orgullo, que quede bien establecido. Sabemos que 1968 no es 1962, pero no nos jactamos. No, no es una actitud de orgullo: es producto de la realidad. No tenemos prejuicios contra Latinoamérica, ya lo hemos dicho. No nos interesa que Latinoamérica como bloque nos reconozca, pero a actitudes positivas de gobiernos, contestaremos con actitudes positivas. Ahí tienes el caso de México. México nunca nos agredió, y ellos no tienen motivo de quejas en contra de nosotros.

Se había producido recién la masacre de la Plaza de las Tres Culturas en Ciudad de México, culminación de un proceso de inquietudes y rebeldías estudiantiles: los informes que corren al margen de los canales oficiales hablan de seiscientos muertos. La prensa al servicio de la industria azucarera mexicana, que no desea la suspensión del bloqueo a Cuba para continuar así disfrutando de la cuota de compra de azúcar que les ha asignado Estados Unidos, se apresuró a culpar a supuestos agitadores cubanos por el origen de los incidentes. El canciller mexicano confidenció al embajador de Chile que el gobierno mexicano jamás pensó que Cuba tuviera algo que ver en el asunto y que estaba pronto a colaborar con toda iniciativa tendiente a normalizar las relaciones del resto del continente con la isla.

—¿Cuál será el destino de Latinoamérica en la década de 1970-1980? —le pregunto al Primer Ministro.

—Latinoamérica está formada por micromundos; cada país es un micromundo. Mientras Europa, Asia, Africa y Estados Unidos constituyen poderosos bloques que progresan, mejoran su capacidad de desarrollo, Latinoamérica se ahoga en angustias de micromundos. El hombre que sea capaz en esta parte del continente de entender esta condición de Latinoamérica, y que se preocupe por terminar con ella, tendrá nuestro respeto, así sea católico, liberal, etc. El término de la anormal situación con Cuba será el primer síntoma de que nos estamos percatando de nuestra realidad. Toda medida para poner término al estado de cosas existente con nosotros, no será saboteado por los pueblos. De eso no cabe duda.

—No nos quita el sueño reanudar relaciones con Estados Unidos, y vender azúcar a los norteamericanos, ya no es problema cubano. Si tú vas al Ministerio de Industrias Alimenticias, podrás conseguir los datos relacionados con nuestra producción actual, con lo que estamos preparando, y con nuestros cultivos. En 1975 esperamos ser uno de los pueblos mejor alimentados del mundo, acaso el mejor.

A mi regreso por Ciudad de México, la prensa comenta editorialmente unas declaraciones de Galo Plaza en el sentido de que si una Conferencia de Cancilleres tomó el acuerdo de suspender relaciones con Cuba y, dado que las condiciones han variado, una nueva conferencia podría acordar el término del bloqueo. La prensa de los azucareros pone el grito en el cielo. El Consejo de la OEA, con asiento en

Washington, emite un nuevo comunicado para aclarar los conceptos de Plaza, pero, en el fondo, sólo los ratifica. Carlos Valenzuela, nuestro embajador en el Zócalo, me cuenta que los vientos que llegan del país del norte transmiten que Nixon está inclinado a encontrar el camino de la normalización de las relaciones con Cuba, y en Bogotá me confidencian que Lleras, muy satisfecho por los elogios recibidos luego de la suspensión del largo Estado de Sitio y la restauración del Estado de Derecho, se entusiasma con la idea de que salga de Colombia la proposición de enmendar la política americana en relación con La Habana.

Personeros de la política norteamericana declaran que el rompimiento de relaciones con Cuba es asunto que compete, principalmente, a Venezuela, dado que los acuerdos que culminaron con el bloqueo se adoptaron a petición del gobierno de Caracas, y Caldera, al asumir el mando, hace declaraciones conciliadoras con respecto a La Habana, tendiendo un puente para las conversaciones con los guerrilleros de la sabana. Estados Unidos insiste: si Venezuela no hace cuestión, no vemos razón para no modificar el status existente. Industriales de gran poder económico viajan a la isla y, a su regreso, declaran que harán petición expresa a la Casa Blanca para que les deje en libertad de comerciar con Cuba, pues las posibilidades, ahora, en la tierra de Martí, son muy favorables. El Obispo Helder Cámara, de Recife, declara que no se concilia con el espíritu cristiano el bloqueo a Cuba y que, a su parecer, las relaciones deberían reanudarse a la brevedad. Poco antes, don Eugenio, jefe espiritual de la Iglesia brasileña, en la actualidad ascendido a la dignidad cardenalicia, sube al avión que expresamente

le coloca el gobierno de Brasilia, y viaja a La Habana, donde se impone del contenido de la Revolución. A su vuelta comenta:

—He visitado todos los países socialistas, pero es aquí, en Cuba, donde he encontrado que están más cerca del comunismo integral.

Los obispos de la grey vuelven a emitir opiniones en pro de las relaciones con Fidel, en un lenguaje que es propio de la iglesia de hoy y que es el mismo de los obispos de Cuba, manifestándose en contra del bloqueo. Galo Plaza viaja a Santiago de Chile y confidencia a Frei que Nixon es partidario de normalizar la situación entre Cuba y el resto de Latinoamérica, y algunos diarios mexicanos le atribuyen haber declarado que el Presidente de México podría actuar como componedor.

El Senado, en Washington, acuerda celebrar una serie de audiencias para tratar la política de los Estados Unidos en torno a Cuba, analizar a fondo los errores cometidos y procurar enmendarlos. Apoya la iniciativa con entusiasmo el Presidente de la Comisión de Asuntos Exteriores, senador Fulbright.

CAPITULO XVIII

Sí, efectivamente, tal como dice Fidel, ya no estamos en 1962, sino en 1969. La conclusión cuenta no sólo para el desarrollo económico de la Revolución, sino para toda la política internacional. Los militares que comanda el General Velasco, en Lima, han recuperado los yacimientos petrolíferos de la International Petroleum, han notificado a los agregados militares de los Estados Unidos en el Perú que deben abandonar el territorio y, por si fuera poco, han cancelado la invitación a Nelson Rockefeller, representante de Nixon, para que visite el país, declarando que su gira es inoportuna. A su vez, los militares brasileños, compenetrados de la idea de que su nación debe actuar con mentalidad de gran potencia, trazan una estrategia, desde Ytamaraty, que muchas veces se aparta de lo que sería el ideal para el Departamento de Estado y, con la colaboración de la cancillería chilena, inauguran un nuevo modo de hacer en el que se descubre, a primera vista, la intención de acen-

tuar claros distingos entre el destino de América del Norte y Latinoamérica, "latinizando" hasta los términos protocolares.

Sucede que la Revolución Cubana adquirió proyección mundial, se metió en la médula de los huesos de las juventudes y de grandes sectores de la clase obrera. Aunque Fidel quisiera quedarse en su Plaza de la Revolución, junto al monumento a Martí, sin pronunciar ni un solo concepto más sobre la lucha de los pueblos contra el imperialismo, el ejemplo de la Revolución Cubana continuaría avanzando, con ritmo cada vez más desenvuelto, por los continentes subdesarrollados. A pesar del bloqueo, la Revolución Cubana es un invitado inevitable en los asuntos que se desarrollan en los hogares de Latinoamérica.

Si Frei reanuda relaciones con Cuba antes de la elección presidencial de 1970, tal decisión pesaría en el panorama electoral. Para ello tendría que ser el primero en plantear ante los organismos respectivos, o usando el método que considerase más apropiado nuestra cancillería, la inaplazable necesidad de echar por la borda todo lo acordado por la OEA respecto a las relaciones con La Habana. Tendría que ser Chile el primero. Si se agrega a la fila de los que avancen a tender de nuevo su saludo a los cubanos, no tendrá ningún efecto en el interior de la política criolla. Cierto es que Chile, por caminos extraoficiales, mantuvo el diálogo con Cuba, solicitó informaciones: se le dieron; quiso más elementos de juicio: los tuvo. El material recopilado por Chile salió a deambular por las demás cancillerías. No es que Fidel haya corrido a entregar explicaciones a los cancilleres: se trataba que él, como anfitrión, y en una reacción propia de su cordialidad de siempre, a través de la charla

con que rodeó al visitante, fue comentando los puntos de vista de su gobierno, puntos de vista que, por lo demás, son los que se conocen públicamente, gracias a los discursos del Primer Ministro o gracias a una que otra entrevista de prensa de algún dirigente cubano.

La política chilena es sensible al más pequeño golpe de efecto: un detalle emocional podría volcar el resultado de una elección, aparentemente decidida. Frei tiene en sus manos dos elementos de excepcional importancia para influir en el proceso electoral que ya comienza: la reanudación de relaciones con Cuba y la nacionalización integral de los yacimientos de cobre de la Anaconda. Para ambas iniciativas las condiciones se presentan favorables en Latinoamérica.

Comprendemos que no es fácil consumar la nacionalización integral del cobre, pero no nos cabe duda que tal medida cristalizaría una férrea unidad nacional para enfrentar todas las dificultades. Y si las empresas del cobre se ensoberbecieran, no cabría sino la drástica expropiación de todos los minerales. Por muchos menos dólares de por medio, los peruanos tuvieron que proceder como lo hicieron, con la International Petroleum.

Nuestros técnicos han demostrado que son suficientemente capaces como para manejar, y perfeccionar, la explotación y el rodaje de los grandes minerales. La única dificultad vendría con la comercialización del cobre. Chile se acostumbró a vivir del grueso afluente de dólares que le llegó por las ventas del rojo metal: así financió su columna vertebral. No podemos hacernos la ilusión de que la solidaridad moral de todos los pueblos del mundo nos ayudará en tal encrucijada. "El comercio con todos los países del mun-

do", fue un punto importante en la plataforma de lucha de nuestros hombres de izquierda. Eso es bueno, porque el comercio sin barreras contribuye al progreso, estimula la paz. Pero el comercio tiene sus límites en lo que respecta a la generosidad de las partes. No podríamos pretender que una nación, por muy amiga nuestra que sea, se sacrifique sólo por facilitar nuestro desarrollo. Eso quizás sería posible en los rubros de poca monta, pero dificilísimo en guarismos como los que caracterizan las transacciones del cobre. La práctica ya nos ha demostrado que los gobiernos cuidan sus dólares y buscan los trueques donde haya por lo menos paridad en las conveniencias. Tendría que transcurrir un tiempo para que las condiciones del comercio internacional se adaptasen a nuevas prácticas, luego de la recuperación del cobre chileno, para llegar a un punto en que podamos respirar tranquilos con nuestra vital mercadería.

Todo es cuestión de coraje histórico. Si los chilenos somos capaces de apretar los puños, forzar un poco el cinturón e ir juntando nuestros codos a los del vecino, podremos aprovechar debidamente la magnífica coyuntura que se nos presenta.

Bueno, amable lector, ¿qué haré yo ahora, después de esas lindas parrafadas sobre temas tan serios como el bloqueo de Cuba y la nacionalización del cobre? Mire, lo que tengo es apuro por terminar estas páginas, para irme con mi perro Garufa a caminar por el campo. ¿No le he hablado de Garufa? ¡Ya verá! Usted podrá echarme en cara, también, que a cada página le hablo de Fidel, de su revolución.

de sus experiencias agrícolas. Sí, es cierto. Yo mismo me sorprendo hablando demasiado de las cosas de Cuba. Se trata de que este hombre —Fidel—, no es un amigo de los que uno encuentra con mucha frecuencia. Supongo que usted estará de acuerdo. Así como estará de acuerdo conmigo en que no se puede pasar de largo, sin dedicarle buen tiempo y espacio, a la cordialidad del pueblo cubano y de su líder. Fidel me recibió en su país y me distinguió con su afecto. ¿Usted cree que me insinuó, siquiera, que yo viniera a Chile a hacer propaganda a la Revolución Cubana? Ni por pienso. ¿Sospecha que me hizo prometerle que yo regresaría a impulsar la revolución? Nada, en ningún instante. Ese hombre corpulento, con el pistolón al cinto, embutido en firmes botas que mensuran los cañaverales y los corralones de vacunos, posee también el fino dominio de la urbanidad, de las buenas costumbres, aparte del buen humor y de la sensibilidad para enternecerse con el gesto de un niño. Aquella es una revolución de gente joven que siente y exulta alegría de luchar, de trabajar y de vivir.

Agreguemos, aquí entre nosotros, y casi en sordina: ¿verdad que los latinoamericanos veníamos haciendo un papel excesivamente desdoroso ante los norteamericanos, primero, y ante el resto del mundo, después? Hemos vivido estirando la mano, hipotecando más y más nuestras materias primas y nuestros derechos a darnos el gobierno que nos venga en gana. Muchas veces hemos sentido rubor de ser latinoamericanos, al presenciar la docilidad y el servilismo de nuestros gobernantes. A veces nadie exige tanta sumisión, pero nuestros conductores se apresuran a acentuar el ángulo de su espina dorsal, rodeando ese gesto lacayo con

la ampulosidad del "panamericanismo" que desborda en sus piezas oratorias y en los homenajes que rinden a los padres de las patrias americanas, todo ello en contradicción flagrante con sus luchas libertarias y sus anhelos económicos. Nuestros diplomáticos fueron a Washington a vaciar los bolsillos de nuestros pueblos en la mesa de los financistas del Norte: rodaron el cobre, el cacao, el café, los bananos, el azúcar; saltaron las tapas de las marmitas petroleras. En reciprocidad, recibieron el "confetti" del protocolo, prodigado a destajo, para hacerlos sentir, por un relámpago de segundo, la sensación de ser representantes de potencias de categoría. En Europa sonrieron sardónicamente.

Entonces irrumpió la Revolución Cubana. ¿Que entró en conversaciones con la Unión Soviética? ¿Que derivó hacia el comunismo? Mire, mi amigo, desde que Fidel empezó a hablarle golpeado a los yanquis, el resto del mundo puso sus ojos en Latinoamérica. De eso a nadie le cabe duda. Todos los habitantes de esta parte del hemisferio tenemos algo que agradecerle a la isla de Martí. Fue como si ellos nos ayudaran a olvidar el rubor. Fidel, Camilo, Raúl, el "Che", nacieron en Latinoamérica, han sentido nuestras angustias y nuestros problemas. ¿Que aceptaron la ayuda soviética, ayuda que, por lo demás, será cancelada en su integridad? ¿Y qué querían los que prefieren seguir bailando al ritmo del chasquido del látigo? No está muy lejana la experiencia de Guatemala. El caso es que la Revolución Cubana ha cumplido diez años, ha superado los más difíciles obstáculos y, cuando el resto de América reanude sus relaciones con La Habana, sin que Cuba haya sacrificado ni una sola posición doctrinaria para obtenerlo, Fidel Castro

habrá logrado el más significativo triunfo que dirigente alguno haya conseguido en la historia americana.

Convendrá, pues, conmigo, que como latinoamericano lo menos que le debemos es una palabra de gratitud a la Revolución Cubana. Nos ha permitido sentirnos más livianos, más dignos, más seguros y con mayores perspectivas. Si Frei en Chile, aparte de lo que ha hecho al remover algunas estructuras, denuncia como incompatible con la época actual el método aprobado por los cancilleres en Río de Janeiro para perfilar las relaciones con un Estado socialista en América, y al mismo tiempo recupera en su integridad para nuestro destino los grandes yacimientos cupreros, más de algo tendrá que ver con el rumbo que tome la historia de nuestro país y el desarrollo latinoamericano.

No me extiendo más porque Garufa me interroga con sus ojos silenciosos, como todas las mañanas, cuando se apresta para nuestro diario recorrido por los viñedos. Como es un perro con varios años encima, tranquilizado por el tiempo, le hablo con respeto y cariño: "Señor Garufa", le digo. Y él me contesta con dignos movimientos de cola. Porque Garufa aprendió el arte de la dignidad canina. Dicen que es policial alemán fino, aunque también hay quienes sostienen que en su árbol genealógico hay más de un quiltro atorrante. ¿Qué importa? Lo trajo a casa uno de mis hijos, siendo todavía un perro pequeño. El antiguo dueño poco menos que lo expulsó de su casa. Decía que era un animal de malas costumbres, incluso mal intencionado. En efecto, el primer tiempo nos llevamos agudos dolores de cabeza con su maldita costumbre de merodear por los gallineros de

los campesinos de las vecindades. Un día devoraba un ganso, otro un pato, a veces una nidada entera de huevos.

Los vecinos se coludieron para darle un correctivo y una noche le endilgaron una paliza de padre y muy señor mío. El pobre perro quedó agónico. Pero como todo pícaro tiene suerte, al día siguiente, de mañanita, ya Garuía andaba muy suelto de cuerpo. ¿Qué había ocurrido? Que los vecinos las emprendieron con otro perro, parecido a Garuía.

Los años lo han serenado. Ahora vamos campo adentro, perdidos en el silencio campestre. Garuía husmea las parras, orina en los postes, se introduce de sopetón en las acequias, otea el vuelo de los pájaros, vigila conmigo el itinerario de los brotes de las nuevas plantas. Garuía, con los años, se ha olvidado de perseguir los patos que atraviesan el camino rumbo a las cercanas lagunas, y yo ya no estoy en el Senado. Hay como una nueva quietud creadora en torno nuestro. Garuía es mi ayudante: si me detengo demasiado en un plantío, se echará cerca de mis piernas para exteriorizar su aburrimiento; si charlo con los trabajadores, toma nota de todo con la taquigrafía de su cola nerviosa. Cada gesto suyo tiene una explicación. Te conozco, Garuía. ¿Verdad?

No se interprete la presencia de Garuía en estas páginas como la intención de apartarme desencantado de las gentes para refugiarme en las largas caminatas junto a mi perro, vigilando la aparición vegetal. Perfeccionar el tratamiento del surco es prepararse a la vez para imprevistas empresas. La tierra es el arco de donde parten las ambiciosas flechas. Esto me hace recordar una pregunta que me

hizo Lenka Fránulic, nuestra excepcional periodista desaparecida:

—¿Cómo le gustaría morir?

—En la barricada.

Garufa ha sido espectador de muchos sucesos de mi vida y ha recogido conversaciones que son demasiado importantes para un perro. Por ejemplo, él estaba presente la última vez que dije a Nellie Wemyss: "Me has oído hablar tanto de Cuba que ya es bueno que vayamos, por fin, en busca del avión". Garufa se quedó mirándome con fijeza, no sabría decir si para reprocharme por haber hecho esperar tanto a Nellie o lamentando la próxima separación.

Ocurrió aquello el mismo día en que uno de mis hijos menores encontró los primeros originales de este libro sobre una mesa y recorrió algunas de sus páginas.

—¡Oye, mamá! —casi gritó—. ¡Aquí mi taita dice que se fue con una mujer a Europa!

Los grandes ojos verdes de Nellie sonrieron.

—Sí —comentó—. Yo hice lo mismo. Me fugué con uno al que le dicen Don Balta.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

FIN

VIGILACION DE BIBLIOTECAS
E IMPRENTAS
- 3 SET 1969
DEPOSITO

BIBLIOTECA NACIONAL
Sección General
- 9 SET. 1969